TERMINACIONES DE ANÁLISIS

CONVERSACIONES CLÍNICAS CON JACQUES-ALAIN MILLER

Instituto del Campo Freudiano

GREDOS

© Jacques-Alain Miller.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: GEBO493
ISBN: 9788424938062

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Presentación
LOS CASOS
¿No hay salida?
Construirse un «pensadero»
«Siempre seré una histérica, pero una histérica maravillosa»
La soledad de un clown
Metamorfosis del superyó en una terminación de análisis
El hombre inacabado
LA CONVERSACIÓN
1. Homenaje a Hilario Cid
2. Interrupciones / terminaciones
3. El exquisito trato de la delincuente
4. El lugar del pensadero
5. La Unglauben y la presencia de una equis
6. ¿Qué hay debajo de una anorexia?
7. «Veremos si lo podemos evitar»
8. La construcción de un ego
9. La solución Humpty Dumpty
10. Las dos mujeres y las dos analistas
11. El valor de un oráculo
12. Un plan energético de dudosa eficacia
13. Un falo de contrabando
Notas

PRESENTACIÓN

por

MIQUEL BASSOLS

Coordinador del ICF en España

Año tras año —ya van once—, una cita tiene lugar en Barcelona con Jacques-Alain Miller, director del *Institut du Champ freudien*. Se trata de la *Conversación Clínica* del ICF, que reúne a una nutrida asistencia para un trabajo tan delicado como intenso: el análisis y el comentario detallado, durante ocho horas, de una serie de casos —seis esta vez—, expuestos por psicoanalistas cuya práctica sigue la orientación lacaniana. Los asistentes, más de cuatrocientos, disponen del texto de los casos con suficiente antelación para una lectura atenta, de modo que el trabajo empieza directamente con el comentario realizado por dos coordinadores que darán lugar después a un trabajo de análisis clínico orientado con el conjunto del auditorio por los precisos comentarios de Jacques-Alain Miller. El resultado es cada vez inédito, sorprendente, de una enseñanza clínica sin igual, con un estilo y un *gay saber* que la transcripción solo puede evocar más allá de su contenido.

Un tema vectoriza cada vez la construcción de los casos y el debate. En esta ocasión, la variedad clínica de las *terminaciones de análisis* fue el tema escogido y los seis casos mostraron esta variedad hasta encontrar, después de su comentario, la singularidad de cada uno. Para la clínica psicoanalítica de orientación lacaniana se trata, en efecto, de encontrar y transmitir la singularidad de cada sujeto llevada hasta el límite de lo irrepetible, de lo que no puede ser comparado a nada más, de lo que no podrá ser nunca cuantificado ni clasificado por manual diagnóstico alguno porque no constituye ninguna clase de descripción general. Y solo cuando aparece esta singularidad podemos situar el caso en un rasgo que está más allá de las identificaciones que el sujeto había encontrado para hacerse representar ante sus semejantes. Es en este rasgo donde el psicoanalista

encuentra la brújula para la dirección de la cura y para acompañar al sujeto hasta su terminación. Es un rasgo que no suele aparecer de manera manifiesta en la presentación y descripción sintomática del caso y que hay que ir aislando atentamente a través de los meandros del discurso del sujeto. El trabajo de destilación clínica que esto supone no siempre es posible, depende del desarrollo de lo que llamamos en psicoanálisis una «clínica bajo transferencia», una clínica absolutamente distinta y específica, que precisa de un tacto y un saber-hacer fruto de una larga formación.

Dejamos al lector el gusto por la enseñanza que este trabajo suscita en el Campo Freudiano.

LOS CASOS

¿NO HAY SALIDA?

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ

TERMINACIONES

Tomaré una de las posibles declinaciones del significante «terminaciones de análisis», en su acepción de «interrupción». El caso que presento transcurre y «progresa» escandido por varias de ellas, conectadas a su vez con un muy precario logro terapéutico y posteriormente con un silencio —eco de la imposición materna—, que me orientó para situarme en aquel lugar donde es posible extraer una palabra a un goce oscuro que empuja al sujeto a quedar, según sus propias palabras, permanentemente suspendido «encima de un abismo». (Sin duda, el abismo de la forclusión).

Nuria —veintiocho años— se presenta en el CAS[1] derivada por una institución psiquiátrica con diagnóstico de patología dual, pues al consumo excesivo de alcohol había que añadirle un trastorno límite de la personalidad (TLP). No obstante, su demanda principal se centrará sobre la temática amorosa, motivo fundamental de todas sus aparatosas crisis.

EROS ESTÁ BORRACHO

En efecto, hasta la primera interrupción su drama se centró sobre la problemática del amor. Declarándose lesbiana, sus relaciones concluían siempre en la catástrofe: se enamoraba de mujeres marcadas por la enfermedad mental, adicción, prostitución, maltrato, carencia económica, rechazo familiar, etc.; y siempre cumpliendo una misma secuencia —*exaltación, pasión, ayuda, decepción, violencia y crisis*—, que la arrastraba a un sufrimiento intenso y obsesivo; pues una vez que la relación alcanzaba cierto punto aparecían los signos de un rechazo que la enloquecían, emborrachándose repetidamente, siendo más y más agresiva, y finalmente llegando a la violencia verbal y

física, acabando la relación en una gran pelea. Como dirá la propia paciente, «soy una enferma de amor», primera formulación en la elaboración de este drama que le consume el ánimo y el espíritu, concluyendo que sus fracasos eran debidos a que «El dios Eros está borracho y lanza las flechas a lugares equivocados».

¡CÁLLATE!

Nuria no tardó en relacionar su drama con la insidiosa figura del padre, alcohólico, violento y maltratador, cuyo objeto de maltrato se alternaba entre la figura materna y la propia paciente, sin obviar al resto de la familia: mientras se abría paso a golpes, no tenía otra frase en la boca que la de «¡Sois unas putas, es por vuestra culpa!», tildando a su hijo varón de «maricón», a la hija mayor de «puta» y a la paciente de «inútil».

La madre jamás tomó medida alguna, y mientras blandía la esperanza de un cambio que nunca llegaba, despachaba las quejas y la insistencia de hacer algo al respecto con un «Nuria, ¡¡¡cállate!!!», cubriendo con un espeso manto de silencio toda la violenta situación familiar.

Ese régimen atroz culminó cuando la paciente contaba con veintiún años, y se produjo otra pelea en la que los hermanos resultaron lesionados y ella con un hombro dislocado... Escena que puso fin al matrimonio ante la presión por parte de los hijos agredidos.

La separación tuvo lugar en medio de un arco temporal que iba de los dieciocho a los veintitrés años, durante los cuales comenzó a sentir, sin entender qué le pasaba, las primeras inclinaciones amorosas por una alumna de un curso superior, y luego por una profesora hacia la cual sentía un amor tan intenso como rechazado, lo que la lleva de bares a emborracharse junto con los chicos del colegio.

SUICIDIO

En esa época, el fracaso personal, el desprecio de sí misma «por ser lesbiana», junto con un vacío profundo que no lograba llenar —dice—, la empujaron al suicido estampándose en su moto contra un coche aparcado. Estuvo cinco días en coma, no quedándole más que algunas secuelas en el rostro, ya que este acto brutal no corrigió ni su deriva personal, ni detuvo nada de su drama subjetivo.

Todos los años posteriores al suicidio estuvieron atravesados por, primero, una serie de intentos de reconvertir su lesbianismo haciéndose la chica demasiado fácil de los grupos de amigos con los que salía. No solo no lo consiguió, sino que junto al significante «lesbiana» surgió otro todavía más estragante como el de «ser una puta».

Segundo, y como ya señalé, sus aventuras amorosas siempre acababan en monumentales borracheras, amenazas, golpes, posterior ideación suicida y en algunas ocasiones autolesiones (cortes en las muñecas y en el interior de los codos, incluidos también otros intentos de suicidio); ya que, como no se cansará de repetir, hay algo que «me impide ser feliz»; a tal punto que se encuentra un día estupefacta soñando que se enamora de una bellísima mujer con la que viaja a Nueva York a un desfile de modelos. La felicidad que experimenta por el lujo, el *glamour* y el éxito de su amada la impulsan a beber desaforadamente, siendo agresiva con su pareja y arruinando así algo que le es totalmente insoportable: el éxito de su amada, que al verla en ese estado lo abandona todo para estar al lado de la paciente. Justo en ese punto, Nuria se repugna de saberse un ser tan despreciable y despierta completamente angustiada... Como angustiada se despertaba de sus continuas pesadillas en las que su madre volvía con su padre, o en las que se peleaba con él y no conseguía vencer porque en la pesadilla su padre resultaba ser «el hombre más fuerte del mundo».

PRIMERA TERMINACIÓN: LÓGICA Y PRUDENTE (Y DISTANTE)

Un primer periodo de tratamiento de dos años y medio posibilitó una sensible reducción del infierno de cada enamoramiento, manteniéndose abstinente durante bastante tiempo a pesar de alguna puntual recaída a raíz de un nuevo fracaso amoroso.

Además, se dio cuenta de otra cosa evidente: En las situaciones en las que «lo tengo todo para ser feliz, me sale mi parte mala; sí, es una risa interior que se burla de todos. ¿Sabe usted cuando uno tiene un sueño durante toda su vida y ve que se cumple? Pues lo mismo, todo es tan maravilloso que me digo "no, no puede ser, esto no me lo merezco, ¡¡¡a mí no!!!". Entonces se me llena la cabeza de pensamientos, pienso en hacerme daño, y una voz interior me dice: "Atrévete, ¿por qué no te atreves?", así que me autocastigo cortándome con el primer cuchillo que tenga a mi alcance... Castigada como cuando me castigaba y me agredía mi padre, igual. Antes de venir aquí me pasaba

cada semana, y después de más de un año, como que tenía que dañarme, como que lo necesitaba».

Después de esto, llegó a la conclusión de conducirse con las «ex» de forma «lógica y prudente, aunque me duela un poco, porque lo otro es peor». Y, por si esto fuese poco, logró hacerse con novias que casualmente vivían a cientos, y a veces hasta a miles de kilómetros de distancia... Lo que aun así no evitó, tal y como mencioné, una situación agresiva y violenta con una «ex» que vivía a más de seiscientos kilómetros de Barcelona. Porque además, los dramas con sus novias no abarcaban jamás el espacio-tiempo de la relación, sino que se extendían semanas o meses después de que la novia se convirtiera en «ex» y, la verdad, siempre acababan convirtiéndose en «ex».

«MOBBING»

Su preocupación por el trabajo —tenerlo o recuperarlo en el caso de perderlo— había estado discretamente desde el inicio, así que una vez alcanzada cierta calma y tranquilidad en los asuntos amorosos, dicha temática fue adquiriendo más y más importancia siguiendo un esquema que vendría a repetirse de forma diabólica y siempre idéntica a sí misma: accede, mediante selección, al puesto de trabajo; su euforia va *in crescendo* a medida que recibe felicitaciones de encargados y jefes; logra ascensos que vienen a ratificar su valioso desempeño laboral, pero entonces, y casi de forma explosiva, todos los demás devienen unos incompetentes, hacen mal su trabajo, colaboran a la desorganización del mismo, interfiriendo y saboteando además el suyo propio (cosa ratificada por discretos fenómenos autorreferenciales). Se enfurece, no puede evitar encontronazos cada vez más frecuentes con sus compañeros, o con algún encargado de rango superior, para más tarde alcanzar a algún jefe y, al borde del colapso, la amonestan para luego despedirla en medio de reivindicaciones de que la empresa incumple su propia normativa, y por ello amenaza con denunciarla en los juzgados por *mobbing*.

Así que en este punto, luego de faltar a algunas sesiones y ya recuperada de un primer episodio de dificultad «laboral», me dice que viene porque la ha obligado su madre; y dado que ahora se encuentra mucho mejor y que tiene una novia en la otra punta del mundo, prefiere estar en casa y chatear con ella que salir de fiesta, ya que «además de ser mucho menos peligroso para mí, es mucho más barato y divertido». Ha decidido

entonces dejar de venir y añade que no me preocupe, que pedirá visita ante el menor signo de dificultad puesto que «yo soy la primera interesada en mi salud».

Primera «terminación», con la que dejó abierta la puerta a otro campo en el que se jugará su ser de goce en otro tablero, con diferentes personajes, otras reglas y con muy distinto resultado... Es decir, fue en el «cierre» de sus problemas amorosos y en la apertura de este nuevo problema, que Nuria interrumpió el tratamiento. En definitiva, una terminación para la paciente pero, como se podrá comprobar, no para el sujeto...

SALIDA DELINCUENCIAL Y RETORNO

Poco más de un año después recibimos en el CAS un fax de una abogada para que, con carácter de urgencia, se le envíe un informe médico de la paciente ante la gravedad de los hechos por los cuales está recluida en prisión. Estupefacto, y después de algunas indagaciones, averigüé que Nuria había cometido un atraco con arma blanca en una gasolinera de las afueras de la ciudad, y que poco después se había entregado a la policía, motivo por el cual había sido condenada a varios años de cárcel. Sin embargo, su excelente comportamiento dentro del recinto penitenciario y las gestiones de su abogada lograron que alcanzase la libertad condicional en un breve espacio de tiempo.

DISCRIMINACIÓN

El inicio de este nuevo trayecto se inaugura presentándose con una ganancia de peso considerable (y un porte apreciablemente masculino), y estará marcado por una torsión que deja prácticamente fuera toda su problemática alcohólica (en cuanto a los excesivos consumos, a la par que sus difíciles relaciones de pareja), para concentrarse en las relaciones familiares y sobre todo laborales marcadas por el lugar de desecho sexual con el cual quedó a su vez marcada al poco de venir al mundo.

En efecto, «en los momentos más necesarios, nosotros no tuvimos padres», y relata que a los tres años se quedó vagabundeando por las calles cercanas al colegio ya que su padre prefirió irse al bar, en vez de esperarla a la salida. Fue recogida por un taxista que abusó de ella oralmente y luego entregada a unos gitanos que la acercaron a su casa. Sintiéndose «culpable por lo sucedido», no dijo nada, como tampoco dijo nada cuando a

los doce años el padre le pidió a un amigo suyo que la acercase de regreso a su casa y fue violada por dicho amigo en el parking donde este tenía el coche...

Sobre esa misma edad, era maltratada y golpeada por los chicos del colegio con los que jugaba al fútbol. Posteriormente, en fiestas de adolescentes será objeto de burla y abuso sexual en grupo, sellando lo que para ella es el núcleo de su posición subjetiva con relación al Otro: ser discriminada. Un «me discriminan» que si bien en sus primeros años laborales no pareció tener consecuencia alguna, fue el punto común al conjunto de sucesos que la llevaron hasta su reclusión, y que con mucho trabajo fue reconstruyendo.

«SER LA MALA»

En la ocasión que dio lugar al acto delictivo, pasará por varias empresas siempre con los mismos y nefastos resultados; lo que abrió la puerta hacia una salida que ya estaba preparada de antemano tal y como era la de «ser la mala». Significante con el que tiempo atrás había concluido que era su posición con relación a sus novias, ya que por más ayuda que les prestaba, siempre era la rechazada, la borracha, la agresora y, en definitiva, «la mala».

Las coordenadas a partir de las cuales Nuria da con sus huesos en la cárcel se inician con una deuda con la madre a raíz de quedarse en paro y empeñarse en seguir enviando dinero a una novia de allende los mares —a sus ojos, otra carenciada—. Deuda insoportable que intenta saldar en un nuevo trabajo en la empresa de una amiga mucho más mayor que ella (ideal y *alter ego* materno, y para la que trabajó tiempo atrás sin ningún conflicto), volviéndose a encontrar *discriminada* y destrozando por ello las puertas de la empresa —hecho que no fue denunciado—; y continúan con un encuentro con el padre —sobrio y de buen porte, que le dice que les pegaba «*porque en aquellos tiempos no era delito*»—, desencadenando así un «ahora voy a ser mala», con la comisión de un atraco con el que saca un dinero que entrega a la madre para saldar la deuda pero, siendo insuficiente, vuelve a repetirlo en otro lugar huyendo hacia un monte cercano. Sentada en el bosque, ve que está a punto de salir por otra puerta a partir de la cual ya no habrá vuelta atrás, «pensé que la suerte estaría echada, ya no podría parar; y, además, me di cuenta de una cosa: que no es tan fácil ser mala. Yo creía que sí, pero para ser mala hace falta algo de lo que yo no soy capaz». Se entrega entonces a la policía

y pasará unos seis meses en la cárcel durante los cuales se ganará el aprecio y el respeto incluso de las reclusas más peligrosas y con delitos de sangre a sus espaldas.

APELAR A LA LEY

Por supuesto, ni bien pasaron unas pocas semanas la paciente ya estaba en la búsqueda de un nuevo trabajo que —pese a la actual crisis económica— encontró rápidamente. Y antes de volver a desaparecer, por fortuna aisló lo que nunca había dicho hasta ese momento y que contaba con dos vertientes. Por un lado, que su inclinación a meterse en líos era debida a no haber podido nunca denunciar al padre, lo que se fue extendiendo a todas las situaciones de «injusticia» contra las cuales se había enfrentado a lo largo de su vida. Por el otro, «y luego de autoanalizarme», es que inexplicablemente tenía la sensación —junto con un intenso temor— de que la acabarían echando de todos y cada uno de los trabajos que encontraba desde el primer día de trabajo. Y además, su madre, a la que dirigía tanto su odio como su mortificante amor, siendo alternativamente «muy buena», como también «la mala», y con la cual «me siento mucho más atrapada que cuando estaba en la cárcel», quedó reducida —junto con el resto de la familia— a un «mire, mi familia me da dolor, pero me he dado cuenta de que mi familia no tiene arreglo».

A pesar de mi clara reticencia, es en este invencible temor a ser despedida del nuevo trabajo en el que se refugió para dejar de venir, a excepción de un par de ocasiones en las que vino para informarme de que todo iba bien, incluido algún pequeño roce con un compañero de trabajo pero que había resuelto fácilmente.

Sin embargo, pocos meses más tarde y a partir de una fuerte discusión con otro compañero de trabajo, pide la baja y pocas horas después recibe un burofax despidiéndola del mismo. Aquí se acentúan una serie de fenómenos persecutorios donde sospecha escuchas telefónicas, grabaciones, etc., para perjudicarla. Ideación que se fue reduciendo a partir de ser medicada por su médico en el CAS, a pesar de que en un primer momento él mismo estuvo al borde de ser incluido en la serie de los perseguidores.

¡CÁLLATE!, LUEGO HABLEMOS

Así que esta vez tuve que hacerme el encontradizo para interesarme por su estado. Muy excitada, me cuenta brevemente pero con claro acento paranoide el punto en el que estaban las cosas, y al sugerirle que pidiera hora conmigo declina amablemente la invitación alegando que «ahora no es el momento, me siento muy agresiva, y si hablo de esto me voy a poner peor...», a lo que le digo, «no sé, pero usted y yo siempre hemos hablado bien». Pocos días después pide hora, y una vez más su discurso se organiza en torno a su discriminación por ser mujer en un trabajo eminentemente de hombres (automoción), por su condición de lesbiana y por su enfermedad mental. Y dado lo improcedente del despido, se empeñó en llevar a los tribunales de justicia a la empresa, denunciando por fin una situación que nunca se atrevió a denunciar. Así que Nuria no tuvo duda alguna de que una vez citados el analista y el médico por parte de su abogada, acudiríamos al juicio, tal y como así fue aunque luego no se llegase a celebrar porque la juez obligó a las partes a llegar a un acuerdo. Cuando me acerqué a despedirme de ella solo acerté a felicitarla por el acuerdo alcanzado, a lo que ella muy seria me respondió: «Muchas gracias, pero ya hablaremos de esto». Una vez más, y después de un silencio de varias semanas, tuve que llamarla para recordarle sus palabras.

¿NO HAY SALIDA?

Cuando vuelve, todo su afán —además de estar de nuevo buscando trabajo, «usted ya me conoce»— es resolver no lo que le ha pasado con la empresa, sino lo que le pasa a ella. Dice estar muy nerviosa, duerme mal porque cada noche sueña que está con su padre que de nuevo intenta pegarle azuzado por su hermano... Que nadie la entiende, ni entiende(n) su TLP, ni lo que soporta con lo que le ha pasado desde siempre hasta ahora; que ha de solucionar su situación porque de lo contrario «todo va a ir muy mal..., y resulta que la única cosa que me tranquiliza es beber un par de cervezas, porque no bebo más, ni me apetece beber más. Así que estoy en el abismo, ¿sabe usted? Y no hay salida, no veo la salida por ninguna parte...», justo el punto que unos meses atrás me había planteado: «¿Cómo encontrar una salida cuando no hay salida?», *construyendo una que sea la buena para usted*, le dije en aquella ocasión. Al fin y al cabo, me había dicho un día, «uno también hace la vida que le rodea».

Es decir, mientras que la paciente busca una salida que no hay —bajo un sinfín de

pasajes al acto—, el sujeto vuelve a renovar su pregunta, que, me parece, tiene que ver con una posible terminación. Porque hasta ahora, siempre se ha tratado mal que bien de terminaciones para la paciente pero, sin duda, no para el sujeto...

CONSTRUIRSE UN «PENSADERO»

GUY BRIOLE

«Mis pensamientos me atacan. Soy un refractario al análisis y, sin embargo, estoy sometido al imperativo de venir a mis sesiones para ordenar estos pensamientos y, de este modo, no hundirme. El psicoanálisis es, para mí, una cuestión de vida».

Este sujeto nos confronta directamente al tema de la Conversación: ¿podemos para este sujeto pensar en un fin? y ¿se trata de psicoanálisis? El final no puede ser sino una elaboración *sinthomática* que le permitiría contener en un «pensadero» —es un conocedor de Bion—[2] eso que lo asalta y lo amenaza. A veces, él mismo lo evoca así y mantiene esta finalidad en el horizonte. Si bien con este paciente —constantemente confrontado a la intrusión de un Otro amenazante— no podemos hablar de psicoanálisis en sentido estricto, sin embargo, pensamos que el trabajo que realiza solo es posible gracias al dispositivo analítico.

LA IMPOSTURA Y EL ENCUADRE

Este analizante, de cincuenta años, que ejerce su práctica en un campo cercano al nuestro, trabaja en una institución para niños psicóticos. Está casado y es padre de una niña de quince años.

Hizo una primera cura de quince años con un analista con el que tuvo, desde el principio, la idea de una «falsificación». Esta idea le sobrevino cuando, tras formular su demanda de hacer un «verdadero análisis con un final», obtuvo como respuesta del analista las condiciones para lograrlo: la hora, la periodicidad, la duración y el precio de las sesiones. El analista delega el acto al encuadre; ¡él, no está!

El sujeto se interroga así: ¿no sería él mismo un embaucador? Se siente aterrorizado ante la idea de descubrir alguna cosa que revelaría su impostura o la de su analista. La

cuestión iba del uno al otro; se perdía en esta indistinción de lugares. Por tanto, durante quince años, habla para «llenar las sesiones.»

Es el nacimiento de su hija lo que pone fin a este análisis. El analista había subrayado que ser padre representaba un paso importante para él y que este niño era el fruto de este largo análisis. ¡Un hijo del análisis, «del analista»! Horrorizado, abandona la cura. Quiere criar a esta niña «libre del análisis». Sin embargo, irá a pasearla por el barrio de su analista para «provocar un encuentro» que jamás sucederá. Tres años llevando a cabo esta estrategia culminan en el intento de inscribir a la niña en la escuela de ese barrio, ¡domiciliándola en la dirección del analista! Y, en ese preciso momento, volverá a pedir retomar su cura. El analista no lo acepta.

Consigue mi dirección por un colega de trabajo. Precisa que la elección de dirigirse a un analista del ICF se debe a que supone la práctica lacaniana diferente a las otras: «Los lacanianos se autorizan por sí mismos, deduzco que son más éticos».

Desde las primeras entrevistas pone a prueba mi resistencia a la intimidación. Con cara amenazante, acerca excesivamente su cuerpo al otro con el fin de inquietarle; pega portazos, dice que es un «tipo peligroso», que su anterior analista lo sabe. Yo me quedo cerca de él, vuelvo a cerrar suavemente la puerta y mantengo una actitud decidida pero siempre tranquila y cordial. Quiere entonces discutir sobre las condiciones de nuestro trabajo; yo lo oriento más bien hacia sus propias cuestiones.

EL DISPOSITIVO

La publicación. En el tiempo de estas primeras entrevistas, me llegó la propuesta de Jacques-Alain Miller de escribir un texto para un libro de próxima publicación *¿Quiénes son vuestros analistas*?[3] Enseguida pensé en este caso, pese a saber que él lo podría leer. Su manera de invalidar de antemano al analista me hizo pensar que era posible anticiparse comunicándole de esta manera mi interpretación sobre su anterior cura. Los lugares de cada uno están definidos, las condiciones del trabajo son desveladas en la escritura del encuadre y sus variaciones. Esta fue la función que cumplió la publicación del texto y fue así como él la interpretó. No la vivió de modo persecutorio sino todo lo contrario, se tranquilizó al conocer las reglas del juego, el espacio donde se despliegan y añade «que hay un analista».

El diván y la mirada. Muy pronto quiso pasar al diván; la mirada le persigue: «prefiero saberle detrás mío». Es en la mirada donde cree encontrar la falla del analista. Teme eso. De hecho busca una estrategia para escapar a la mirada del Otro. Desarrolla una teoría sobre este punto: él tiene los ojos azules, claros, y por tanto es transparente a la mirada de los otros, que pueden atravesarlo. «Usted, por suerte —dice—, tiene los ojos más oscuros y eso lo hace más difícil». Pero el contrapunto es que esto puede atravesarlo a él. Entonces, no se puede arriesgar ni a lo uno, ni a lo otro. Por tanto, solo puede estar en el diván.

El contacto se reduce a la mínima expresión. Ante todo, ninguna mirada, un apretón de manos rápido que, incluso, soy yo quien inicia. No hablar, mantenerse a distancia hasta que esté en el «marco analítico»: él sobre el diván, yo en el sillón.

Entonces habla, hace «su análisis». ¡Desearía hacerlo solo! Pero yo también me meto.

SECRETO Y NO-DICHOS FAMILIARES. EL PADRE AGREDIDO

Su actualidad sigue siendo la infancia; un secreto familiar ordenó su destino. Las dos abuelas —cada una a su manera— habían hecho caer en el olvido a los abuelos. Todo gira en torno a la abuela paterna y al hecho de que no ha querido nunca decir quién era el padre de su hijo. El paciente dice: «Era una devota que se acostaba con los curas». ¿Quién era el padre de su padre? Nunca quiso decirlo. «Ella debía saber con quién había hecho ese niño. Este poder absoluto es el horror de las mujeres».

Por otro lado, su madre había roto toda relación con su propia madre, que, a los seis años, tras la muerte de su padre, la había dejado en casa de la tía. Esta abuela escogió una «vida de mujer» rechazando a su hija.

La ausencia de los abuelos creó un núcleo familiar hermético y marcó tanto a su padre —hombre humillado y desvalorizado— como a su madre —rígida e intrusiva—, de la cual no sabía cómo separarse en tanto la insuficiencia paterna lo dejaba solo frente a sus exigencias educativas.

Considera que su padre es un hombre cobarde, sin consistencia. Teme ser como él y espera tener un poco más de consistencia para su hija de la que su padre tuvo con él. Pero «sin padre, ¿cómo no ser uno mismo cobarde?».

Teme no saber defenderse y no poder ayudar a los suyos si están en peligro. A

menudo se pone a prueba en situaciones de riesgo, saliendo por barrios peligrosos, provocando a la gente por la calle, etc.

Recuerda que en el colegio, a los cinco años, un niño le robaba cada día su merienda. Impotente ante la situación, su madre tuvo que intervenir. Esta situación es, para él, paradigmática de su posición de cobardía: «Desde entonces quedó así anclada».

Un recuerdo doloroso de su infancia tiene el peso de una oportunidad perdida para siempre. Su padre se burló de él y su respuesta «refleja», dice, fue darle una patada. Su padre no replicó, se dio la vuelta. «Hubiera preferido recibir una bofetada. Esperaba un signo de su rechazo. Lo peor de todo fue cuando se dio la vuelta. Siempre tengo que reconstruir a mi padre para que se sostenga un poco». Considera que solamente se ha beneficiado de la presencia física de su padre; nunca de su palabra. «No he recibido nada de él, ninguna palabra que me sostenga».

LA INFANCIA Y LA ACTUALIDAD MATERNA

Incansablemente, vuelve sobre la inconsistencia paterna y la insuficiencia de la separación con su madre. Confrontado a la ineficacia de la metáfora paterna y a la proximidad intrusiva de su madre, inventa —con actos y pensamientos— una manera de separarse. Cuando era niño se imponía salir y entrar de su casa varias veces seguidas sin decir a su madre a dónde iba. «¿A dónde vas?», él no respondía: «Siempre tengo que guardar algo secreto para no ser transparente». Estas secuencias le eran imperativas para marcar, en ausencia del padre, el ritmo del tiempo; una modalidad de *fort-da* a su medida. Cuando el padre no estaba, el ambiente era viscoso; su presencia física le daba un poco de aire. A falta del Nombre del Padre, la presencia física del padre lo tranquilizaba en cuanto a su propio cuerpo, que hubiera preferido más viril. «De hecho, tenía un cuerpo para mi madre: enclenque y enfermizo. En la escuela primaria no era capaz de controlar mis esfínteres. Mi madre quería educar mi cuerpo. Tenía que escapar de su educación higiénica. He hecho de mi cuerpo el fondo de mi resistencia al adiestramiento materno. ¡Es ineducable!». Se mantiene rebelde a todo acercamiento de su cuerpo con una mujer si este no es por iniciativa suya. Lo quiere controlar todo, pero esto se le escapa: cada vez que recibe caricias de mujeres le aparecen eczemas en la piel.

Lo que no ha podido recibir del padre se lo reprocha a su madre y a su vez lo desplaza

sobre las mujeres por las que alimenta un rencor inextinguible. Piensa que ellas tienen un saber sobre él, que su poder es inmenso. Relaciona a su hermano —tres años mayor y nacido tras la muerte del primogénito— con una cuestión central: ¿si el primogénito hubiera sobrevivido, habría nacido él mismo? Un «o él o yo» radical en donde se mezcla la inquietante sexualidad de sus padres, que le podría concernir, se produce aquí, pero también la temible decisión de vida o muerte que él cree en poder de las mujeres, puesto que los hombres son impotentes para oponerse a ellas.

A partir de estas inquietudes ha inventado un verdadero anudamiento alrededor de una pasión por los trenes y la construcción de redes ferroviarias.[4] «Los trenes son lo que me sostiene en la vida». Más precisamente, se trata de imaginar «redes complejas». Es algo que puede ocupar sus pensamientos durante varios días. Lo fundamental radicaba en los nudos ferroviarios, que debían ser cada vez más complejos. Los trenes debían pasar en un horario exacto, en un sentido y después en el contrario. Así, realizaba un verdadero zurcido: un punto al derecho, otro al revés, para un «anudamiento» que, después, ordenaba meticulosamente en el garaje del padre. Esta tarea obligada era como una construcción metafórica de un Nombre del Padre faltante. Afirma rotundamente que estas redes son inaccesibles a las mujeres.

Esta actividad lo ha acompañado en el transcurso de su primer análisis. Pudo pararla cuando, en el análisis actual, son las sesiones las que devienen el lugar de un «aiguillage».[5] Acude a sus sesiones con una regularidad y una puntualidad que nada puede perturbar y prosigue su trabajo de anudamiento de pensamientos para conseguir «ganar en consistencia». Pero la construcción de un «aiguillage» no hace punto de capitonado y él debe seguir y seguir...

LA CURA: EL LUGAR DEL ANUDAMIENTO DE LA PALABRA

Se siente constantemente despojado en su relación con los otros; la palabra le falla, no tiene «el buen uso». Esto lo devuelve siempre al «vacío de padre» del que hace la causa de su inseguridad. No encuentra palabras para decir su historia: «Es una historia sin palabras; yo soy sin historia». Añade: «para mí, una conversación normal siempre está vacía».

Entonces, se tratará de que en las sesiones encuentre otro tipo de «conversación» —

inventiva, no convencional, sorprendente— que venga a bordear ese vacío. No es para nada simple ya que, en la transferencia, oscila entre situar al analista en la vertiente materna —cosa que deviene muy intrusiva— o bien en la vertiente paterna, y entonces es el hundimiento y la necesidad de «reforzar al analista», pero también «el peligro de la seducción recíproca».

Este fue el «estrago» de su primer análisis: «el analista creía seducirme haciéndome cómplice dado que yo era un psi». Me daba coba. No era lacaniano; por lo tanto, ¡no era lógico y era demasiado explicativo! «Con el síntoma que tengo, no es por ahí que se debe ir, puesto que siempre tengo un pensamiento por delante del analista».

Dejarse llevar por la seducción es ante todo correr el riesgo, destructor, de estar «bajo la influencia del pensamiento del analista» que puede, como cualquier otro, infiltrarse en sus procesos de pensamiento. Teme los pensamientos aislados, tanto propios como ajenos. Pero al mismo tiempo, la sesión siguiente le es necesaria para verificar que su «pensamiento no está influenciado» y así poder retomar los procesos de pensamiento en el tiempo analítico ahí donde encuentra «un poco de creencia» en la palabra. Es esto lo que ha cambiado pese a que sigue siendo aún muy frágil. Tiene la necesidad de construirse un analista que escape a los diferentes escollos, que sostenga el conjunto y que sea un «creyente» del análisis.

Este «incrédulo del psicoanálisis» lleva veinticinco años en análisis. Este incrédulo cree. Cree al menos en la posibilidad de la existencia de un lugar donde alguien —el analista— pueda mantenerse para él en un lazo de palabra. En la sesión cada uno tiene que mantener su rol; el lugar del analista siendo, contra su voluntad, «torpedeado y constantemente carcomido». Cada sesión sirve para verificar que el dispositivo se sostiene y el analista también. ¡Que está trabajando!

Recojo las hilachas esparcidas de sus asociaciones y se las propongo para un anudamiento. Puede entonces retomarlas, dejarlas, a veces rechazarlas de forma ostensible. Las retengo, las guardo y, luego, se las propongo de nuevo. De esta manera ha podido, entre otras cosas, retomar un punto de su filiación por el nombre propio: su padre hizo una serie de investigaciones, reencontrando la huella de un cambio en las últimas cinco letras de su apellido[6] y de este modo restableció el original. Ahora, puede valorar este «acto del padre» y pensar que «este nombre propio» es una filiación «por el patronímico», a falta de otra.

«Estoy subordinado a su presencia», ese era el punto de partida de la transferencia.

«¿Y si no nos volviéramos a ver después de las vacaciones...?» es el punto donde él mismo está. ¡Tiene que prepararse por lo que pudiera pasarle al analista! ¿Es esto un progreso? En todo caso, es su manera radical, irónica, de pensar la separación; algo impensable para él desde la infancia.

La idea de su inconsistencia lo constriñe todavía a la repetición de las sesiones, a «ser su propia rata de laboratorio»; el algo que siempre debe verificarse en el dispositivo. El lugar de la sesión es este punto donde los pensamientos «se localizan», se anudan, es su «pensadero». Es en este «pensadero», construido en el análisis, «donde se enlazan las palabras».

¿Podría hacerlo funcionar él mismo como síntoma y sostenerse sin la presencia real del analista?

Es lo mejor que le podría pasar, a falta de poder acceder al «pensadero» de Sócrates del que habla Aristófanes,[7] y, que marcaría el pasaje a una cierta dialectización; aunque fuera en la forma irónica. Aunque entonces las «Nubes» pondrían todo en peligro y el fuego reanimado por el Otro amenazante podría ser devastador.

«SIEMPRE SERÉ UNA HISTÉRICA, PERO UNA HISTÉRICA MARAVILLOSA»

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO

Cuando Ángeles, con veinticinco años, acude a mi consulta me dice que padece un trastorno de anorexia-bulimia y me explica la trayectoria de sus trece años de enfermedad, con treinta ingresos, alimentación forzada y situaciones límite con riesgo para su vida. Este relato, no exento de exhibicionismo, la sitúa como la mejor, también como la mejor anoréxica.

Ha estado con los más prestigiosos especialistas en trastornos de la alimentación, sabe todo sobre la anorexia, nadie consiguió curarla. Le digo que, si es así, probablemente yo tampoco lo consiga. Me desintereso, por completo, por su intento de enumerar las veces que vomita y el peso que ha perdido, diciéndole que son cuestiones de interés para su médico. Le hago una pregunta: ¿cuándo comenzó todo? Sabe situar el día exacto. Dejó de comer el día en que falleció su tía, la más joven de sus tías, y la única que no participaba de la ideología y moral familiar caracterizada por el fundamentalismo católico y un acentuado clasismo. Esta tía, absolutamente idealizada y extremadamente delgada, falleció de un accidente de tráfico con veintiséis años. Ángeles, a partir de ese día, dejó de comer. Tenía doce años.

Me dice que, en trece años de enfermedad y tratamientos, nunca nadie le había preguntado por esto. Pero lo más curioso es que ella tampoco lo había relacionado con su enfermedad. Doy por finalizada ahí la primera entrevista. Corte en este caso al servicio de instalar el saber, la transferencia, como condición necesaria de toda cura.

A partir de aquí, me hablará de su relación con una mujer bastante mayor que ella y que fue su profesora. Se reencontraron durante un ingreso hospitalario y se hicieron inseparables. Compartían sus orgías (así las denomina) bulímicas. De esta relación dirá: «Somos dos ángeles unidos por el mismo destino». El corte de la sesión, en este punto, permitirá aislar un significante fundamental.

Me dirá que, con seis años, leyó unas cartas de su madre. En una de ellas, dirigida a la abuela materna de la paciente, se lamentaba de haberse casado y de no haber destinado su vida a Dios. En otras, hablaba de un primer embarazo de una niña que «nació muerta». A este embarazo siguieron cuatro abortos hasta el nacimiento de la paciente. Posteriormente, nació su hermano.

A raíz del hallazgo de las cartas, le preguntó a su padre cómo era su hermana. Este le respondió: «Como un ángel». La paciente dirá que, después de la respuesta que le dio su padre, pasó años pensando en cómo sería su hermana, de la que heredó su nombre. Esta «obsesión» cobraba especial intensidad cuando sentía que no respondía al ideal de sus padres, incrementándose a partir de la muerte de su tía. Dirá que siempre destacó porque, en el fondo, sabía que era la sustituta: «Le robé el sitio al ángel, a mi hermana, y nunca me lo he perdonado, ni me lo han perdonado mis padres. Me juego mi ser a que no hay día en que no piensen en ella, en lo que hubiera sido. Yo se la robé. Mi dependencia hacia ellos es la penitencia por el pecado de haber nacido sin permiso». Concluye diciendo que lleva veinticinco años siendo el doble de ese ángel, que no puede devolverle a sus padres. De este modo, aísla un significante: «ángel», que como límite entre el sujeto y el Otro carecía de sentido, y al que la paciente se lo pretendía otorgar encarnándolo mediante la repetición, lo que la abocaba a un destino mortal. Es lo que Lacan nos dice, en el *Seminario XI*, cuando afirma que es falso que la interpretación esté abierta a todos los sentidos y que su efecto es el de aislar en el sujeto un hueso, un significante irreductible, hecho de sin-sentido: «Es esencial que el sujeto vea [...] a qué significante —sin-sentido, irreductible, traumático— está sujeto como sujeto».[8] La dirección de la cura pasaba por separar al sujeto de la repetición comandada por ese significante.

Al poco de comenzar su análisis, se producirá un hecho sorprendente que la paciente describe del siguiente modo: «Salgo de la sesión con ansiedad. Empiezo mi ruta habitual: galletas, cafés, bebidas... De repente, se para el tiempo. No recuerdo nada. Sólo sé que aparezco en un sitio que no reconozco, mareada, con una bolsa. Siento pánico. ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí?». Llama a su amiga bulímica, que acude a buscarla, y van a su casa. Lleva un paquete. Lo abre y aparece un pastel especial: una ranita de chocolate. No recordaba nada respecto del momento en que se dirigió a comprarla. Su sorpresa es muy grande. Es una ranita de chocolate como las que le compraba su tía, cuyo fallecimiento desencadenó la anorexia de la paciente, y que su madre no le dejaba

comer. «Era nuestro secreto, dirá, y hoy fui hacia ella». Sitúa este episodio disociativo como la emergencia de un deseo de vida frente a la dependencia patológica de sus padres. Padres que la prefieren anoréxica, ángel, antes que gozando sexualmente o dando una mala imagen social. Cuando Ángeles hace un atisbo de separación, la madre sufre episodios agudos de colitis ulcerosa. «Conclusión, dirá, si yo me curo soy pecadora y, si soy pecadora, mi madre muere. Pero, si sigo así, muero yo».

Está con los padres y con su hermano a la mesa, tiene seis años. En el colegio ha oído la palabra «coito». Pregunta: «Mamá, ¿qué es "coito"?». Su madre responde: «Come y calla». Comió y calló. Dirá que la comida es su pecado. Desde que desencadenó su enfermedad, pasó por fases de anorexia restrictiva, donde era pura, un ángel. Estas fases acabaron alternándose con momentos de bulimia, en los que se abocaba a la promiscuidad sexual, al exceso. El pecado lo eliminaba con sus purgas. Su relación con la sexualidad era idéntica a la que mantenía con la comida.

Recuerda que de niña comió el turrón de los camellos de los Reyes Magos, que habían dejado exquisitamente preparado su madre y su abuela. Lo fue a vomitar (era de chocolate). Supo que su castigo no fue por comer el turrón de los camellos, sino por haber visto extasiada una revista en la que salían desnudos un hombre y una mujer. Eso le provocó placer. El chocolate desapareció de su vida excepto cuando, a espaldas de su madre, su tía le compraba una ranita de chocolate. La ranita le provocaba un placer ya no alcanzado en el futuro.

La paciente dirá: «Mis etapas anoréxicas están llenas de duelo por el chocolate de las ranitas, en fin, por el pecado. Están llenas de mordiscos de manzanas ácidas. Los Reyes me quitaron, por pecadora, el chocolate, pero me dejaron algo de imaginación con lo cual siempre seguí haciendo el amor: ni con hombres, ni con ranitas; pero sí con las manzanas».

Establece una ecuación entre sexo, pecado y muerte, confirmada por la muerte de su tía, la única «pecadora» de su familia. Su padre le ha dicho que «la prefiere muerta antes que verla con cualquiera por ahí». Su madre, que «nunca nadie ha deshonrado su apellido y que no piensa consentir que ella lo haga». Su tía murió cuando el peligro de «deshonrar» el apellido era mayor. Dirá: «Cuando yo pongo el honor familiar en peligro, también muero, ya sea ingresando en un manicomio, ya sea aniñándome hasta la pureza más pura, llegando a los 28 kilos, muerta, solo huesos, solo ángel, ningún peligro. El confesionario, los huesos o el retrete, perdonan todo. Mi madre en un baño, sangra que

te sangra. Yo, en otro, vomita que vomita. Mi hermano, sutilmente, apoyando a mamá. Mi padre gritando, preguntándole a Dios por qué le han mandado tantas desgracias, o yéndose a dar conferencias o a rezar un rosario».

Comienza a tener pesadillas repetidas en las que ve a un bebé que vomita. Dice que solo sabe que es un ángel porque, de cintura para abajo, la imagen se difumina. Está asexuado. Ella está detrás suplicándole a los padres que no le den más comida, que le eviten el vómito. Identifica a ese bebé con la hermana muerta, que ella misma es. Con esta pesadilla el sujeto empieza a separarse, a vomitar el significante de su destino. Así, comienza a alimentarse, aunque, únicamente, con leche succionada con una pajita. En este contexto, un día, cuando la hago pasar desde la sala de espera, se muestra absolutamente sorprendida. En la sala de espera, se encuentra un grabado que representa un ángel. Siempre estuvo ahí pero, por primera vez, ha podido ver que ese ángel tiene pechos. Está fascinada y se ríe. Dirá: «Si para un artista existen los ángeles con pechos femeninos, ¿por qué para mí no pueden existir?».

Encuentra dos apoyos: la ranita y el ángel con pechos. Han transcurrido dos meses desde la primera entrevista, con encuentros diarios exceptuando los fines de semana. Sigue alimentándose solo de leche, pero no vomita.

Inicia una relación con un hombre, que sabe que sus padres no aceptarán (por considerarlo de inferior clase social), y les hace conocer la relación por medio de un acto fallido.

Comienza a comer, fuera de casa. En casa no lo consigue. La madre ha recaído de su colitis ulcerosa desde la noche que durmió fuera de casa con su pareja. Retorna la tentación de la anorexia, a la que define como su seguridad, su control. Dirá que «el placer del bajo peso es casi tan intenso como un orgasmo». Se pregunta: «¿Qué diferencia hay? Lo primero es patológico y lo segundo es normal. En mi casa es justo al revés». Sin embargo comprueba, no sin alarma, que ya no encuentra la misma satisfacción en sus síntomas. A esto sigue un periodo caracterizado por la reacción terapéutica negativa y la ideación suicida.

Sale de esta situación a partir de una sesión en la que enuncia lo siguiente: «Cuando nací casi mato a mi madre. Tuvo una hemorragia. Quería retenerme. Ahora también sangra, porque no quiere que me vaya. Si entonces no se murió, ahora tampoco se va a morir. Creía estar presa de la anorexia, pero estoy presa de mi madre. A veces deseo matarla, a veces ser solo de ella».

Aquí se produce el corte, en la sesión y en su vida. Puede comenzar a operar una separación que no pase por ser un ángel muerto. A partir de ese momento, la paciente come normalmente y no vomita. Recupera la menstruación. Consigue, por sus propios medios, un trabajo digno acorde con sus estudios universitarios.

Comienza a vivir con su pareja. Es una elección problemática sostenida en el desafío al padre. En este momento decide interrumpir el análisis y me dice que volverá a verme si lo necesita o tiene nuevas noticias. No hago nada por retenerla y no la llamo (lo que sí hacía antes si se ausentaba a las sesiones y no llamaba durante un tiempo). Ángeles no dejará de reprocharme esto, al estilo de la queja histérica: «Sólo soy una paciente más y no importa lo que me pase». A lo que respondo manifestándole que cuenta con el mayor afecto e interés por mi parte, pero no la llamo.

Así se abre un nuevo periodo. En los últimos años llamaba y venía, a tres o cuatro sesiones, cada varios meses. Lo hacía para contarme, por ejemplo, que había terminado una nueva diplomatura universitaria, más acorde con sus intereses profesionales, y que estaba trabajando en su nueva profesión. Pero, sobre todo, venía cuando tenía que anunciarme un cambio de pareja (cada vez menos sostenidas en el desafío al padre). La última relación, que se mantenía en el tiempo, era plenamente aceptada por sus padres excepto por una cuestión: convivían sin estar casados. La paciente definirá esta situación como un uso diferente del rechazo.

Nuestro último encuentro ya fue hace más de tres años. Terminó cuando dijo: «Siempre seré una histérica, pero una histérica maravillosa».

Se trata de un final que posibilita una discontinuidad. El análisis le permitió a esta mujer el despliegue del saber, un despliegue que va contra el bucle cerrado sobre sí mismo donde la repetición quiere igualarse a la verdad. Esa verdad el analista no la sabe y, por ende, no la comunica. Como dice Lacan: «La interpretación no se somete a la prueba de una verdad que se zanjaría por sí o por no, ella desencadena la verdad como tal».[9]

Su psicoanálisis le ha permitido a esta mujer salir de la repetición. En primer lugar, de la repetición de hacer fracasar a cualquier terapeuta en posición de amo, causando su angustia y división. En segundo lugar, de la repetición comandada por el significante amo de su destino. Ahora puede hacer un uso de su histeria más próximo a la vida: no puede ser una más, no puede dejar de intentar ser la mejor. Se trata de un nuevo uso de la repetición. Para ella parece ser suficiente, al menos de momento.

LA SOLEDAD DE UN *CLOWN*

JULIO GONZÁLEZ

LA AUSENCIA DE PUNTO DE CAPITÓN: TIEMPO Y ESPACIO SE COLAPSAN

En invierno de 2003 recibo a un joven que dice haber tenido en el verano un brote psicótico en el momento de elaborar su trabajo de fin de carrera, sobre la interpretación, con la que quería unir, «como si fueran vasos comunicantes», teatro y saber. Pretendía poder anular así los malentendidos. Pero le resulta imposible pasar sus ideas al escrito.

En días previos al brote notaba una gran inquietud y en un viaje que realiza relata haber experimentado «un bautismo»: un momento en el que se encuentra frente a una niña y su madre, ambas con la cara manchada de barro. La madre le hace una marca de barro en la frente diciéndole: «es para ti, el tercer ojo», una frase que quiere decirle algo pero no sabe el qué. Es una frase que se propone descifrar porque quedó «como un corte, una herida, pues no tuvo un segundo elemento que la cerrara».

A la vuelta del viaje surgen «paranoias e ideas de persecución» por parte de sus amigos. Tenía la idea desde hace tiempo de que los otros podían verle sin que él pudiera ocultarse. Surge la idea de que su vida depende de un ritual masónico, en el que él era el puro, el elegido, también la idea de ser el «pollo inglés», ese que se ataca en su imagen en el espejo hasta la muerte.

Todo esto se detiene con la medicación. La explicación que él se da es la de estar en un momento en el que se «suturó» la fisura entre lo que es y lo que quiere ser, apareciendo la idea de que un fin se aproximaba, produciéndose «un colapso, una eliminación del tiempo».

LA INFANCIA Y SUS SOLUCIONES

Su infancia muestra signos de un encuentro precoz con una significación personal que no

pudo leer, con la consecuencia de un padecimiento y una dificultad para sostener el campo de la realidad.

A una edad muy temprana e imprecisa recuerda estar con el padre y un amigo de este en la playa, una ola le tira y los otros se ríen de él. Siente sorpresa, enfado, y la idea de que las cosas son una farsa, una decepción. Certeza de una burla recibida del lado del padre y de otro hombre ante su valor fálico y que impide la construcción de un semblante masculino.

Un recuerdo posterior: en el pasillo de su casa ve un pie de niño con un calcetín a rayas, se lo dice a sus padres pero no le creen. Durante mucho tiempo tuvo la sensación de «una presencia extraña» en la casa que le atemorizaba. Tuvo «miedo real» de ir al baño, suponía un límite que no se atrevía a traspasar, mas allá se encontraba la puerta de la calle. A partir de ese momento tuvo la idea de que sus padres no eran sus padres pues ellos no entendían su miedo: «si no me entendían es que no era uno de ellos».

La manera de tratar este momento vital fue el buscar un punto exterior que funcionara como una garantía. Recuerda que de niño en el balcón de la casa había una calcomanía que alguien había puesto, era la de un indio, le daba una idea de perdurabilidad y permanencia bajo la lluvia y el frío, «me preguntaba qué sería de mi vida sin esta imagen». Imagen que suplía la falta de una imagen fálica del cuerpo.

A los ocho años el equilibrio logrado sufre una conmoción. El padre es hospitalizado por una enfermedad grave. Fue tarde a verle y cuando lo hizo pensó que «no era él, lo habían cambiado». Fue incomprensible, pues hasta esa fecha la imagen paterna connotaba poder y vigor, « hacía honor a su apellido». Al ver este cambio en la imagen paterna se sintió culpable por haberle deseado la muerte en algún momento, haberle maldecido, y tuvo la idea transitiva de que él tenía que trasformarse en otro.

En esa coyuntura reaparece el amigo paterno de la escena de la playa. Esta vez no hay burla. Este hombre, convocando su posición viril, le dice: «Ahora eres tú el x (apellido paterno) pequeño, el que queda, el hombre, has de cuidar de tu madre y hermana». Él no entendió nada, ni qué era lo que este hombre le decía, ni el porqué.

A los doce años se interesa por el teatro, le permite ser otro. Aparece tras una situación en la que «no pude mantener mi palabra». Él siempre dijo que jugaría en el Athletic, su padre y su sempiterno amigo se reían de él diciéndole que no era vasco, que era un «vascorriendo» (condensa «vasco-riendo» «vas-corriendo» «vasco-corriendo»). El entrenador le dice que no es bueno, le manda a otro equipo peor; deja el fútbol y se

interesa por el teatro. También, en ese momento, se interesa por una chica, pero ella comienza a salir con un amigo de él.

La solución que encuentra a partir de los ocho años reformula la hallada en los comienzos integrando el transitivismo de su transformación. Se ponía frente al espejo y decía a la imagen: «Tú vas a ser...». De este modo fue aparejando algunos semblantes masculinos que le permitieron sostenerse hasta el momento del brote.

Respecto a su familia dirá que su madre y hermana son sus dos grandes mujeres. Con la madre no puede mentir, ocultarle cosas, es con quien habla, si hay que conseguir algo quien manda es ella. Con la hermana, cinco años mayor, comparte secretos. De su padre dirá que es poco hablador, le iba a ver jugar al fútbol en secreto pero nunca le decía si lo había hecho bien ni le daba una palmada.

Estos recuerdos de su infancia le han generado la idea de que «mi vis cómica se tragaba mis palabras, que el otro no hacía caso de mis palabras». Asimismo la sensación que le ha acompañado siempre al mirarse en el espejo es la de no estar del todo ahí, la de que aún faltaba algo por realizarse en la imagen». Con el brote «dejé de preocuparme por el espejo y pensé que el espejo era el público».

Está también el sentimiento de soledad mezclado con la culpa que le quedó desde la enfermedad del padre, al darse cuenta de que la madre dejó de estar en casa para ocuparse del padre.

Desde niño se encontró ante dos casas, dos lenguas. La casa del padre, la rectitud, el «eso se hace así». La casa de la madre significaba el doble sentido, el decir una cosa para hablar de otra, la necesidad de una interpretación, por lo tanto. Dos lenguas disjuntas que nunca hicieron metáfora y que constituyeron el origen de su posterior interés por las disciplinas propias del discernimiento y el teatro, «la cabeza, el pensamiento y el cuerpo».

LECTURAS DEL BROTE

La tarea inicial que se propuso en el tratamiento fue la de poder encontrar una lectura de la experiencia del brote. A lo largo del tratamiento se ha aplicado con rigor a ello, ha vuelto varias veces sobre este punto tratando de situar las cuestiones que se encontraban en el momento previo. Cada vez que lo ha hecho ha encontrado una nueva perspectiva.

En un principio, lo previo fue el mencionado trabajo de fin de carrera y la pérdida del soporte de sus compañeros de estudio.

Enseguida comenzó a hablar de lo que era su dificultad, a saber, su rechazo a las mujeres desde el episodio de los doce años. Había también un problema con su cuerpo: «No tengo un discurso sobre mi cuerpo». Frente a otros hombres piensa que es pequeño, experimentando una vergüenza que le impide seducir.

Durante sus estudios tuvo una relación con una mujer. Lo llama «la burbuja» pues ni antes ni después ha tenido otras relaciones. Pero sucedió que comenzó a pensar en otras mujeres y dejó la relación para estar con más mujeres. Luego no pudo hacer esto pues se encontró con el brote y ahora con su dificultad para seducir.

Cree que se asustó cuando ella le dijo que sentía con él algo que nunca antes había sentido con otro, cuando ella comenzó a pedirle más: más atención, más tiempo. Él no podía responder a eso.

En este periodo del tratamiento plantea la seducción como una incitación del otro, una respuesta que ha de dar ante el coro de los amigos que siempre le dicen que se lance cuando está con una chica. Un acto que él nunca llega a realizar y que marca el final de una escena de interés mutuo entre una mujer y él. Si pudo tener relación con una mujer fue porque ella insistió. Recuerda que desde su «encuentro con la sexualidad» se ha sentido fuera del grupo y con vergüenza.

EL NUDO: EL SABER COMO NOMBRE DEL PADRE

Un tiempo después sucede un nuevo brote en un curso en el que se sentía fuera del grupo y en el momento en que ha de responder al interés por una chica. En la escena él dice a los otros que su abuelo hacía *pessigolles*[10] a su mujer. La respuesta de incredulidad que encuentra dispara un juego en el que no distingue la verdad de la ficción, siente euforia, hasta que finalmente verse atado a la cama de un hospital le permite encontrar un límite.

El hecho de que en este nuevo brote aparezca un término en catalán le permite abordar su particular relación con la lengua. De joven usaba tres lenguas. En casa, sus padres le hablaban en catalán y él respondía en castellano ya que es analfabeto en ese

idioma. El castellano se hablaba en el colegio, «la lengua obligatoria, la que era obligado hablar». El *euskera* en la calle, la lengua de aquí y que le hace sentirse extranjero.

Recuerda que de pequeño cuando iba a Cataluña no entendía los juegos de palabras, los dobles sentidos, lo que se dice entre líneas. Los demás los pillaban y él no, todos se reían y él no. Recuerda un día en el que se sintió echado y burlado ante unas palabras de la madre que se dirigieron a él. En el lugar del enigma del deseo materno encontró la certeza de la burla. Recuerda que de niño le gustaba jugar solo, en silencio.

Le indico la importancia de contar con una lengua sólida, sin dobles sentidos, la de sus estudios universitarios. A partir de esta intervención, se abre un largo periodo de sesiones rutinarias en las que habla de su proyecto de trabajo y de los esfuerzos que hace para sacar la titulación en *euskera* necesaria a tal fin. Es algo pesado y repetitivo.

EL NUDO: LA IDENTIFICACIÓN AL «CLOWN» PARA TRATAR LA CERTEZA DE LA BURLA

Tras ese tiempo comienza a construir el personaje del *clown*, un personaje «irónico con las palabras».

Se replantea el estar con una mujer e independizarse de la madre. Formula la cuestión de cómo hacer un discurso que diga cómo hacer con la cabeza, el corazón y el pene, pues cada uno va por separado. Le señalo que eso es así para los hablantes, que la respuesta es particular, y que las sesiones pueden orientarse en la búsqueda de una respuesta posible. Dirá que en él el órgano no se articula a la palabra, que tiene que encontrar el modo de decir a una mujer algo que lo articule. Su órgano «no pasa por el otro», no pasa al diálogo, está separado del afecto.

En su trabajo de *clown* le interesa la relación con los objetos, mostrarla al público, hace malabares con un balón: «la pelota que me he comprado me ha sorprendido a mí mismo, es un espejo, te puedes ver, un espejo que esta cosido, que nunca se va a romper».

Se apunta a una escuela de *bertsolaris*[11] pues ya no es necesaria la tradición de ser *euskaldun zaharra*.[12] Intenta lograr con ello un dominio de la lengua: «juegas con el idioma».

Comienza a constatar una modificación. Ahora puede verse como un pretendiente legítimo. Ya no se encuentra en la tesitura de tener que dar la réplica al coro que le incita

a la seducción, ni tampoco al interés que pueda mostrar una mujer hacia él, ahora puede llevar la iniciativa. De todos modos, la posible relación con una mujer es algo que se mantiene como horizonte.

EL NUDO: EL VELO QUE CAPTA UNA CIERTA MIRADA

En consonancia con la ruptura de la tradición, señala que los modelos hombre-mujer han cambiado. En él hay algo femenino que los demás constatan. Él ya fue seducido una vez, ahora quiere gustar, agradar a las mujeres. Pero su órgano viril no es una pieza separada del cuerpo, no está elevado a la categoría del falo.

Contento con su trabajo de *clown*, pone en juego su mirada para captar con ella e interesar al público y hacer un recorrido juntos por las emociones, jugar con el lenguaje, los dobles sentidos. Como *clown* no encuentra dificultades en seducir al público.

Piensa en la soledad de su personaje de *clown*. Este personaje supone para él la posibilidad de «agujerear un cierto muro y que entonces puedan salir algunas emociones». Es también la posibilidad de mirar y ser mirado por los otros. El problema puede aparecer en el momento en el que no haya tal agujero, o cuando el muro caiga o se levante: «eso fue el brote».

LA TERMINACIÓN

Tras situar el velo, construye la historia de su soledad. Se origina en el episodio de la enfermedad paterna. Se encontró solo por las calles, «no sabía lo que se esperaba de mí», lo que se une a la culpa de haber maldecido al padre. «Había en esto una dificultad para ubicarme como chico». Recuerda que en esos días se cayó de una tabla, «me desmoroné», rompiéndose el brazo. Estuvo aguantando el dolor hasta que al final se lo contó a su madre, sintiéndose culpable por eso, por dar problemas. Se encontró desplazado al ver llorar a su madre, sentimiento que le ha acompañado toda su vida.

Es la historia de un *liegen lassen* en la que se incluye su respuesta de sujeto. Es la aparición de la culpa, pero también de lo que le permite decir: «Desde ese día hay en mí una parte que me hace hacer cosas, que me lleva a cuidarme; otra tiene que ver con esta soledad».

En ese momento decide finalizar las sesiones. Acepto y le propongo quedar cada cierto tiempo. Entiendo que hemos llegado a un final del tratamiento, un final probablemente infinitizado. Su identificación al *clown* le permite construir un agujero donde alojar la mirada. Hay en ello un trabajo en torno a la burla recibida del Otro transformándola en una ironía que le permite estar dentro del lazo social. Evoca a Humpty Dumpty, maestro de la significación y personaje de *Alicia a través del espejo*.

Asimismo, su propuesta de construir un velo suple la producción del falo, lo que estabiliza la imagen «algo femenina» que ofrece y que capta la mirada de los otros. Con esta imagen se pone a resguardo de la mirada de las mujeres.

De otra parte, desde niño supo que debía hacerse cargo de su soledad.

En citas posteriores dirá que sigue interesado en coser cabeza y cuerpo. Lo pudo hacer en el tratamiento conmigo, ahora continúa con el *clown*. La relación con una mujer es un horizonte que no le supone ninguna prisa, si bien esto no le ha impedido tener alguna relación puntual.

METAMORFOSIS DEL SUPERYÓ EN UNA TERMINACIÓN DE ANÁLISIS

ROSA LÓPEZ

Comenzó el análisis con cuarenta y cuatro años, recién llegado a España tras una segunda emigración.[13] Casado y padre de un hijo, se presenta bajo el modo de la impotencia vital y la división subjetiva. Hasta el momento le había resultado muy difícil ganarse la vida con su profesión artística, aunque se había formado con los mejores profesionales y poseía un buen currículo.

Pertenece a una familia con una estructura muy singular, pues tiene hermanas por parte de madre y hermanos por parte de padre que bien podrían ser sus hijos.

La separación de los padres se produjo cuando el paciente tenía dieciséis años. El padre abandonó el seno familiar para convivir, durante un tiempo, con una adinerada psicoanalista que habitaba en un barrio elegante, completamente diferente al suburbio en el que ellos vivían. Él quedó impresionado por la riqueza, el *glamour* y la gente intelectual que rodeaban al padre.

A la vez, el padre dejó su profesión de economista para intentar, sin éxito, realizarse como escritor. Finalmente decidió ejercer el psicoanálisis (no lacaniano). Para el sujeto, el padre no es un verdadero psicoanalista, apenas se ha formado, y tiene un discurso ecléctico y sin enjundia.

Es el padre quien admira al hijo, hasta el punto de seguir sus pasos en la primera emigración, donde se quedó a vivir con permanentes dificultades económicas.

La madre, maestra de educación infantil, mantiene la militancia en el Partido Comunista, y su discurso está determinado por los ideales de la lucha de clases y los prejuicios contra todo aquello que sea sospechoso de capitalismo. El juicio crítico de la madre ha gravitado permanentemente sobre sus decisiones profesionales.

Se independizó con dieciocho años, y se casó más tarde con la novia de la adolescencia, una joven con graves problemas depresivos a la que decidió salvar,

haciendo las veces del padre que esta perdió prematuramente. Ella siempre tuvo dificultades para desenvolverse en las cuestiones prácticas de la vida, pero él le suponía un saber sobre el goce por su formación psicoanalítica.

RECTIFICACIÓN SUBJETIVA EN LAS PRIMERAS ENTREVISTAS

La penuria económica con la que se presenta al inicio no es solo real, sino que tiene un carácter marcadamente subjetivo. En las primeras entrevistas pude captar su identificación con la figura del hombre pobre, lo que me llevó a intervenir de forma decidida. Un día en el que no pudo pagarme, comentó penosamente que no llevaba ni una sola moneda para tomar el autobús de vuelta a su casa. «¡Es demasiado!», fue mi respuesta, acompañada de un gesto que acentuaba la enunciación. Inmediatamente se dio cuenta de que extraía un goce de esa situación. Esta intervención produjo una primera rectificación subjetiva y lo sacó de cierta posición melancólica.

Entonces comenzaron las divagaciones sobre si era un verdadero artista o un mediocre. Esto dio lugar a una segunda intervención, en la que utilizando el significante fundamental que protagonizaba su discurso, le dirigí una pregunta directa: «¿Tiene usted talento?». Con esta pregunta no pretendía cerrar una cuestión de semejante calado, sino que lo apremiaba a salir de la indeterminación subjetiva que prometía eternizarse. Conmocionado, captó que se trataba de discernir si, teniendo talento, sufría un síntoma susceptible de ser analizado o, por el contrario, si sus dificultades no eran más que la expresión de una carencia irremediable.

Convocado a pronunciarse, afirmó que sí tenía talento, pero que no sabía arreglarse con ello. A partir de esta respuesta, que abrió la puerta al síntoma analítico, fueron surgiendo las coordenadas que producían sus dificultades:

1. Buscar la fama era un propósito censurable, pues representaba un deseo inadmisible, asociado a lo impuro y contrario a la autenticidad.
2. Ganar dinero a través del arte era una degradación de su pureza.
3. El propio hecho de tener dinero era una traición al discurso materno, vehículo de una moralidad inflexible. Desde la infancia le fue transmitido un resentimiento social, cristalizado en un recuerdo. Siendo niño, presenció cómo el padre de un compañero

venía a buscarlo con un coche de lujo. En ese momento, y para su sorpresa, no pudo evitar una exclamación cargada de odio y envidia: «¡Qué hijo de puta!».

4. La sospecha de ser un impostor o un advenedizo se imponía en cualquier acto relacionado con el terreno profesional.

El sujeto cargaba con el peso del enorme fracaso del padre en su intento por dejarlo todo y hacerse escritor, sin otro resultado que el de la precariedad económica.

A medida que va desplegando en el análisis los determinantes que lo identificaban, empieza a darse cuenta de que es alguien que no se puede vender (en el doble sentido del término). La posterior caída de las identificaciones le permite salir de la impotencia y de la inhibición.

UNA INVENCIÓN SIGNIFICANTE

Funda un grupo artístico al que le inventa un nombre compuesto por tres significantes por completo ajenos a su historia. La invención no solo del proyecto, sino también del nombre, tiene su importancia porque se dirige al corazón mismo del Estado español, cuando él encarna al extranjero por antonomasia, descendiente de generaciones de emigrantes judíos, habiendo emigrado varias veces sin encontrar un lugar en el mundo. A partir de ese momento, su llegada provisional a España se convierte, en virtud de la transferencia, en una decisión de quedarse. Esta invención significante tiene un carácter extraordinario: se aparta de todo aquello que le viene de su linaje y le permite construirse un techo.

En determinado momento lo contratan para llevar a cabo una obra magna en un lugar emblemático. Se trata de la realización de lo soñado como imposible de alcanzar, y entonces dice: «Después de hacer esto, creo que puedo dar por concluido mi análisis». Él no sabía —y yo tampoco— que tras ese acontecimiento comenzaría una nueva y larga etapa en el análisis, porque la obtención del éxito no hizo más que abrir al principio una mayor complejidad del síntoma, y más tarde porque se propuso llevar el análisis hasta su final.

Después de ese primer logro vinieron muchos otros, de modo que lo que parecía excepcional se hizo serie. Moviéndose con una enorme habilidad en el terreno político y

artístico, consiguió conquistar una gran fama. De ser un pobre paria pasó a relacionarse con la realeza, con políticos y con hombres de fortuna. Pero al éxito le acompañaba la división subjetiva y la insatisfacción, al punto de preguntarse: «¿Es aquí donde quiero estar? ¿Cómo me ve el otro? ¿Cómo me veo yo mismo? ¿Soy verdaderamente merecedor de estos aplausos?». Se producía además una pérdida de goce que expresaba en estos términos: «Me gustaría reencontrarme con el disfrute que sentía cuando hacía las cosas por el solo hecho de hacerlas».

Por otra parte, la salida de su inhibición produjo una fractura en la relación de pareja. La esposa no podía soportar sus éxitos, y cada vez que se sucedían lo atacaba con desprecio y ferocidad: «Todos creen que eres un genio, solo yo sé que eres un mierda, pero aun así quiero estar contigo». Para él estas palabras tenían un peso enorme. Ella parecía conocer su condición de desecho, mientras que los otros solo veían un falso semblante.

LA FAMA, PERO NO EL DINERO

Los problemas económicos permanecían, porque al trabajo de dirección artística había que sumarle el de gestor de la empresa y no conseguía hacer bien las cuentas. De este modo realizaba su deseo, sin dejar de cumplir con el imperativo superyoico de la madre, y con la identificación a las dificultades del padre. Su necesidad de agradar, ser amado y mantener la humildad le llevaban a presentar presupuestos por debajo de lo conveniente.

Fue necesario cernir, dándole muchas vueltas, la traición edípica que suponía ganar dinero. Por una parte, aceptar que él podía llegar a estar en condiciones de ayudar al padre económicamente sin que eso supusiera la fantasmática superación y degradación del mismo. Por otra, desprenderse del juicio de la madre.

Las diferencias con la esposa se hacían cada vez mayores. Cuanto mejor le iban las cosas, más pedía ella su castración. El malestar en la relación empezó a cobrar tintes dramáticos, pero la idea de la separación le resultaba inconcebible. Lo que hasta entonces negaba se le hacía patente: la función de anudamiento que él cumplía para esta mujer, sostenida por su fantasma de salvar a la dama sin padre.

Define su elección de objeto, aludiendo a la fascinación que le producen las mujeres que conducen y llevan en la mano las llaves del coche. Sin embargo, cree que nunca

podría estar con una mujer así. Su deseo se dirige a la mujer que no tiene nada salvo su belleza y su voz. Él se propondrá sostenerla, a cambio de convertirse en el centro único de su vida.

LA MUJER COMO SÍNTOMA

Las palabras de su esposa tenían el valor de un oráculo, siendo la mayor parte de las veces sentencias abruptas sobre su ser en las que él creía. Caracterizada por poseer una voz muy grave, encarnaba la función de un superyó feroz que le empujaba a gozar y a pagar una deuda infinita. En posición masoquista, no podía renunciar a su presencia en todos los actos públicos, ni a los significantes del psicoanálisis que ella usaba sin freno. En este contexto, todo era una locura sin salida porque «su mujer» era también «su síntoma»: la que sabe lo que él desconoce de sí mismo mediante un decir que, apuntando directamente al ser, lo define. «Yo trato de diferenciarme de sus dichos, de establecer una separación, pero es imposible. Lo que se produce en cambio es un proceso de decadencia, de desmoronamiento, en el que no sé cómo ubicarme».

Para recuperar su posición viril dirige su deseo hacia otras mujeres, pero el amor sigue centrado en ella, la única. Resolvió sus dificultades con la profesión con bastante rapidez, pero la relación con su esposa seguía siendo una verdadera aporía. De este modo, las sesiones se sucedían en torno a este *impasse*, hasta que una contingencia precipitó la salida. Ella, que guardaba su propio dinero, le negó el préstamo de una pequeña cantidad que él necesitaba perentoriamente para cubrir el plazo de un crédito: «Fue mi total oscuridad. Ni a un perro se le niega la ayuda». El acto, tantas veces postergado, se precipitó en ese momento y se fue de la casa familiar.

Apenas dio el paso definitivo, tuvo una infección hepática muy grave, claro índice de cómo él se sostenía en la creencia en esta mujer. En estos momentos el apoyo en la relación de transferencia fue fundamental.

Un dolor se eternizaba tras la separación, producido por la absoluta falta de culpabilidad de ella y la imposibilidad de obtener una palabra de reconocimiento por tantos años de amor. Buscaba esa palabra, y encontraba nuevamente los insultos, aún más graves, más degradantes. Fue preciso un arduo trabajo analítico para conseguir que aceptase la pérdida en todos los sentidos, incluido el fundamental: la espera de las

palabras de ella. Durante años la mantuvo económicamente, pues ella se sentía en todo su derecho de ser indemnizada. Aunque la ley no le obligaba, eligió pagar todos sus gastos y los del hijo hasta casi el final de su análisis, en que pudo cerrar esa cuenta infinita.

La potencia de la voz femenina (madre, esposa, analista) es inversamente proporcional a la inconsistencia de todo aquello que provenga de la boca del padre, y de los hombres en general.

La voz es su objeto pulsional por antonomasia, y el oído, la zona erógena fundamental. Durante el proceso de separación tuvo una grave infección de oído que puso en riesgo su instrumento de trabajo: la audición.

El temor a la repetición, y un cierto saldo cínico tras la separación, le hicieron perder la fe en el amor. Sin embargo, el encuentro se produce. Esta vez se trata de una mujer que se caracteriza por tener una voz sublime: la voz de una *mezzo soprano*. Es joven y bella, pero no tiene nada, ni sabe conducir. La condición se repite en este punto pero no en los demás. Ella lo admira y lo respeta. Él está fascinado por su cuerpo y su voz, aunque al principio se siente muy ajeno a su discurso cargado de ideales espirituales y religiosos: «Su serenidad me parece flotante, mentirosa». Más tarde esa serenidad demostró estar fuertemente aferrada a la tierra, y fue a través del buen decir de ella como pudo organizar su economía y ser propietario de una casa. La voz se separa del goce y se convierte en un vacío que opera como causa del deseo.

Entretanto, la relación con el Otro fue modificándose. El fantasma de la «bonhomía», como él mismo decía, imponía la necesidad de hacerse amar por todos, lo que dificultaba su vida personal y laboral. Ya no necesita ser el más bueno para ocultar su condición de advenedizo. Asentado en su lugar como artista y en este país, ha liberado su trabajo del yugo de la amabilidad.

Por contra, ha ganado en tolerancia y cariño hacia el padre, que más que un perverso, como lo definía su ex esposa, se demuestra como un «pobre hombre». Ahora puede cuidarlo y ayudarlo económicamente, porque ya no necesita defenderse del riesgo de la identificación.

El pensamiento sobre la muerte no ha dejado de estar presente, pero no conlleva angustia alguna: «Ahora tengo el DNI y todos los documentos en regla. También tengo una casa por primera vez en mi vida». La relación con la ex esposa se ha pacificado

completamente y, con su acuerdo, ha dejado de pasarle esa particular pensión compensatoria.

El analizante podría haber concluido en este punto, justificándose en la dicha de vivir. Sin embargo, quiso llevarlo más lejos, pues entretanto se había convertido en un ávido lector de psicoanálisis, muy concretamente de Lacan.

De la lectura de Lacan extrae «un verdadero disfrute», pues su estilo de escribir produce en él fuertes resonancias barrocas. Por otra parte, se siente reflejado en lo que dice.

Empezó a leer a Lacan para neutralizar el valor traumático del superyó que la mujer encarnaba. A fin de cuentas, si se sentía imputado con sus acusaciones es porque estas daban en el blanco. Para separarse de la voz de la mujer se quedó con el texto de Lacan, ante el cual tenía que situarse.

Desarrolla un lazo social tan pertinente que le permite presentar sus proyectos a las más altas instancias, pudiendo desenvolverse con gran efectividad ante quienes detentan el poder en cada ocasión. Con lo que no hace lazo social es con el texto de Lacan. Aunque al principio se inscribió en algún seminario de psicoanálisis y pensamiento, rápidamente perdió el interés por ese formato. Prefiere leer a Lacan a solas.

La lectura de Lacan no cumple una función de utilidad inmediata en su vida, pero fue fundamental para realizar la separación de la *partenaire* analista. De este modo, el sujeto consigue dejar de ver a la analista, quedándose con Lacan para él, a la vez que consiguió tener una mujer desvinculada del psicoanálisis a la que desear y amar.

Tras doce años de análisis podía recordar con precisión las interpretaciones que más le marcaron. La separación del analista le resultó difícil; postergaba el momento de concluir, pues aunque ya no esperaba ni la revelación de la verdad, ni la ganancia de un nuevo sentido, perduraba el lazo libidinal a la voz de la mujer que sabe de psicoanálisis.

Esa voz va siendo sustraída cada vez más de las sesiones, pero resta el goce de su propia voz en el análisis, pues le encantaba escucharse. Finalmente se agota, ya no quiere hablar más. El sonido de sus propias palabras fue desinvistiéndose hasta reducirse a un ejercicio sin sentido, porque el analista ha dejado de estar en el lugar de la causa. Entonces da por concluido su análisis, y piensa en escribir algo sobre el mismo. Al despedirse me pregunta si puede conservar unos días un libro de Miller, *El hueso de una cura*, que me había pedido prestado. Le respondo que no, sin más explicaciones.

Intentaba retener un resto del goce que le ataba a la transferencia, y consideré necesario empujar la caída de ese resto.

La historia se fue vaciando progresivamente de su sentido-gozado, y en su lugar emergió el modo de satisfacción del síntoma que ya no es susceptible de ser descifrado, y que muestra la «desinvestidura» de la interpretación del analista, aunque quizás no del psicoanálisis como tal. Ya no espera la revelación de ninguna verdad oculta, sino que se limita a cultivar la satisfacción de las resonancias barrocas provocadas por la lectura de Lacan.

Podríamos concluir que se ha producido una metamorfosis libidinal del superyó: leer lo pacifica, sin que lo escrito deba atravesar el circuito de la voz.

EL HOMBRE INACABADO

VICENTE PALOMERA

La cura de Ariel terminó después de siete años dedicados a descifrar la coyuntura que precipitó la eclosión de la neurosis que le llevó al análisis. Joven inteligente y sensible, se presentó diciendo: «Soy un individuo básicamente angustiado».

Él y su pareja habían fijado una fecha para contraer nupcias. En el análisis descubrirá que, detrás de su angustia, toda una sintomatología se presentaba como un obstáculo a la elección de una pareja y, más allá de ella, se encontraría con un dilema subyacente: ¿sería como su padre?

En la particularidad de la pareja de los padres, Ariel buscaría los motivos que lo habían llevado a instalarse en una inhibición respecto a su propia elección de pareja. La mujer se le había presentado como un objeto imposible y bajo su sombra se proyectaba una sospecha: «¿Tendré que confesarme que soy homosexual?».

«CRISTOFOBIA»

Viajando con su pareja, durante las vacaciones de Semana Santa, Ariel no pudo seguir conduciendo el automóvil al encontrarse, en medio del camino, con una barrera formada por el paso de un Cristo en la Cruz. Fue tan intensa su angustia que, al regresar a su casa, no pudo salir durante días. En casa de sus padres, con quienes vivía, no podía soportar las atenciones de su madre. Produjo una «fobia de contacto» que cifraba un temor a ser contaminado por el deseo del Otro materno. Ariel solo soportaba la presencia de su padre. En silencio junto a él, le pedía que le diera la mano y, entre dientes, un día musitó una frase que a él mismo le extrañó: «Padre, a mí no me gusta conducir».

A la edad de trece o catorce años, Ariel ya había atravesado otro episodio similar de angustia, también en Semana Santa, en un pueblo en el que se rinde culto a un Cristo que

llora sangre. Digamos que diversos miedos ligados a estas imágenes de Cristo estuvieron siempre presentes desde la infancia, y siempre con una significación amenazante.

Sin embargo, se explicaba su resentimiento, y la desazón concomitante, respecto a su madre, su íntima disputa con ella, como efecto de un incidente que arrancó con la infidencia cometida por una íntima amiga de la madre, psicóloga, que atendía al amigo de Ariel, el cual había sido la pareja anterior de su prometida. Ella había alertado a la madre de Ariel acerca de la homosexualidad del amigo de su hijo. Esta, a su vez, preocupada por la amistad entre ambos, le comunicó esta infidencia a su hijo, el cual no dudó en divulgarla a otros. Este circuito de infidencias necesitó ser aclarado mediante aquella «rectificación subjetiva» que permitió aclarar su participación en la intriga y, también, por qué la relación con su amigo se había estrechado, todavía más, tras el incidente. Ariel decía que «era como si tuviera que hacer una ofrenda o sacrificio de mi heterosexualidad».

La angustia derivada, en parte, por este sentimiento de culpa reveló beber también de otra fuente. En verdad, Ariel solía interesarse y elegir como objeto de amor a mujeres ya comprometidas, lo que le complicaba la vida. Interrogándose sobre estas elecciones, pretendía entonces que se reconociese su homosexualidad debido a este interés por las mujeres de sus amigos:

—Solo me interesé por mi actual pareja al empezar a salir con mi amigo. Luego, busqué separarlos y traté de conquistarla. Busqué la separación.

—¿He de entender que es un destructor de parejas?

—No, bueno... en realidad, solo me interesé por ella cuando me mostró que él no la tenía sexualmente. Al ver que él no la satisfacía, entonces yo entré ahí, me metí en medio. Si ella me hubiera dicho que él la satisfacía no hubiera tenido nada que hacer. Ahora, para tranquilizarme, me pongo de su lado, ahí me siento amparado.

El padre de Ariel, «hombre de una bondad impresionante, y cuya presencia física nunca se ha manifestado con violencia», era un trabajador infatigable pero más bien pusilánime en la vida y el trabajo. «Mi madre se casó con la bondad personificada, siempre atento y comedido». Ariel estaba convencido de que si su padre hubiera tenido una posición fuerte ya habría podido dejar el hogar paterno.

Alguna vez, la madre, angustiada, insistía con tono interrogativo sobre lo que se había transmitido del padre: «¿Verdad que yo te he hecho presente a tu padre?», solía

preguntarle. Esto lo sacaba a él de quicio. Ciertamente, las cosas de su padre nunca las ha sabido directamente por él, «siempre han pasado por mi madre».

Muchas veces evocaba una escena infantil en la alcoba materna, junto a su hermano menor, donde la madre, con un gran atlas entre sus manos, iba recitando los nombres de aquellos países exóticos por donde estaba viajando el padre.

En el curso del análisis, Ariel recuperó un recuerdo perdido que le permitía poner en perspectiva sus miedos actuales. Él y su hermano menor, acostados en el dormitorio de soltero del padre. Era una noche de tormenta. Justo después de que su hermano pequeño se durmiera —y que el otro estuviera a su lado, dormido, no era un detalle menor—, entonces un relámpago llenó de luz la habitación, iluminando un retrato de la primera comunión del padre que estaba colgado en un rincón de la pared, y en el que destacaba la gran cruz de un rosario colgado en el pecho. Este recuerdo-pantalla, olvidado y ahora recuperado, tuvo una importancia inestimable para él, en la medida en que indicaba el punto de arranque de esas figuras del Otro que habían ido escandiendo sus miedos y que, ahora, ponía de manifiesto que había sido elegida mucho antes de lo que él había pensado hasta entonces. Debía de tener entonces cinco o seis años de edad. Luego, varios sueños sobre las figuras del padre muerto se irán repitiendo incansablemente, alternándose con las imágenes del Cristo.

Ariel hablaba de su padre como alguien indefenso: era «como un holograma», a veces «como un padre desencarnado». El fantasma de este padre sin vida sería evocado en un sinfín de veces, hasta incluso tomar la forma amenazante de «un buitre que vuela cada vez que me acerco a una mujer».

En cualquier caso, de lo que se trataba siempre era de un padre con un deseo muerto y podríamos añadir que para el colmo era ese deseo el que precisamente Ariel había idealizado. Este padre imaginario acarreaba siempre el retorno del padre con su faz más feroz, como un padre que quería arrancarle la vida.

EL CENSOR DE LA MADRE

Ariel sentía que quería «penalizar» cualquier manifestación del deseo vivo de la madre. Ella era la antítesis de la persona cadavérica del padre. Desbordaba alegría y vitalidad por todos sus poros. Disfrutaba cantando, y esto lo sacaba de quicio. Ariel se alegraba

cuando veía que su padre no aceptaba los acercamientos cariñosos de su esposa, aquellos besitos en la mejilla, las cosquillitas en la nuca o en su barriga. Un día se sorprendería en sesión diciendo: «Soy un censor de la madre, [...] un censor de las manifestaciones de placer de mi madre, de su *joie de vivre*», e inventó, sin entender por qué, la curiosa expresión «erótica de los piques con su madre». Entre él y su madre existía pues una «erótica del resentimiento», lo que, en gran medida, le había llevado a pensar su «homosexualidad» como un «triunfo sobre esa erótica del vínculo con la madre». Otras veces, Ariel descifraba la «homosexualidad» como el «desistimiento de superar la relación con la madre». Así, cuanto más alejado estuviera de su amigo, más tensión con la madre, y cuanto más se aproximaba a él, mejor relación establecía con ella. Era un escenario homólogo al descrito en el domicilio paterno: «Si mi padre satisficiese a mi madre, entonces tendría que hacer las maletas».

Las manifestaciones de placer de la madre eran insoportables. Cuando la madre cantaba lo hacía con tanta satisfacción que «se notaba —en palabras de Ariel— un placer sexual». Nada más molesto para Ariel. Estaba en la superficie de las cosas, nada de signos ocultos. La abuela lo decía, mostrando su rencor: «¡Mira, tu madre canta!».

Ariel descubrió un día que, en la elección de sus novias, se cuidaba bien de que ellas no fuesen del tipo *joie de vivre*, y digamos que, de este modo, encontraba la manera de no recelar ese riesgo máximo. Un día, exclamó: «Si hay tanto rechazo, ¿no será que debajo existía una muy fuerte atracción sexual?» y, dicho esto, se sintió algo incómodo y avergonzado, por haber podido pensar a su madre de esa guisa, como un polo de atracción erótico, pero añadirá: «Lo importante era que, ahora, veo las cosas con mayor claridad». La atracción que ejercía el cuerpo de su madre le remitía a sus pechos. Mujer más bien desinhibida, la madre no se caracterizaba por un excesivo sentido del pudor en su hogar, con su marido e hijos: desvestirse ante ellos no fue algo episódico, sino una forma de su desenvoltura natural. Estaba pues en las antípodas del padre, al que Ariel nunca vio desnudo, siempre ocultando su desnudez, y haciéndole imaginar un pene diminuto en su enorme cuerpo.

En una sesión, al volver sobre los recuerdos que trataban la desnudez, aproveché para decirle que la desnudez de Cristo es una constante en la iconografía de Occidente, observación que no cayó en saco roto ya que inmediatamente sacó a relucir un pensamiento que había pasado por su cabeza, a saber, si no habría estado cubriendo los pechos de su madre con el crucifijo. Este pensamiento le llevó a considerar las cosas de

una manera distinta. Era como un chiste. Una mujer le dice a un hombre que mira su escote, donde cuelga un crucifijo: «¿Qué, mirando el Santo Cristo?». Él: «No, mirando el Santo Sepulcro».

«FRENCH KISS»

Este tema de la desnudez le llevó entonces a hablar de otro síntoma, en verdad, una inhibición a orinar en los retretes públicos o, ya en el colegio o la universidad, junto a otros hombres: «No es que me sienta observado, simplemente es como si no me correspondiera estar con ellos». Para explicármelo, se refirió a una escena de una película, *French Kiss*, donde un hombre, a punto de casarse, viajaba a París en viaje de negocios y conocía a una bella mujer. Prendidamente enamorado, llama por teléfono a su novia para decirle que había encontrado el amor de su vida y que «ahora soy capaz de ir a un urinario público y tener a un tipo cachas y fornido detrás esperando, sin ponerme nervioso».

Lo que Ariel señalaba era su sentimiento de no tener el derecho a estar con los otros hombres, «es como si me faltara algo en mi guión para poder estar con los hombres de manera tranquila y normal». Con este síntoma decía su sentimiento de no haber recibido algo del padre, era como si le faltase constantemente «el permiso de conducir» y, en este caso, la autorización para usar su órgano viril. Ariel se definía como un «hombre inacabado» y, otras veces, como alguien con un «guión incompleto»: «Tengo un guión al que le faltan páginas —decía—; me encuentro como si estuviera en el escenario de la vida con un guión en las manos y me encuentro con que faltan páginas».

EL PEAJE DE LA ANGUSTIA

Avanzando en su análisis, Ariel se enamoró de una muchacha muy femenina y llena de vida. Fue un encuentro muy importante en su vida. Como no podía ser de otro modo, la encontró acompañada, aunque ella no tuviera entonces un compromiso firme con ese hombre.

Tras sus primeros encuentros con ella, un sueño fundamental hizo su entrada: «Hay

unas sábanas blancas donde han hecho el amor. Son sábanas sudadas, en las que resalta una mancha grande de sudor, pero, en verdad, es que hay algo anormal, se ve una segunda mancha. El tamaño de las manchas llama su atención: una es enorme y la otra, no tan enorme. La primera tiene forma de sanguijuela; la otra tiene forma de babosa. Una está en el anverso y la otra en el reverso de la sábana». El desciframiento del sueño le llevó a leer una mancha como el anverso y el reverso del deseo, como un contraste entre un deseo fuerte y un deseo más bien débil, apagado (comparado con el *rotet* [«eructito»] hecho por el bebé después de ser amamantado, acompañado de la palmadita de la mamá), que había evocado en su anterior relación de pareja. La chica con la que está saliendo le enamora cada día más. La mancha en la sábana era, en cierto sentido, la huella que ha dejado en él. Esta «es una mujer de verdad, de las que dejan huella» y, «a diferencia de otras mujeres con las que he salido, ella se me ofrece incondicionalmente, me da confianza y hace que desaparezca la angustia del acto sexual». «El acto sexual me angustia y cuando siento el deseo puedo funcionar bien». «Estoy cansado de pasar un examen de mi virilidad». «Me gusta el sexo mucho pero surge el miedo al surgimiento de la caída de la erección». «Hago el amor nerviosamente, como si tuviese prisa por acabar, como miedo a la impotencia».

Tras este sueño, Ariel dirá que «el miedo se va depurando, que la angustia no es indeterminada, sino que es un miedo concreto, profundo, una angustia precoital, anterior a la penetración». Reduce, finalmente, el sueño a una puesta en escena, a una representación del órgano afectado por la detumescencia que golpeaba en el momento de su goce, su caída en el acto (la babosa), llegando, así, a una conclusión que consideró interesante: «La relación con las mujeres me creaba un conflicto con mi madre. Esto era seguro. Ahora, veo claramente que, cada vez que me enamoro de una chica, empiezo a pelearme más con mi madre. Si mi madre ha de decir algo que no me sienta bien respecto a mi compromiso con una chica, entonces tengo que pagar un peaje de angustia».

EL DESENGANCHE

Sin duda, tras este recorrido bordeando lo que siempre denominaba como «enganche

brutal con su madre», un reordenamiento de los significantes del trauma inicial alcanzó a pasar a la pantalla de un sueño; en verdad, en dos sueños escandidos en dos sesiones.

El primero, un sueño de angustia, que le devolvía una vez más ese saber indeleble depositado en la lengua de su inconsciente: «Hay una fiesta en un piso que era mío». Ariel estaba entonces viviendo con su nueva pareja. «Llega ella con uno de los invitados, que parece moribundo. Ella está encima de él. El hombre tiene los pies deformados».

El segundo sueño, que parece ser la prolongación del primero y que Ariel llamará el «sueño del Cristo con los pies deformados», era un sueño en el que, en contraste con el del día pasado, no había angustia, solo una gran sensación de soledad: «Veo un Cristo, en un garaje, con los pies heridos. Los pies —y también las manos— parecen cortados y, en su lugar, veo como unos extraños ganchos, que parecen hueso, pero son ganchos». ¿Los ganchos? «Son como muñones de los que sale algo en forma de gancho», «como los clavos que sirven para colgar un cuadro». Este sueño impactante le lleva al «hombre incompleto» y al pensamiento de «estar enganchado a mi madre»; pero, finalmente, concluye: «Me pareció haber visto algo del sueño, cuando hablé de la forma de los clavos, pensé: "Puedo descolgar el Cristo"». «Creo —añadirá— que siempre me satisfizo haber visto a mi padre aparcado. Lo quería así. Si hubiera sido de otro modo, si él hubiera rodeado con sus brazos a mi madre —algo que nunca vi—, no hubiera estado aparcado».

En el comentario del sueño había una mezcla de ingenuidad y alegría, también había algo chistoso, como si su inconsciente le hubiera dado una pértiga, como una invención mítica alrededor de esta figura del Cristo, algo parecido a una castración.

El inconsciente de Ariel es increíble. Este sueño tan impactante dejaba ver cómo había construido su fantasma haciendo consistir al Otro. Por un lado, figurándose víctima de ese Otro, ya que tras la ficción de un Otro que quería su castración había una satisfacción, una fijación de su goce.

Esa pasión por la castración, a la que Ariel recurría tan insistentemente por medio de la pasión de Cristo —pasión muy celebrada por tratarse precisamente de la víctima de un padre que abandona a su hijo en el suplicio y la muerte—, se interponía entre él y sus semejantes. La fantasmagoría de ese Otro castrador perdió consistencia y esa «deflación» de su convicción neurótica tuvo efectos terapéuticos sustanciales.

Ese «desinflamiento» fantasmático, hecho posible después del rodeo que había

realizado alrededor de los significantes que inscribían la memoria del deseo incestuoso con su madre, fue para él decisivo.

Ariel prosiguió su análisis, aunque un curso académico de ampliación de estudios en el extranjero hizo que solo nos viéramos en periodos vacacionales. Finalmente, obtuvo una plaza en una institución de un país europeo, donde ejerce como investigador y docente en el terreno de su elección profesional. Le ofrecí el teléfono de un colega de la AMP próximo a su ciudad. No le llamó y me dijo que seguía satisfecho con lo conseguido.

Podríamos decir que el análisis terminó cuando Ariel alcanzó a reconocer que el teatro de su vida más que una *Pasión* trágica era un pequeño teatro de *opera buffa* que pudo atrapar con un chiste.

LA CONVERSACIÓN

1. HOMENAJE A HILARIO CID

MIQUEL BASSOLS: Bienvenidos a la XI Conversación Clínica del Instituto del Campo Freudiano en España. Nuestra bienvenida, especialmente, a Jacques-Alain Miller, director del ICF, que un año más acude a nuestra cita en Barcelona.

En realidad, si este año tomo la palabra en primer lugar, de manera excepcional, antes de los coordinadores es porque esta Conversación llega para nosotros en un momento de duelo, el duelo por la muerte de nuestro querido colega y amigo Hilario Cid. Se han escrito y difundido ya por Internet estos días entrañables mensajes de varios de nosotros pero no queríamos iniciar esta Conversación sin dar un lugar especial a la evocación de nuestro duelo.

De hecho, hay cierta conjunción entre el tema de la Conversación, *Terminaciones de análisis*, y lo que muy bien podemos llamar las terminaciones de una vida. Deberíamos poder distinguir también aquí terminaciones de finales. Una terminación no es necesariamente un final. Probablemente podremos hablar de esta diferencia estos dos días. La vida del sujeto no termina necesariamente con su final. Gracias al lenguaje podemos, por ejemplo, hacer presente al sujeto más allá del final de su vida como un ser orgánico y dar así terminaciones distintas a lo que fue su sentido.

Nuestro homenaje a Hilario será aquí nuestro propio trabajo, nuestra Conversación, nuestra dedicación al caso por caso en una época donde la singularidad de ese sujeto peligra al quedar borrada por el cientificismo ambiente.

Para encontrar esa singularidad lean a Hilario Cid, léanlo en sus artículos e intervenciones que están diseminadas en la serie de publicaciones del Campo Freudiano y de la Escuela. Lean a Hilario para encontrar ese hueso de la experiencia analítica que él supo rodear siempre con un *gay savoir*, según la expresión de Lacan, con ese saber alegre de la gaya ciencia que lo caracterizaba y que ha sido evocado ya estos días.

Entre esos textos quiero recordar uno de los que configuró su testimonio como Analista de la Escuela, titulado «La curiosidad infantil», cuando se le pidió que hablara de lo más íntimo de sí mismo desde esa experiencia de AE y de su final de análisis.

La curiosidad infantil es un buen nombre para definir el deseo de saber de Hilario,

una curiosidad que según parece le llevó a veces a recibir cierto rechazo del Otro, con una sentencia que él evocaba así: «Este niño ya no puede estar aquí, espiando a las mujeres». Les leo el final de ese texto memorable de Hilario:

«Podemos preguntarnos además si ese "no puede estar aquí", o sea, si la sexuación masculina es compatible con la posición del analista. En otras palabras, ¿se puede ser hombre y psicoanalista al mismo tiempo? No es tan seguro. Lo real, núcleo del síntoma, es al mismo tiempo lo que produce el agujero que hace efectivo lo que a todas luces se evidencia en el ser hablante: que no existe un complemento de un sexo al otro, que no hay relación sexual». Y continuaba Hilario: «Ante esto podemos rendir nuestras armas, pero quizás podamos hacer de este fundamento de abismo nuestra causa. Eso es precisamente lo que me encontré al final de este procedimiento llamado el pase. Y también me encontré con un "sí, tú puedes estar aquí" entre los analistas, es decir, más allá de una posición fálica. "Tú puedes estar aquí, a pesar de que te gusten las mujeres"». Así terminaba escribiendo Hilario ese texto con su conocido rasgo de humor.

Pues sí, estimado Hilario, tú pudiste estar aquí, y de hecho lo seguirás estando; aunque muy a pesar nuestro deba ser de otra manera, marcada definitivamente por tu ausencia. Ante lo real de la muerte, también podemos llegar a veces a rendir nuestras armas, ya sea por un duelo imposible de realizar, o también, lo que es más atroz, con el puro y simple olvido. Al revés, digamos parafraseándote, que ante ese mismo real, podemos extraer también algo de lo que ha sido tu saber hacer como analista así como de tu lugar entre nosotros. Podemos hacer de tu lugar en el Campo Freudiano un lugar que se nos aparece también ahora como ese «fundamento de abismo», tal como escribiste en esa precisa y preciosa expresión, podemos hacer de ese lugar también nuestra causa. Y hoy en especial será una causa más para esta Conversación que vamos a empezar.

Así que ya saben, si una vez ya todos sentados ven una silla vacía, déjenla así, por favor, porque esa es la silla de Hilario. Gracias.

2. INTERRUPCIONES / TERMINACIONES

MARTA SERRA: Empezaremos con el caso que ha preparado José Manuel Álvarez. Todos ustedes han tenido la oportunidad de leer el caso, así que no voy a hacer un resumen sino que voy a subrayar, a extraer algunas cuestiones que me parecen centrales respecto al tema de nuestra conversación de hoy, «terminaciones de análisis», para lanzar la discusión.

Y quisiera hacerlo, para el caso de Nuria, en torno a los dos ejes que me parecen más globales, más generales. Por un lado, el eje de la transferencia; por otro lado, el eje de la elaboración simbólica que supone un trayecto, un trabajo analítico.

Empecemos, pues, con la transferencia en tanto motor de ese trabajo. ¿Cómo pensarla? ¿Cómo pensar la transferencia para alguien cuya vida gira fundamentalmente en relación a un Otro malo, que se constituyó ya en la primera infancia, y que desde entonces no ha dejado de tomar forma, en una amplia serie de personajes, que van desde un dios Eros, borracho, hasta casi cualquier persona con la que Nuria establezca una relación fuerte, ya sea en el ámbito del amor o del trabajo? ¿Cómo pensar la transferencia ahí? Subrayando, además, que en cierto modo, para Nuria, ese Otro malo es imprescindible, ya que cuando desaparece o se desdibuja, entonces es ella misma quien pasa a encarnarlo con la violencia que dedica a los otros o a sí misma. Y que puede nombrar como «mi parte mala», o «mi TLP» (trastorno límite de la personalidad).

Me resultaba difícil situar en el texto una demanda clara de Nuria, ni en los primeros encuentros con José Manuel ni después de las interrupciones. Encontraba, más bien, que era derivada por otros servicios, que era obligada por su madre a retomar contacto, que lo retomaba su abogado o que lo hacía ella misma pero respondiendo más o menos a una demanda, a una sugerencia del propio José Manuel.

Cuando un sujeto llega en estas condiciones, ¿es posible hacer surgir la transferencia? En todo caso, quizá sea por ese, en apariencia, «no esperar nada del analista», su prácticamente no tenerlo en cuenta, hasta el punto de decir que se autoanaliza, que Nuria puede irse, separarse bien o, al menos, no de forma violenta, lo

que no le es para nada fácil en sus otras relaciones, y poder después volver. Y, sin embargo, eso solo es posible porque está el analista.

Volver. Tomemos ahora el segundo eje de la elaboración simbólica. Volver, ¿para hacer qué?

En el caso de Nuria creo que es justo que nos interroguemos sobre la posibilidad de elaboración simbólica de reescritura de su historia para un sujeto que más bien se caracteriza por una fuerte tendencia al pasaje al acto.

La oferta de José Manuel —«podemos hablar, puedes hablar»—, aunque busque el valor de oposición al imperativo materno —«¡cállate!»—, quizás no sea para Nuria sino otra declinación del mismo. Porque, además, no debemos olvidar que ese imperativo materno cooperaba con la violencia paterna para construir el callejón sin salida del goce en el que Nuria baña su vida.

¿Podemos esperar, José Manuel, que ella sea capaz de inventar o construir en sus encuentros contigo significantes que le permitan gozar sin pasar al acto? En dos ocasiones a lo largo de estos años, aunque no sabemos cuánto tiempo ha durado el trabajo, Nuria ha concluido que había una grave desregulación simbólica en su familia, que la ley había faltado, que era necesario introducirla de alguna manera. Y se ha erigido en protagonista de esa tarea. Pero ¿cómo lo ha hecho? La primera vez, ofreciéndose para redimir a todos pagando la pena de cárcel. La cárcel es un lugar donde parece haber encontrado sin embargo cierta regulación, cierta orientación. La segunda vez, desplazando la cuestión al ámbito laboral y denunciando a la empresa.

¿Podemos considerar que hay un cambio de posición del sujeto en juego en su manera de relacionarse con la ley? ¿Tiene la segunda vez que recurre a ella a través de los tribunales un cariz de acto simbólico en contraposición al pasaje al acto de la primera vez?

A mi entender, no. Más bien me parece una metonimia que no encuentra punto de capitón, y que puede volver a producirse. Sin embargo, hay un significante que me parece crucial y al que creo que merece la pena prestarle especial atención. Es el único adjetivo que el padre le dedicaba solo a ella, mucho más ambiguo en su sentido y en su significación que los que dirigía a sus hermanos: *inútil*. El insulto del padre para ella era *inútil*. ¿Es ese su nombre del sujeto?

Ciertamente, el término «inútil» como adjetivo para el goce sería redundante, ya que «inútil» es más bien la definición misma del goce. Y me pregunto si no es ese el

nombre que ella verifica, que comprueba, que demuestra una y otra vez, cuando en cada intento de ser útil para sus amadas o para sus jefes acaba abocada a ser inútil. Te paso la palabra a ti ahora.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Buenas tardes. Comenzaré entonces por el final, si me lo permites. Creo que hay que oponer los significantes que vienen del Otro a los que ella misma va produciendo a lo largo de este recorrido. Esta mujer viene al Centro donde la atiendo a mediados de 2003 y el arco temporal abarca hasta 2010. Pero, quitando las interrupciones, es aproximadamente un trabajo de unos cuatro años y medio. No obstante, creo que no se pueden excluir del todo las veces que ella no ha venido, porque el trabajo que ha ido desarrollando conmigo se ha ido poniendo a prueba durante las interrupciones. Y la prueba está en que, después de lo que pasaba durante las interrupciones, venía luego a intentar reconstruir todo lo que le había ocurrido.

El tiempo durante el cual ha estado viniendo y ha estado, voy a decirlo así, *conectada* con el Centro donde la atendemos, es cuando justamente toda la fenomenología más *aparatológica*, en el sentido de los pasajes al acto, de las agresiones, de las recaídas en el consumo, se han reducido de una manera notable. Aunque, evidentemente, en el caso quizás no se pueda leer del todo bien porque está muy comprimido.

Como decía, hay dos vertientes del caso: por un lado, los significantes que le vienen del Otro y, por otro, los significantes que la propia paciente, por decirlo de alguna manera, inventa, y con los cuales se autodenomina. Porque también se trata de un trabajo de nominación de ese goce, de ahí esta serie de significantes. Están los significantes del Otro familiar, que empiezan efectivamente por *la inútil*, por parte del padre; pero también *la gorda*, *la enferma*, *la delincuente*, y ya desde el punto de vista psiquiátrico, *la TLP*. Esos son los significantes que, como tú muy bien dices, siempre va a verificar en la realidad. Los pasajes al acto, las peleas que tenía con las novias, los problemas amorosos, venían a verificar cada uno de estos significantes y además venían a verificar también el fracaso de cada uno de ellos, y al mismo tiempo su constatación.

Yo he aislado dos significantes que en principio vienen de ella, que son *la discriminada* y *la mala*. El ser la mala, eso es algo que ella misma evoca para nominarse. Y ser discriminada es una deducción que ella realiza a partir de las vicisitudes que le van ocurriendo en los lugares donde ocupa un puesto de trabajo.

El problema del significante que tú evocas, *la inútil*, y de todos los significantes familiares, al menos desde mi punto de vista, es que están muy próximos a todo el tema del desecho, de alguien como objeto de desecho sexual. Porque esto tiene su origen en el momento mismo de los tres años. Está señalado en el texto, cuando el padre tiene que ir a buscarla al colegio y se queda a beber en el bar. No es únicamente «el Otro me deja plantado» sin que haya otro significante que venga a dar sentido a eso, sino que, al contrario, inmediatamente hay un significante que le da sentido a eso a partir del rapto por parte de este taxista y la violación o el abuso oral que este taxista comete en ella. Y la consiguiente culpa.

Entonces, yo estoy de acuerdo contigo en que, efectivamente, es un significante que introduce una cierta diferencia con «sois todas unas putas» del padre, el «maricón» del hermano, que por cierto es gay, y la «hermana puta», que por cierto ha tenido una actividad nocturna un poco extraña. Así que también estos hijos han ido cumpliendo la injuria paterna. Y este *inútil* es el que como tú muy bien dices ella va a verificar en cada una de las empresas. Ella quiere ser efectivamente la útil; tanto quiere serlo que, sobre todo con respecto al trabajo, cuanto más y más se empeña en ser la mejor trabajadora de las empresas en las que trabaja, más acaba verificando su propio fracaso en eso. Así que no sé hasta qué punto es un callejón igualmente cerrado.

Del lado de *la discriminada* y del lado de *la mala*, no sé hasta qué punto también se puede introducir algo que contrarreste el mismo peso que para ella tienen cada uno de estos dos significantes de manera masiva. Se ve más claro en el significante *discriminada*. Ella toma el significante *discriminada* como algo negativo, como algo que la rechaza, como algo que la excluye, que la deja plantada, que la expulsa. Pero *discriminada* es también *la diferente*. Ser «la diferente» podría ser una salida mucho menos atroz, pero este aspecto de ser la *discriminada* nunca lo tiene en cuenta...

Una cuestión que también quiero aclarar. Muchos de estos elementos estaban desde el principio pero solo surgieron de manera más nítida a partir de todas las veces que ella vino con estas catástrofes y fue añadiendo, incluso purificando y reduciendo, todo lo que al principio era el problema del amor, que es su demanda principal.

Tomo entonces la otra pregunta que me hacías sobre la demanda principal desde el primer momento. Ella venía efectivamente derivada desde una institución psiquiátrica. Pasa por el médico, pero no es obligatorio, una vez que se pasa por el médico, venir a ver al psicólogo. Sin embargo, viene a verme totalmente urgida por todo lo que le pasa

alrededor de ser *una enferma de amor*, con todos los conflictos que tenía en las relaciones de pareja.

Durante dos años y pico ella está trabajando y no pasa nada. En el trabajo va bien, va ascendiendo en puestos, cada vez va adquiriendo más responsabilidad. Pero es que además trabaja en un lugar que se llama —y aquí de nuevo, los significantes vuelven a ser esenciales— OpenCor, «corazón abierto» en castellano.

Cada uno de los significantes de este caso están íntimamente enlazados con esta escena primordial de los tres años. En este caso OpenCor le permite durante estos dos años y medio dejar «abierta» (*open*) esta cuestión del «corazón», (*cor*, en catalán) y cuando justamente se cierra es cuando aparece el problema, los problemas laborales; y es la primera vez que interrumpe. La demanda circulaba en torno a esa urgencia. Yo creo que mi papel ahí fue el de limitar, recortar.

Hay un montón de preguntas que esta paciente me hacía de orden moral y de orden ético que no están registradas en el caso, y que eran el eco de cuando se despertaba por la mañana y su cabeza se llenaba de preguntas. Son preguntas con cierto aroma kantiano: ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? ¿Hasta dónde llegar? ¿Dónde detenerme? Y esas me las trasladaba a mí, evidentemente para que yo respondiera. Cosa que efectivamente en la mayor parte de las veces me abstenía de hacer; así que le daba tiempo a hablar, y a partir de lo que ella me planteaba yo apuntaba entonces a sus propias soluciones, a las que ella misma había llegado. De las dos o tres soluciones que ella misma aportaba, yo le decía: «quizás esa es la buena» o «esta otra es peor». Dejaba así siempre abiertas las posibilidades de su elección. Y en un momento determinado es cuando esa demanda sobre su ser una «enferma de amor» se resuelve con este cierre, que se produce la primera interrupción y cuando posteriormente aparece la salida delincuencial.

ISABELLE DURAND: Parece ser que el alcohol en este caso actúa como un disparador pulsional que abre algo de su escenario fantasmático en el *hacerse rechazar*. Pero quería preguntar sobre algo que dices que se repite, que no se cansará de repetir y que es la frase siguiente: «Hay algo que me impide ser feliz». Hay una dificultad en subjetivar, ya que ella se presenta como enferma de amor —más bien sería enferma de odio— pero el culpable es el otro.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: La frase era «algo que me impide ser feliz». Yo creo que por suerte hay algo que le impide ser feliz. Porque en este caso, ella lo marca muy bien,

cada vez que las cosas han ido mal, han ido mal. Pero cada vez que las cosas han ido bien, casi es peor. Siempre he tenido muy en cuenta el sueño que está relatado en el caso, de su felicidad cuando viaja a Nueva York con la novia modelo, donde obtiene la mayor de las felicidades para acabar convirtiéndose en una auténtica pesadilla. Ella misma se sabotea, y sabotea al otro, en este caso a su novia, ante la felicidad que ella misma obtiene en ese escenario. Y se emborracha, naturalmente.

Y como es alguien que está dotada de una buena introspección, este tipo de cuestiones las aísla muy bien. Y es alguien que además tiene recurrentes pesadillas. No solo se trata del escenario del sueño sino del propio escenario familiar. Cada vez que la familia ha estado por ella, cada vez que la familia la ha cuidado, cada vez que la familia le ha dedicado buenas palabras, eso ha sido fatal. Por eso digo que no sé hasta qué punto es mejor que haya algo que le impida ser feliz, tal y como ella siempre reclama.

ARACELI FUENTES: Lo primero que te quería decir es que, al leer el caso, esta mujer me ha parecido una persona muy simpática porque es alguien que, a pesar de todas las dificultades, cada vez que encuentra un poco de saber hay un cambio. Me parece que esta mujer no pierde el tiempo a pesar de todo. Me parece también muy interesante el pasaje que hay de una cierta melancolización, por eso cuando le va bien le va mal. Y al escuchar la voz del superyó es el punto donde ella cambia hacia una cierta paranoización. Hay ese pasaje de una cosa a otra. Me parece que es una persona que tiene una posición ética, porque se hace entregar a la policía, ¿no? Dice: «para ser mala hay que tener algo que yo no tengo». Entonces, me parece que a pesar de todo lo dificultoso del caso es una mujer que hace un trabajo, que va elaborando cosas y que eso tiene ciertos efectos.

Mi pregunta es por la transferencia y por los momentos de interrupción. ¿Qué lugar has tenido en la transferencia? Porque en este sueño del que hablabas, el sueño en el que está en Nueva York, hay una demanda de amor, ¿no? Hay alguien que lo deja todo para ir a buscarla a ella. Mi pregunta es por tu lugar en la transferencia.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Ya lo señalaba antes un poco. La deducción que yo hago es este punto de límite. Antes comentaba que en la escena de los tres años están todos los significantes que esta mujer ha desplegado. Cuando lo digo así es porque están todos, está también el tema de los transportes en los trabajos. A ella le encantaban y su sueño era ir a trabajar a una empresa de transportes. Un taxi es una pequeña empresa de

transportes. Le encantaban los coches, el sector de la automoción, sector en el que últimamente estaba trabajando. Está todo el tema también del *discriminado*, en el sentido de los gitanos. En esta secuencia del «dejar plantado» y de la recogida por parte del taxista, ella me dice que le indica al taxista que la lleve junto a los gitanos. No es que el taxista la lleve por propia iniciativa a los gitanos sino que ella le dice «llévame a los gitanos». Y los gitanos son los que la devuelven a casa, y ahí es donde aparece el «no hay salida» que ella misma evoca.

La pregunta para mí era: hasta qué punto no soy yo también un gitano para ella, este gitano que la acoge. Pero el problema es qué hacer para no devolverla justo al lugar mismo de donde vuelve a empezar otra vez en esta especie de circuito infernal que ella describe muy claramente. Lo dice varias veces: «Esto se repite». Cómo romper o cómo modular algo diferente a esta repetición infernal donde es el Otro el que la deja plantada y entregada a continuación a un goce horrible. Entonces, la primera parte, insisto, es este lugar de límite, de recortar cierto goce. De hecho, he tenido que ir mermando iniciativas por parte de ella bastante peligrosas, algunas veces con cierto «éxito», otras con no tanto éxito, ya que esta mujer estuvo otra vez a punto de volver a robar; a punto estuvo también de pasar por primera vez a la prostitución, prostitución lésbica, decía ella; todo eso se pudo detener a partir de mi lugar entre este punto de límite, de recorte, y lo que ahora viene a buscar con el significante «protección». Lo dice así: «Vengo a buscar protección».

ANDRÉS BORDERÍAS: Me interesé especialmente por los momentos de suspensión, de interrupción, porque me parecía importante ver si podíamos entender un poco la lógica de estas interrupciones, para pensar también el trabajo que ella va haciendo al mismo tiempo. Hay un primer tiempo del trabajo de tratamiento contigo que concluye, este primer tipo de conclusión es muy claro, con una ganancia de saber. Por otro lado concluye con un enganche al Otro por el lado del trabajo, que es algo fundamental para ella, desde la perspectiva del significante *inútil*. Y por otro lado hay un apaciguamiento del goce con esta distancia que introduce la relación con el *partenaire*. Este primer momento de suspensión parece que es un momento claramente sostenido en una ganancia de saber, en un apaciguamiento del goce. Y por otro lado en un enganche con el Otro. Este es el primer momento de escansión, de interrupción, al que se sucede el encuentro con el padre. Me parece que es algo verdaderamente

importante. El padre, con toda la caradura del mundo, dice que abusó porque la ley estaba de su lado.

Creo que a partir de aquí vienen unas secuencias de una gravedad mucho mayor. La gravedad se abre, me parece, a partir de este encuentro con el padre que le da una patada al tablero de la precariedad de la ley del Otro. Viene entonces un segundo tramo con una nueva interrupción donde ya no queda tan claro qué es lo que esta mujer ha obtenido para poder interrumpir. Porque por un lado dices que hay una serie de certezas que ella ha verificado en ese tiempo, pero subrayas que ella se refugia en el temor. No entiendo este momento en el que ella decide interrumpir habiéndose refugiado en el temor. Te pediría una aclaración para comprender dónde se sostiene este segundo momento de interrupción.

A continuación viene todo este pasaje al acto... ¡Ah, no, perdón! El pasaje al acto ha sido anterior. Ha habido un tercer tramo que concluye con el acuerdo inicial que fuerza el juez, donde no hay una resolución sino más bien un acuerdo, no hay una condena. Y hay esta frase enigmática de ella: «Ya hablaremos de esto».

Tampoco me queda claro este momento de interrupción, este tercer momento de interrupción. ¿De qué manera se sostiene? Lo que sí que veo es que hay una diferencia muy importante. El primer momento de suspensión que parece claramente articulado a un enganche a una instancia con el goce. Los otros dos momentos no los entiendo, me parecen más oscuros, más problemáticos, más inquietantes.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Los dos momentos de interrupción que tú señalas tienen en común justamente el temor a ser despedida del trabajo. Lo que no puede soportar es el hecho de que si viene a verme, lo dice literalmente, pierda horas de trabajo y por eso teme que la echen. Es lo que posteriormente surge en este temor, que nunca me había explicitado, de que nada más contratarla era seguro que el primer día la iban a despedir. Incluso en algún momento le comenté, le sugerí, a pesar de todo, la posibilidad de que se organizara para venir. Siempre *sugiriendo*, por lo mismo que indicaba Marta. Aunque probablemente en la dirección del caso a lo mejor he infringido esa misma idea que yo tenía de *sugerir*, precisamente por su gravedad y porque a veces es difícil en estos casos sustraerse completamente a una serie de cuestiones que probablemente toquen también un punto subjetivo de uno.

Por ejemplo, el hecho de que el «hablemos...» puede tener el efecto totalmente equivalente al «¡cállate!». Entonces, cómo invitarla, cómo no imponer, cómo no ir

detrás de ella (ante la gravedad de algunas cosas que pasaban o podían pasar), cómo dejar abierto algo que no evocara esa dimensión en el «hablemos...» que puede ser tan superyoica como el «¡cállate!».

Las veces que ha interrumpido ha sido planteando esto: «No puedo venir, prefiero no venir porque ahora que empiezo a trabajar no quiero perder horas». Y después lo que venía cuando había fracasado era que el temor a ser despedida había influido en el conflicto laboral.

Aun así, en la primera parte de su recorrido, para mí también hay un fracaso. El fracaso es que se podía esperar que esta mujer hubiera construido alguna solución sintomática en las relaciones de pareja, pero no lo hizo. La solución que encontró fue la distancia. Y me parece que justamente al abrirse esa distancia es cuando surge todo esto otro. Si hubiera logrado encontrar una solución sintomática a esas relaciones de pareja quizás la cosa hubiera permitido algo diferente a lo que vino después. Porque las relaciones de pareja, si uno toma el caso tal cual, la alejaban mínimamente de lo que es el núcleo donde ella peor se encuentra, el núcleo familiar. Y en cuanto surge esa posibilidad, en cuanto ella se aleja de esas relaciones amorosas, ¿a dónde se acerca?, se acerca a la escena familiar, que es donde está el punto de máxima dificultad. Entonces me parece que hay una ganancia por un lado, donde todo ese infierno se reduce, es verdad, pero al no haber una «buena» solución, al no hacer un síntoma de eso, hay un fracaso consiguiente y vuelta a empezar otra vez.

JORGE ALEMÁN: Un comentario un poco escéptico de mi parte. Me parece que el título «No hay salida» no es una pregunta, es una afirmación, y que el límite del que estamos hablando es un límite institucional. Muy loable, muy heroico. Los significantes que vienen del Otro y los significantes que ella misma engendra no transforman el odio originario que la habita por su estado de remisión. Por eso me parece muy importante la pregunta de Marta Serra sobre la transferencia. Luego no hay un soporte fálico para que, como tú dices, ella pueda vivir de manera sintomática su relación de pareja. Por lo tanto, me parece que todo lo que estamos hablando en referencia a un límite es del orden del programa de la institución en el que tú te desempeñas, y me parece realmente interesantísimo que se trate precisamente de alguien que evidentemente, como lo formula de muchas maneras muy precisas tu texto, viene a encarnar un destino de desecho y no encuentra ningún tipo de apoyatura subjetiva para encarnarse en una relación transferencial. Entonces, estas instituciones

se abren al siguiente problema: cómo opera un límite en aquellos sujetos que no ingresan a una relación transferencial. Ahora, me parece que si se busca este límite en el seno mismo de la relación analítica se están confundiendo los planos. Porque efectivamente está enferma de odio, no está enferma de amor.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Gracias por el comentario; pero quizás, en efecto, sean este tipo de casos los que solo se pueden abordar bajo un marco institucional más o menos sólido. El recorrido de la paciente a lo largo de los años creo que así lo demuestra.

3. EL EXQUISITO TRATO DE LA DELINCUENTE

JACQUES-ALAIN MILLER: Conozco desde hace tiempo el talento retórico de José Manuel Álvarez y creo que debo señalarlo en este caso porque estamos en una Conversación sobre terminaciones de análisis. Usted ha logrado tomar un caso donde no hay ninguna terminación efectiva, pensable, concebible, y ha logrado hacerlo entrar en este cuaderno. Con una sutileza, sin embargo, que nos enseña algo. Si hubiera dicho claramente desde un principio que se trataba de un caso en el que la paciente dice «no hay salida» y usted hubiera dicho «debo confesar que no veo tampoco ninguna salida», eso no hubiera entrado. De tal manera que usted ha empezado por decir que hay varios sentidos de la palabra «terminación» entre los cuales está el de la interrupción. Y a favor del hecho de que la paciente ha suspendido por algún tiempo la experiencia, ha logrado hacerlo entrar con una magia... Parece que todo el mundo está de acuerdo en que no hay salida pero es útil ver un caso donde podemos, y en cierto modo debemos, estar también de acuerdo en que no hubo entrada tampoco. Hubo otra cosa. Quizás podemos tratar de captar cómo está fundamentado el vínculo que hay entre los dos, pero me parece que necesitamos modificar nuestras categorías para entender.

En primer lugar estoy de acuerdo con la caracterización que usted hace al decir que es una problemática de amor. Hasta la primera parada su drama se centró sobre la problemática del amor. Es decir, que no es una problemática del deseo y tampoco es una problemática del goce. Con respecto al deseo, no tenemos la idea —voy a tomar algunos clichés— de que el sujeto se aproxima para ver cómo responde o no le responde el objeto, la idea de que hay una complicidad, una empatía. Eso no aparece. Tampoco aparece la problemática del goce, la pregunta de si su goce es suficiente, o si lo es el goce del otro, si se trata o no de gozar más. Por lo menos en la relación de la paciente, de Nuria con sus amadas, ya sea el deseo o ya sea el goce, eso no aparece. Se trata de lo que ella llama amor. Lo que ella llama amor es lo siguiente: ella elige un objeto de amor y quiere poseerlo. Es la pura elección de un objeto llamado de amor. Y, tal como usted lo subraya, hay siempre el mismo tipo de objeto: son mujeres y son, vamos a decir, mujeres víctimas, mujeres que están en dificultad. Es verdad que de

una manera general en la homosexualidad femenina lo prevalente es la problemática del amor. Pero aquí hay un elemento que parece agregarse, el goce que usted llama en un momento «un goce oscuro». El goce oscuro en este caso parece ser el goce de los demás, el goce de los otros que la calumnian, que la persiguen, que le quieren hacer daño. Es decir, el goce es el de un cierto gran Otro malvado. Y en los episodios de su trabajo ella está en contacto con ese Otro malo. Primero tiene algunos éxitos pero finalmente se desvela detrás un Otro malo, al mismo tiempo que ella dice que en sus relaciones con las mujeres ella es la mala. Es decir que a la vez ubica el gran Otro como malo, un Otro que encuentra siempre en sus relaciones laborales, pero en sus relaciones amorosas ella es la mala. Está identificada a la vez en relación con el Otro malo y al mismo tiempo ella misma es el Otro malo para sus objetos de amor.

¿Quién es, entonces, este Otro malo? Parece que ella es una amplificación, una inflación, de la figura del padre, y que padece, a la vez, de la relación con el padre como gran Otro malo. Y padece al mismo tiempo de su identificación con el padre. Usted subraya que alguna vez ha tratado de suicidarse...

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Varias, han sido varias...

JACQUES-ALAIN MILLER: Varias.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: La más grave es la que está señalada en la redacción del caso.

JACQUES-ALAIN MILLER: La más grave, en efecto, ya que no es algo común ir en moto y decidir estrellarse contra otro vehículo. Hay accidentes en el mundo que no son voluntarios, pero en este caso es un suicidio. Y después, cuando tiene un problema de dinero, atraca una gasolinera. Con respecto al lesbianismo hay varios matices, varias invenciones de lesbianismo, como de homosexualidad masculina. No es tan estándar. En la heterosexualidad los papeles son más estándares. En la homosexualidad ella ocupa el lugar del tipo, el lugar masculino. Desde un lugar masculino elige mujeres, no solamente mujeres sino mujeres degradadas, que tienen un menos. Y ella tiene un más. Cuando explica la pesadilla del padre como el hombre más fuerte del mundo, es claramente a partir de este punto que ella mira al mundo. Él es el pivote de su mundo y de su identificación con él. De tal manera que cuando se castiga, cuando se daña, dice que ella misma se hace a ella lo que el padre le hacía. Es decir, que en esos episodios es a la vez el verdugo y la víctima. Me parece que el sujeto en este caso no tiene ninguna versión simbólica de la feminidad.

¿Qué sería una versión simbólica de la feminidad? Para el hombre se trata en cierto

modo de asumir que sí, que es pequeño pero que en el futuro será grande. Es la promesa, el derecho para mañana. Para la mujer hay también algo así en cierto grado —«sí, yo también lo tendré mañana»—, con el efecto de decepción por el hecho de que esto no se produce. Pero es algo que se da con la apertura —estoy diciendo los clichés de la teoría analítica—, con la perspectiva de que hay sustitutos a este menos en comparación con el hombre, de que existen sustitutos que eventualmente valen más. Existe el niño, existe el hecho de tener un hombre, de producir, existen varios sustitutos metonímicos que claramente en este caso no existen. No hay esta metonimia, está totalmente ausente, de modo que queda frente a la injusticia pura, sin la redención simbólica. Ya en la palabra *discriminación* hay algo más que una pura injusticia, porque *discriminación* es algo en contra de ella, de su persona, no como miembro de una categoría sino como ella misma.

Podemos tratar de escribirlo con las fórmulas de Lacan. ¿Qué pasa cuando ella quiere ser equivalente a: existe un x que no está sujeto a la castración como el padre? Ese es su anhelo. En la fórmula clásica es algo que permite a los otros decir que sí a la castración. Ella dice claramente *no* a la castración, pero sin ninguna compensación de goce femenino. No hay la menor traza de esto aquí, es siempre un goce muy viril. En los atracos, en el suicidio en moto, en el éxito laboral, en la queja dura, está totalmente atrapada en este goce de tipo viril pero sin el sostén de la fórmula viril de la sexuación.

Entonces, ¿por qué no hablamos claramente de *psicosis* en este caso? ¿Por qué hablamos de *trastorno límite de la personalidad*? Pienso que es porque tiene claramente un vínculo con el padre. No se puede decir que no lo tenga. Está enferma del vínculo con el padre. Y obtiene un cierto punto de capitón con eso porque continúa, continúa en tratamiento. ¿Más o menos ahora?

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: No, ahora no. Está de baja laboral, y en lo que respecta al tratamiento ha habido recientemente otra interrupción...

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Qué edad tiene ahora?

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Treinta y dos años.

JACQUES-ALAIN MILLER: Vamos a ver qué sucede porque tiene un vínculo con el padre pero no con el Nombre del Padre. No sé si se puede entender en castellano pero de la misma manera que Lacan habla del más de goce diría que tiene un más de padre. Hay un exceso de padre que no está simbolizado y es por esto que padece de una identificación mortífera con este padre. Tiene una relación con el padre malo y a la vez

ella misma lo es. Por eso está en una cárcel y va buscando, dando vueltas en redondo. Pero no sé qué es lo que le permitiría cernir la función del padre. Parece tan trascendente con respecto a la experiencia que no parece posible rebajar un poco, disminuir el más de padre. Sería la única manera de obtener una tranquilidad que sea algo más que la tranquilidad de dos cervezas, porque la única cosa que la tranquiliza es beber un par de cervezas.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Sí, los comentarios que usted hacía al principio se refieren precisamente a lo que me había llevado a escoger este caso. Es más, evocando el título de Lacan de la «Cuestión preliminar...», yo pensaba que se trataba de una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de *esta*... psicosis. Porque es verdad que no hay, no parece haber salida, justamente por esta dificultad misma de entrar. La pregunta que usted me hacía al final es la que me ha inducido también a traerlo. Muchas de estas cuestiones que yo apunto en el caso han ido apareciendo ahora, a partir de estos fracasos. Yo mismo me hacía esta misma pregunta ya que no hay tampoco ningún significante, vamos a decir así, ideal que pudiera anudarla a una vinculación, por ejemplo, con algún tipo de actividad que pudiera trascender ese punto. Lo veo por ejemplo en el caso de Guy, lo veo en el caso de Julio, donde hay un significante producido por el propio sujeto que ordena, reorienta, reconstruye toda una trayectoria y de alguna manera le ofrece una salida. En este caso no lo alcanzo a ver.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Alguna vez ha pensado ella o lo ha estigmatizado a usted de malo?

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: No, nunca. Es más, incluso conmigo tiene una relación como muy educada. Se comporta conmigo exquisitamente.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Exquisitamente?

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Sí. A ver, lo voy a explicar...

JACQUES-ALAIN MILLER: Esa es la sorpresa porque la vemos a ella en este caso como la bestia, como una salvaje, con atracos... Y con José Manuel Álvarez, exquisitamente. Finalmente usted está en la problemática del amor de manera positiva.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Ella en el Centro nunca jamás ha faltado el respeto a nadie. Lo digo por otros pacientes difíciles que también tenemos. Cuando ha venido un poco alterada, pero no conmigo sino con su situación, la vez siguiente lo primero que ha hecho es disculparse por cómo se había presentado la vez anterior. No porque se hubiese dirigido a mí de malas maneras, o se hubiera quejado de mí. Además, cada

vez que yo la acompaño para entrar al despacho, ella se queda de pie y me deja pasar. Hasta que yo no me siento ella no se sienta.

JACQUES-ALAIN MILLER: Hace el amor cortés con usted...

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: A mí particularmente nunca me dejó de sorprender esta exquisita educación conmigo. Pero es así, tal cual. Y yo creo que eso también tiene una función en relación a mí. Y es lo más que puedo decir a este nivel. A veces con el médico lo comentamos, y él también se sorprende de que alguien así entre por la puerta y sea, de alguna manera, otra. Otra dentro del propio dispositivo. Porque ya digo, nunca ha dado problemas. Y además, con respecto a lo que decía Jorge, me parece que cuando uno de nosotros trabaja en las instituciones, a poco que permitimos un trabajo a favor del sujeto eso ya nos sitúa en una especie de *exclusión interna* a la propia institución. Ojo, exclusión interna no quiere decir en el exterior. La sensación que tengo con esta mujer es que cada vez que entra en mi despacho, «sale». Es el único momento donde sale. Entrando, sale. Pero es una sensación que yo tengo, porque es como si entrase en un mundo aparte.

Cualquiera de ustedes creo que puede tener similar experiencia en otras instituciones, donde uno también queda «discriminado», en el sentido de que a poco que se favorece algo del sujeto, se trata ya de otra cosa. Entonces se podrá venir a ver al médico, se podrá ir a la enfermería, se podrá lo que sea, pero ir al psicólogo —con una orientación psicoanalítica, naturalmente— ya es otra cosa completamente diferente. Ahí ya no estamos en la dinámica del dar, del que da la cita, del que da la medicación, del que da la metadona, del que da los cuidados, sino de aquel al que uno tiene que ir a hablar. Y ahí hay algo que ceder. Eso introduce una dinámica un poco diferente, una cierta exterioridad a este régimen, sobre todo en este tipo de instituciones que se caracterizan por el dar: dar cuidados, dar diagnósticos, dar informes, dar medicación... Pero volviendo al punto inicial, lo único que puedo decir es esto: a mí me trata, por decirlo de alguna manera, muy bien.

JACQUES-ALAIN MILLER: Claramente usted ha logrado entrar en su problemática de amor y no aparecer como el hombre más fuerte del mundo sino como el hombre más exquisito del mundo. Es lo que le decía de entrada, hay una exquisitez. El problema es cómo hacerla pasar al mundo, al exterior. Usted, o usted y la situación, ha logrado civilizarla, civilizarla dentro, y el problema es cómo lograrlo en el exterior. Lo que describe de su comportamiento en los encuentros con usted da por lo menos la ilusión

de que quizás la civilización puede entrar en ella, que ella puede entrar en un estado civilizado.

PREGUNTA EN LA SALA: Me ha resultado muy interesante lo que ha dicho de cómo se comporta con usted con relación al resto de la institución. Porque usted al comienzo ha dicho: ella siempre que va a un trabajo quiere ser útil e indefectiblemente siempre acaba como inútil. En esos momentos donde ella se comporta ciertamente como un poco inútil y al día siguiente le pide disculpas, que usted acepta; ese juego le permite continuar siendo útil para el lugar que usted está ocupando. Me parece interesantísimo, también con relación al goce de ella.

JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ: Gracias.

4. EL LUGAR DEL PENSADERO

MARTA SERRA: Vamos a pasar al segundo caso. Va a ser Jorge Alemán quien tome la palabra.

JORGE ALEMÁN: Quiero agradecer en primer lugar la posibilidad de estar aquí en esta Conversación Clínica; para mí es un honor. Les transmitiré muy rápidamente ciertos intereses que siempre he tenido con respecto a lo que es un escrito de un caso clínico. Porque considero que es el caso, vamos a decir, más singular de la cura psicoanalítica. Hay que tomar determinaciones acerca de cómo interviene la teoría, cómo se ensambla el tiempo del relato de la cura con el tiempo histórico del paciente. Cómo se le da la voz al paciente dado que no hay un registro técnico de la misma. Cómo aparece la intervención del analista. En fin, es el género del caso clínico, y esto quiero que se entienda como un homenaje a los casos que aquí se presentan. Porque cuando uno va por fuera del Campo Freudiano y escucha presentaciones, puede percibir ya los años de trabajo y la excelencia conseguida. Pero bueno, el género del caso clínico como tal, me despierta siempre muchísimos interrogantes. Diré para comenzar a referirme al caso de Guy Briole, «Construir un pensadero», que la palabra *pensadero* es de larga data, porque viene de *Las nubes* de Aristófanes, pasa por Bion y podría ser en nuestra propia lengua un neologismo.

GUY BRIOLE: No, en la traducción en francés Bion habla de un aparato de pensar el pensamiento.

JORGE ALEMÁN: Sí, Bion tenía unas tablas de impresiones, una cosa parecida al esquematismo kantiano, impresiones en su análisis y pensamientos. A modo de homenaje, como decía antes —porque yo no tengo un comentario estructurado, lo voy a improvisar—, en primer lugar voy a presentarlo para que ustedes capten el peso de lo que puede ser la construcción de un pensadero en el dispositivo analítico mismo, las voces que el propio Guy Briole aisló en la presentación del caso. Así que les leo, por fuera de su secuencia argumental, la voz del paciente: «Mis pensamientos me atacan. Soy un refractario al análisis y, sin embargo, estoy sometido al imperativo de venir a mis sesiones para ordenar estos pensamientos y, de este modo, no hundirme. El psicoanálisis es, para mí, una cuestión de vida [...] Falsificación [...] Verdadero análisis

con un final [...] Llenar las sesiones [...] Libre del análisis [...] Provocar un encuentro [...] Los lacanianos se autorizan por sí mismos. Deduzco que son más éticos [...] Tipo peligroso. Prefiero saberle detrás de mí [...] Usted por suerte tiene los ojos más oscuros, y eso lo hace más difícil [...] Era una devota que se acostaba con los curas [...] Este poder absoluto es el horror de las mujeres [...] ¿Cómo no ser uno mismo un cobarde? [...] No has recibido nada de él. Ninguna palabra que me sostenga [...] Siempre tengo que guardar algo secreto para no ser transparente [...] Para mí una conversación normal siempre está vacía [...] El peligro de la seducción recíproca». Esta es la última voz aislada por Guy y que me parece que es el momento culminante de lo que es esta declinación del pensadero, que es donde se enlazan las palabras. Como he dicho, estas voces ustedes las pueden encontrar entrecomilladas en el texto. No están reproducidas técnicamente, han exigido un ejercicio de estilo por parte de Guy Briole y nos permiten precisamente captar el peso de esta construcción.

Se trata de un practicante psi, un practicante psi de otro campo, del campo de Bion. Pero es un señor que tiene una hija y es un practicante psi que viene de un tiempo de análisis bastante prolongado con alguien de otra escuela. Esto es muy importante señalarlo porque precisamente para Briole va a ser muy decisivo el paso del encuadre con el anterior analista, donde hay efectos de estrago, al dispositivo que va a ser la condición de posibilidad precisamente del pensadero. En este caso, Briole presenta perfectamente cuál es la teoría, lo dice con mucha precisión. Dice que si bien esto no es psicoanálisis en sentido estricto, la condición de posibilidad para que esta construcción del pensadero se produzca en el dispositivo analítico exige el discurso analítico. Es decir, estamos en un caso, para decirlo más directamente, en donde la propia experiencia analítica cumple la función de estructurar algo en el sujeto que no está funcionando como corresponde. La propia experiencia asume, vamos a decir, la construcción del pensadero, asume la construcción misma del sujeto. Este analizante viene de una experiencia donde quiso hacer el final y el analista le dijo que para hacer el final falta tanto tiempo, tantas horas, tanto precio. Y es esto lo que lo lleva a tomar una determinación y a elegir a un lacaniano al que considera precisamente como más ético porque se autoriza por sí mismo. Está también el hecho de que el psicoanalista anterior interpreta el nacimiento de la hija como un fruto del análisis, es un hijo concebido en el análisis. Y aquí vemos por qué Briole habla del carácter estragante de la experiencia anterior, porque luego este mismo analizante se pasea por el barrio del

analista anterior, inscribe a su hija en el colegio del barrio del analista anterior y da el domicilio del analista anterior para la inscripción de esta niña. Es decir que, en efecto, este paso del encuadre al dispositivo es clave para conseguir la dirección de la cura propuesta aquí, que ya vamos viendo que se trata de una terminación en su interminabilidad. Porque es la construcción de un pensadero que cumple condiciones muy particulares en la estructuración misma del sujeto.

La historia está en el caso. Es evidente que este sujeto está todo el tiempo confrontado a un Otro materno amenazante y a una inconsistencia paterna, a la que se refiere en distintas ocasiones en relación a la cobardía del padre, a la inconsistencia del padre, al hecho de que el padre no le transmitió ninguna palabra con la que él se pueda sostener en la vida. Es más, el desafío de la propia posición del analista es precisamente la posible oscilación entre estos dos lugares, entre este Otro invasor y amenazante de goce y la posición precisamente de poder sustraerse a esto.

Hay un detalle curioso, hay una apuesta por parte de Guy Briole que es interesante destacar. En cierta ocasión se hace en Francia un libro, coordinado por Jacques-Alain Miller, *Qui sont vos psychanalystes*?, y Guy Briole, pensando en este paciente, redacta un texto para fijar claramente su diferencia con respecto al analista anterior. Los aspectos más apasionantes de este caso clínico están en relación al hecho de que este analizante, como dice Guy, no dispone de la función paterna que pueda metaforizar la invasión del goce del Otro, y que le dice en un momento dado que sus propios ojos claros lo hacen susceptible de ser invadido por el Otro. El hecho de que el analista tenga los ojos oscuros parece pacificar esta invasión. Además es muy necesaria la presencia del diván en el dispositivo. Se trata de un analizante que en distintas encrucijadas da muestra de que efectivamente no está intervenido por la metáfora paterna ni por la función del Nombre del Padre. Sin embargo, empezamos a ver en la construcción misma del pensador, no, del pensadero —todos los filósofos son hijos de pensaderos—, las operaciones que nos podrían interesar sobre un modo que tiene este analizante de encontrar ciertos rudimentos de separación con respecto a este Otro invasor.

El primer lugar, una cuestión que me parece muy determinante, cuando el propio analizante hace una cierta sustracción, dice que necesita mantener siempre cierto secreto guardado para no parecer transparente al Otro. Aquí vemos emerger una cierta barrera. También emergió la barrera cuando se le ha propuesto el diván. También ha

emergido la barrera cuando incluso, en esta precisión que ha hecho aquí Briole de escribir un texto referido al analista anterior, el paciente en absoluto lo interpretó como la presencia de un Otro amenazante. Y a la vez, no solamente esto, sino que este caso apasiona porque despierta el interés colateral de que es un psicoanalista psicótico que trata niños en una institución. Aunque debo decir que Guy se ha cuidado de no usar la palabra psicótico. Él habla efectivamente de la metáfora paterna, habla de no disponer del Nombre del Padre, pero evidentemente no pude dejar de sustraerme a la curiosidad de tan gran temática clínica.

Estas barreras, estas operaciones de separación del propio analizante en la conducción del pensadero —que tiene como condición de posibilidad el propio dispositivo analítico—, culminan en una gran convergencia donde se muestra que el dispositivo analítico en este caso funciona como formando parte del aparato psíquico del mismo paciente.

Es interesante la pasión por los trenes que tiene este sujeto, trenes que articulan umbrales, pasajes, conexión de lugares, lugares prohibidos. Además tienen, como él dice, una cualidad extraordinaria, excelente, que son inaccesibles a las mujeres. El paciente reitera en determinados momentos su odio indeclinable por las mujeres, mujeres a las que les concede un lugar por la historia familiar que está muy bien reflejada en su historial. Es una historia que comienza por su abuela paterna. A eso hace referencia el horror que produce el poder absoluto de las mujeres.

Hay una combinación entre estos trenes eléctricos y el propio dispositivo analítico, como si la propia conducción de la cura también funcionara como un lugar de anudamiento semejante al que realiza el propio paciente con los trenes eléctricos. Hay una relación de homología estructural entre las maniobras del analista y las maniobras de anudamiento, entendiendo estas maniobras como intentos de establecer el lugar de ese Nombre del Padre que falta como una barrera con respecto al Otro invasor.

También hay que destacar como elemento emergente de esta segunda cura un descubrimiento del propio analizante de un acto del padre, ese padre que había estado caracterizado como cobarde y definido todo el tiempo como un padre absolutamente inconsistente e incapaz de sostener al analizante con las palabras. Sin embargo, el padre realiza una investigación sobre su propio apellido y esto será además clave en la historia del sujeto. Si ustedes han leído el caso, todo comenzó con una abuela paterna que no ha querido decir de quién era hijo su hijo. Esa señora es devota pero se acuesta

con los curas. Sin embargo, el padre logra restablecer en el nombre original cinco letras y esto representa un viraje, da cuenta de un cambio de posición ética de este analizante con respecto al padre. Y entonces aquí viene la pregunta clave, que Guy formula acerca de él: si este pensadero que se está construyendo en la experiencia analítica puede llegar a tener la función de un síntoma que logre incluso autonomizarse de la cura; o si está absolutamente vinculado al devenir mismo de la cura, al devenir mismo del dispositivo analítico, y que no se puede sintomatizar como tal porque es el propio dispositivo analítico el que está interviniendo como el que produce el lugar del anudamiento. No está de más destacar que, así como este paciente hace juegos con los trenes, en muchas ocasiones el propio analista propone frases deshilachadas que durante un tiempo él ha logrado conjuntar o articular y que le propone al analizante.

No olvidemos que se trata de alguien que está casado, que tiene una hija y que sostiene una práctica psi. Esto tal vez pueda remontarnos a antiguas discusiones sobre el Padre cero (P_0), Fi cero (Φ_0). Habría que ver cómo es la naturaleza de esta psicosis que ha encontrado este buen modo de alojarse bajo transferencia en la construcción de un pensadero que se ha vuelto homólogo al curso temporal mismo del dispositivo analítico y que todavía no ha dado la prueba de si se puede vivir sin él. Si no se puede, cuando se suspenda esa experiencia puede llegar a reavivarse el fuego del Otro amenazante. Aquí termino mi comentario porque si no ya sería entrar a resumir el caso.

GUY BRIOLE: No me parece que Jorge haya hecho un resumen del caso, sino que ha entrado en la dinámica misma del caso, lo que me resulta muy interesante. Quisiera añadir algunas precisiones sobre mi texto, porque, ahora, la cura está tomando posiblemente otra dirección, precisamente a partir de una cuestión de la práctica profesional del analizante. Él es psiquiatra y director médico de un servicio donde se tratan niños psicóticos y autistas. Insiste mucho en el hecho de que tiene una relación particular con esos pacientes y que, en esa relación, su palabra también empieza a tener un peso.

El cambio en la transferencia conmigo se ha producido después de una escena particular con un niño psicótico que quería disparar la alarma de incendios del centro. Él lo tenía por una mano y el niño tenía la otra mano sobre el botón de la alarma, eso durante casi una hora. Al final, el niño apoyó la mano sobre el botón, se disparó la alarma y se echó a sus brazos. Para mi analizante fue un momento muy particular,

decía: «Finalmente yo también tengo una utilidad para los otros». Y añadía: «Mi pregunta es saber si lo más concreto de mi vida no será mi práctica». Finalmente dirá que eso es anecdótico, que es falso, como todo es falso. Yo le digo: «No, ciertamente no». A partir de ese momento empieza a poder hablar de otras cosas; particularmente de su psicosis, del momento y el modo en que esta se desencadenó, y de su padre.

Dice que a los quince años, su padre —que lo encontraba demasiado tímido con las chicas— le ofreció una revista pornográfica. Así se encontró con el sexo femenino, lo que fue un horror para él. Fue invadido por esa imagen. Además, se preguntaba qué era lo que su padre quería, llegando incluso a preguntarse si no sería que su padre deseaba tener juegos sexuales con él.

Fue en ese momento que surgió esa frase particular, un pensamiento aislado: «He pensado que pensaba». A partir de entonces se le impuso como pensamiento circular que no puede parar. Pero dice que este primer pensamiento que surgió no tenía ningún contenido. Eso es lo que dice en este momento de la cura.

De alguna manera, este pensamiento sin contenido es la perplejidad inicial. Pero es algo que nunca se ha desarrollado en un delirio construido. Encontró distintas maneras de hacer eso, entre ellas la construcción de nudos ferroviarios.

Realmente, tal como subrayaba Jorge Alemán, el pasaje desde sus construcciones durante todo el primer análisis hasta la construcción dentro de las sesiones en su actual análisis, es un pasaje muy importante porque ahora ya no se trata de construir nudos ferroviarios en el garaje del padre, sino que es un intento de construir algo que pueda anudar los pensamientos dentro de la sesión misma.

Y ¿por qué le interesa Bion? Porque Bion desarrolla que el pensamiento contiene elementos alfa y beta, siendo los beta elementos del cuerpo, y plantea que los elementos alfa retoman los beta, del cuerpo, para anudarlos. El paciente dice que su preocupación es su cuerpo —¿qué puede pasar con su cuerpo?—, cuestión para la que no tiene respuesta.

ESTELA PASKVAN: Después de la introducción que ha hecho Jorge, creo que puedo ir entonces a una cuestión más precisa. Mi pregunta se refiere justamente a estos pensamientos, los pensamientos de los cuales este hombre dice que sufre. Parece que irrumpen y dice que va a sesiones para ordenarlos. Mi pregunta era qué tipo de pensamientos son esos, si son pensamientos que tienen o no un fuerte sentido. Si son pensamientos que entran o no en cadena asociativa. ¿Están del lado de lo que se llama

pequeño automatismo mental? Cuando decías que iba a sesión para asociarlos, para anudarlos, te quiero preguntar un poco más acerca de la consistencia de estos pensamientos, justamente para ponerlo en relación con lo que parece que es bastante evidente también, que es la falta de consistencia corpórea.

GUY BRIOLE: Fundamentalmente las ideas son sobre la falsedad. Él se piensa un usurpador, un falso; todo es falso. Pero a veces dice que son también pensamientos terribles, como «soy un asesino», «soy un violador». Y añade: «Debo hacer un acto que interrumpa este pensamiento circular. Pero debo hacer un acto terrible para que se pueda detener el pensamiento». Esta circularidad —«soy un asesino, soy un violador»— puede tocar incluso, a veces, a su mujer. Dice: «¿Qué debo hacer, matar a mi mujer para que se pueda parar? Pero si hay un testigo de eso, no lo haré». Entonces el analista también viene a este lugar de ser un testigo, como alguien que finalmente se opone a este pasaje al acto. El análisis es, también, el lugar en el que la circularidad del pensamiento se puede interrumpir.

Al inicio, lo que le gustaba era hablar, hablar hasta el fin de la sesión. Si yo decía algo, lo vivía como una intromisión. Entonces, no hacía escansiones, hacía varios cortes preguntando qué, de qué se trataba, si podía precisar cómo. Esto tampoco lo soportaba bien, protestaba, se movía, se levantaba, se ponía de nuevo en el diván... Era muy amenazante, era difícil manejarse con él. Pero, sin embargo, lo aceptó, lo que produjo un cierto apaciguamiento al haber podido depositar su angustia en este lugar en el que hay un testigo: ¡hay alguien que sabe eso!

Quisiera, además, añadir una cuestión sobre la cadena asociativa: precisamente no asocia, y yo no le empujo de ninguna manera a hacerlo. Por el contrario, más bien corto, corto muy a menudo, y nunca corto una sesión sobre un punto que pueda parecer significativo.

ANTONIO VICENS: No sé si lo que has respondido ahora modifica mi cuestión. Lo que más me ha impresionado es la queja, digamos así, primera, fundamental de este sujeto, que es la de ser un embaucador él mismo. Es un infierno de cincuenta años temiendo embaucar al Otro, y entonces intentando buscar por todas partes una prueba de verdad, una prueba si no de verdad —porque no sé si la verdad es lo que está aquí en función—, sí de algo que haga nudo justamente. Por un lado están las mujeres que saben quién es el padre. Las mujeres en este sentido no son embaucadoras, y hay este acto fantástico de llevar a la niña a enfrentarlo con él y con el analista anterior, para

que diga quién es el padre. Por suerte esto no se produce nunca. Y luego están los trenes y algún otro recurso como este que tú decías ahora de hacer un acto terrible, en el cual finalmente terminara este infierno del miedo a ser impostor. Y están los pensamientos. En este acto que sería «pensar un pensamiento» no puede llegar a la certeza cartesiana porque no puede pasar del pensamiento a la vida, al ser algo, a una ficción diferente. En todo caso, lo que impresiona en todo el relato —yo no lo he sabido encontrar, dímelo tú— es si hay algún rasgo de ironía respecto de eso.

GUY BRIOLE: La ironía más bien se la dirige a sí mismo. Cuando habla, por ejemplo, de la «rata de laboratorio» es una ironía, pero es una ironía que incluye algo que puede funcionar, porque una rata de laboratorio también se desplaza por un laberinto en el que, por lo menos, hay un límite. Hay algo limitado. Realmente, en el pensadero hay algo que se puede localizar, aunque no se pueda dialectizar, no hay ninguna posibilidad de dialectización. A veces se ríe de algunas cosas de forma no irónica, pero siempre contra él mismo.

GUSTAVO DESSAL: Realmente es un caso apasionante. Y me parece que tu añadido de ahora quizás podría situar el punto de desencadenamiento de este hombre en el recuerdo del padre que le entrega la revista pornográfica. En ese momento aparece en él una idea de ser seducido por el padre, es decir un pensamiento que lo sitúa a él en una posición feminizada. Me parece que eso está todo el tiempo a lo largo de la vida de este hombre, ¿no? Porque la interpretación del analista, o su interpretación delirante de la interpretación del analista anterior, cuando le dice que esta hija es el fruto de la relación analítica, es algo que evidentemente consuena con esta abuela que no decía quién es el padre. La pregunta es quién es el padre de esta hija. Y me parece que lo que vuelve en la transferencia —y voy a la pregunta con la que tú finalizas el caso, que me parece una pregunta muy interesante para discutir— es qué pasa con aquellos casos en donde el dispositivo analítico, la propia transferencia analítica en ciertos casos de psicosis, es lo que funciona como punto de capitonado y, de un modo que no aparece en el horizonte, la posibilidad de que eso pueda desplazarse a otro dispositivo, a otra invención. Porque en la transferencia claramente sobrevuela la cuestión erotizada. Hay la necesidad de que tú resguardes la penetración de tu mirada pero al mismo tiempo prefiere tenerte detrás. Hay un juego muy curioso puesto que el paciente dice exactamente lo mismo de su relación con el padre. Está la idea de ser feminizado por el padre pero también la idea de que su presencia física era lo único

que lo tranquilizaba. Y esa alternancia, esa especie de aporía entre la posición femenina respecto al analista del cual él procura defenderse y resguardarse, y al mismo tiempo la necesidad de mantener la presencia física del analista, es lo que vuelve a esa dinámica. Y la pregunta es efectivamente qué posibilidad hay de producir una salida de esa circularidad.

GUY BRIOLE: Precisamente la presencia física de su padre es lo que, según dice él, hacía un corte en su vida, hacía que la vida no fuera aburrida, era algo que le permitía vivir. Y de alguna manera, la presencia del analista también. Pero la cuestión de la distancia entre su cuerpo y el de los otros es muy compleja, sin mucho margen de maniobra. Se ve claramente en el dispositivo: cuando entra siempre trae cara amenazante y desconfiada; sólo cuando ya está situado en el diván puede relajar la tensión y empezar a hablar. Por eso, los tiempos de entrada y salida se deben reducir al mínimo posible.

Así, la presencia del analista es una presencia en el despacho del analista pero en la medida en que no se haga demasiado presente; se debe estar ahí sin acentuar la presencia porque hay algo de un empuje a la mujer en él que es muy fuerte. Dice: «he fallado ser homosexual»; dice que cuando ve pasar a una mujer debe, inmediatamente, pensar algo del lado cloacal, lo que la reduce para él a «mera carne»; cuando ve a un hombre nunca le pasa eso. Es muy, muy particular.

AMANDA GOYA: Me parece que el problema fundamental de este sujeto está vinculado a lo que se podría llamar la cuestión de la filiación. Porque hay en efecto una filiación interrumpida, rota, por la abuela paterna sobre todo. Y de hecho esa rotura de la filiación hace que la mujer tenga ese poder absoluto. Entonces él está intentando todo el tiempo remendar, zurcir algo de esta rotura de la filiación, lo hace en un *acting out* cuando pasea a su hija por la puerta de su psicoanalista anterior. Digamos que está buscando un filiación para su hija y finalmente lo consigue de alguna manera cuando recupera esta restitución del patronímico a partir de la operación que hace el padre con el nombre.

Entonces, frente a esta problemática en un momento dado él encuentra una pseudo-solución que es el hallazgo de los trenes. Es interesante cómo se produce el hallazgo de los trenes porque me parece que responde a la estructura del recuerdo pantalla. Porque él está en una situación con su madre, su madre está detrás de una cortina con una enfermera, algo pasa entre esas dos mujeres, él corre la cortina y lo primero que ve

son unos trenes eléctricos, y él toma ese elemento para protegerse de ese poder absoluto de las mujeres, que creo que es su problema fundamental. Y, de hecho, cuando una mujer lo acaricia, cuando lo toca, su respuesta es un eczema en la piel. Creo que lo que a él le presta la solución analítica que encuentra en el tratamiento con Guy es una sustitución, una suerte de metáfora de esos trenes por las sesiones analíticas que comienzan a funcionar como una suerte de punto de capitón, llamado *pensadero*. Y, en efecto, me parece que la función de testigo tiene que ver con la presencia del analista, lo que alude también al hecho de que del padre solo recibió la presencia, no la palabra, como él dice, y esta presencia del analista, su presencia y la manera por supuesto de intervenir, es lo que le permite obtener una suerte de creencia en un vínculo de palabra. Me parece que es el logro mayor que él obtiene a partir del análisis. Pero frente a la pregunta última acerca de si él va a poder algún día prescindir de esta presencia del analista, no se puede anticipar, pero sí se puede suponer que por esta función de la presencia tal vez el dispositivo analítico y la transferencia sean algo de lo cual este sujeto no pueda prescindir.

GUY BRIOLE: La escena en la cual acompaña a su madre a la enfermera y ve el tren eléctrico se produce en la sala de espera: hay una puerta con una cortina y la madre está con la enfermera en la otra habitación. En un momento dado, él mueve la cortina y ve, efectivamente, a la enfermera que pincha a la madre. Para él, la idea es que están haciendo un aborto. Ve entonces el tren y a partir de ahí viene toda la idea de que las mujeres tienen la posibilidad de decidir sobre la vida y la muerte de los niños. Porque para él, ahí se mató a un niño y eso se anudó con ese tren que había visto solamente por la abertura de la cortina.

Hay otra cuestión interesante que se conecta con la intervención de Jorge y con lo que decía Gustavo respecto a la hija. Haciendo un juego de palabras con filiación, *filiation* tal como se escribe en francés, para el caso y en relación a su hija —*fille*— convendría más *filliation*. Si bien él tenía horror del lugar que ocupaba su hija «de ser el fruto del análisis anterior» después del acto de su padre —sobre el restablecimiento del apellido familiar— ella cambió de lugar para devenir esa a partir de la cual él puede hacerse una filiación. Así, su hija escapa a todo lo que él puede decir de las mujeres. Para él, su hija es una referencia, es alguien que le da un marco.

MIQUEL BASSOLS: Retomo la cuestión del estatuto que tiene para este sujeto la presencia real del analista. Me parece una expresión muy importante en el caso. No sé si tenías

en cuenta —es ya una pregunta— que es una expresión que Lacan utiliza en el año cincuenta y ocho en «La dirección de la cura». Es muy distinto hablar de la presencia del analista a hablar de una presencia real del analista. Y parece que, en efecto, para este sujeto hay algo no simbolizable del analista. Del mismo modo que en el otro caso veíamos que había algo no simbolizable de la sexualidad o de la feminidad. Mi pregunta es si esta presencia real, irreductible al *pensadero* del sujeto, es algo no solo irreductible sino imposible de subsumir en el *pensadero* como tal. Y que, a diferencia de otros casos donde el analista forma parte de los pensamientos en la transferencia, aquí es justo al revés, son todos los pensamientos los que están contenidos o limitados por esa presencia real del analista. Tú señalabas que pensabas incluso que esta presencia real hace de límite al *pensadero*, de límite al pasaje al acto posible en el sujeto. Esto plantea una cuestión paradójica que se plantea con frecuencia en el problema de las terminaciones de análisis en la psicosis. Es el problema de si esa función es sustituible en algún momento o no por otra cosa. Mi pregunta es muy precisa. ¿En algún momento crees que hay algún indicio de algo, de algún elemento que pueda cumplir esta función, que es una función real, que no es una función simbólica ni imaginaria, para retomar esta excelente expresión de «presencia real del analista»?

GUY BRIOLE: Dice que, en la experiencia analítica, él es su propia rata de laboratorio. Ahora no puede salir del dispositivo, de la experiencia. Antes no se podía separar. Ahora hay algunos momentos en los que puede tomar un poco de distancia, sin embargo, durante las vacaciones, piensa que me podría pasar algo a mí, ¡lo que caería del lado de una separación radical! Hace algunos días hubo un momento *cocasse*, no sé cómo se dice en castellano, un momento singular, digamos con un efecto cómico: en el momento de pagar tenía unas monedas y dos billetes en la mano y los dirige hacia mí de un modo que parecía como una pistola; lo miré, me puse a reír y él también. Fue la primera vez en diez años que lo vi reír de algo que había pasado allí. A partir de esa escena está un poco más relajado pero no sé cuál es el porvenir de esto ya que solo hace quince días que sucedió. Estamos en este momento, hay cambios. Empiezan a aparecer cosas distintas a ser un embaucador: encuentra en su hija, en su trabajo, un pequeño espacio en las relaciones, algo diferente.

IVÁN RUIZ: Es una intervención en serie con los comentarios que se hacían sobre la presencia real del analista, porque me interesaba mucho esta idea del paciente de la

falsificación del Otro. Es una constante en el caso, al referirse a la abuela paterna como una falsa devota, o a él mismo como un falso, como un embaucador. Parecería como que hay algo en relación a la presencia real del analista, algo que no es falso. Quizás la palabra no sea verdadero, pero sí algo real. Quería simplemente preguntar esto y saber si estarías de acuerdo en que la presencia real del analista le permitiría a este sujeto no ser transparente en las sesiones.

GUY BRIOLE: Sí, es lo que le da una cierta consistencia también a él. Como dice: «Yo soy como una pirámide con la cabeza abajo y me mantengo en la vida por la relación con mi familia y también por mi trabajo en las sesiones»…

JORGE ALEMÁN: Perdón que interrumpa pero tengo una curiosidad ahí. ¿A la mujer y a la hija las quiere?

GUY BRIOLE: A su mujer dice que la quiere, la única condición para quererla es no considerar la posibilidad de tener relaciones sexuales. Y hace años que no tienen relaciones sexuales, casi desde el nacimiento de la hija, que tiene ahora quince años.

VILMA COCCOZ: Dos preguntas. La primera es relativa al autodiagnóstico. ¿Esta persona sabe el lugar que tiene en la estructura? ¿Se ha interrogado sobre eso? ¿Qué relación tiene con el saber psicoanalítico? Porque decías que preveías que pudiera leer el texto y efectivamente ocurrió. Es decir, ¿está en formación analítica?

GUY BRIOLE: Él dice: «Soy un loco», pero no se lo cree tampoco. En otra ocasión dice que tiene una capa de civilización muy delgada, fina. Y del lado del psicoanálisis dice que no necesita la teoría analítica lacaniana y que él nunca ocupará el lugar del analista, lo dice con mucha firmeza. De este lado no es embaucador.

VILMA COCCOZ: O sea, tampoco utiliza la teoría analítica en la dirección de la institución que él lleva. Porque decía que es director de una institución para niños psicóticos y autistas. ¿Hay alguna referencia al saber analítico en lo que él hace?

GUY BRIOLE: La referencia de esta institución es la teoría analítica lacaniana…

VILMA COCCOZ: Y una segunda pregunta es respecto a la operación de costura que tú haces con las hilachas, porque me ha impresionado mucho, por el riesgo que este hombre manifiesta de la influencia que puede tener el pensamiento del Otro, de la palabra del Otro, en él que tiene la palabra vacía. Hay un pensamiento constante sobre su propia palabra, si entiendo bien. Tú dices que vas introduciendo ciertos anudamientos, vas recogiendo hilachas y le devuelves un anudamiento.

GUY BRIOLE: No, yo no le devuelvo anudamientos, le devuelvo algunas hilachas que he

recogido por aquí y por allá. Por ejemplo, si él habla de su padre, le digo: «¡Ah! pero usted había dicho que había pasado algo alrededor del nombre...» o retomo unas palabras suyas. Él hace un anudamiento con eso. Yo no lo hago, no le propongo ningún anudamiento.

VILMA COCCOZ: Era esta la pregunta porque podía parecer que en tu operación hay un injerto de sentido...

GUY BRIOLE: No, no, de ninguna manera. Cuando dice algo, a veces yo le entrego un poco más. A veces realmente se cierra y no quiere decir nada. Entonces, un mes o dos meses después, si vuelve sobre esta cuestión le digo: «¡Ah! pero usted habló de eso...». Yo le doy las hilachas que he recogido, las suyas. A veces él las anuda en ese momento o las rechaza. Sin embargo, hay que guardar las cosas que trae porque seis meses después, un año después, pueden servir.

VILMA COCCOZ: O sea que el anudamiento respecto a la filiación en el patronímico fue algo que produjo él.

GUY BRIOLE: Sí, fue él quien lo dijo. Yo tengo un costurero en el cual guardo esas hilachas, que son suyas y no mías, precisamente.

SHULA ELDAR: Cuando uno queda para el final casi todos los puntos ya se han señalado. Mi pregunta fundamental iba en la misma dirección de lo que ha preguntado Gustavo así que no voy a repetir otra vez estas cuestiones. Solo una cosa muy puntual. Dices que en relación a los trenes él afirma rotundamente que esas redes son inaccesibles a la mujer. Entonces la pregunta es ¿piensas que por ese lado podría ir una posible suplencia para él, porque hay algunas redes inaccesibles a las mujeres? Entendiendo bien de qué se trata cuando se dice las mujeres para él.

GUY BRIOLE: Eso es lo que intentó con los trenes. Es por eso también que los ponía en el garaje del padre. Era una construcción suya pensada como inaccesible a las mujeres.

Pero, a fin de cuentas, él no piensa que haya algo que sea inaccesible para las mujeres. La única en la que confía es su hija. Ella no es amenazante para él, todas las otras sí. Le amenazan por que él piensa que no tiene historia, que no tiene nada que decir sobre sí mismo. Las únicas que podrían decir algo sobre él son las mujeres, precisamente su abuela y su madre. Lo que me parece especialmente interesante es que produce una filiación al revés, a partir de la hija, ella es la excepción: no lo persigue, no lo amenaza; incluso, si me permiten las comillas, funciona un poco como «Nombre del Padre» para él, porque es a partir de ella que se orienta.

5. LA «UNGLAUBEN» Y LA PRESENCIA DE UNA EQUIS

JACQUES-ALAIN MILLER: Como el sujeto dice que es alguien sin historia, podemos decir que a mi parecer siempre encuentro la anécdota, la historia del sujeto. A partir de la historia del sujeto hay algo miserable cuando tratamos de deducir la psicosis del padre ausente o del padre demasiado presente, porque todo lo que movilizamos no alcanza a deducir la evidencia de la enfermedad, de esa enfermedad mental en la que hay una ruptura de la causalidad. Tratamos más o menos algunas suplencias para entender, pero entre las causas que utilizamos y el caso hay siempre una hiancia. Que un tipo no tenga padre es algo que puede precipitarle a la psicosis. En este caso tener un padre débil parece precipitarle a un «no tengo padre, tengo un padre sin consistencia», de tal manera que «soy transparente». Pero otra persona, a partir de tener un padre débil, podrá decidir algo distinto: «Bien, mi padre es débil, yo soy fuerte y voy hacia adelante».

Así pues, hay siempre una hiancia. A la vez, para decir lo contrario, en este caso se da exactamente como en la teoría estándar lacaniana. Como dice Lacan, después de Freud, se necesitan tres generaciones para obtener un psicótico. En la primera generación hay el abuelo desconocido, el que no reconoce al hijo. En la segunda generación, hay un tipo que está criado sin padre, sin presencia del padre, y que parece ser bastante poco consistente. Y finalmente en la tercera generación hay el paciente que en este momento parece presentar una forclusión. En el primer nivel la falta del padre era real. En la segunda generación es imaginaria, es la falta de consistencia. Y en la tercera generación es simbólica. Es una manera de ordenar, y a pesar de que no nos permita deducir nada, es algo demasiado lindo como para no comunicarlo (*risas*), encaja tan bien que da gusto.

Además, también es muy clásica en el caso una ilustración perfecta de lo que Freud sitúa en la psicosis como la *Unglauben*, la no fe, la no creencia. No sabemos si ese colega ha leído bien a Freud o no, pero es típico de lo que Freud llama la no creencia, algo que no tiene nada que ver con el sentimiento de falsedad de la histeria. Es algo mucho más radical. En esto debemos seguir la conducción, la orientación psicótica. No vamos a sustituirla por la orientación lacaniana, aunque tienen algo que ver como

Lacan mismo señaló. La orientación psicótica subraya que en el momento primario de cualquier saber hay un momento de creencia. Incluso en las matemáticas se necesita primero la lengua que todo el mundo habla para poder explicar a alguien el sistema matemático, la significación, el uso de los signos. Se necesitan lo que se llaman axiomas, las cosas que están planteadas de entrada y que no vamos a deducir, que vamos a utilizar con unas reglas para deducir teoremas. Pero todo no puede ser teorema. Hay necesariamente una parte del sistema que está hecha de axiomas, de algo no deducido que se debe aceptar. Así que incluso en el sistema más formalizado hay el lugar de la fe. No se trata tanto de creer algo como de creer en alguien. Para que funcione esta fe que es esencial a todo saber se necesita haber empezado por creer en alguien. Es lo que llamamos el Nombre del Padre, la palabra del padre. Es preciso algo que funcione así para que el sujeto pueda acceder a la creencia fundamental de todo saber. Pero en este caso encontramos la forclusión, lo mismo que la *Unglauben*. La no fe es la forclusión de la palabra fundadora, de tal manera que para él cuando se habla no se habla para informar, en el nivel fundamental, no se habla para ayudar, no se habla para convencer. Se habla para seducir. Lo que él experimenta como seducción se da sobre el fondo de la no fe. Como no se produce la fe, queda solo llevar a alguien con la seducción a hacer algo que el Otro quiere que haga. La seducción es la misma en todas partes, es el reverso de lo no fe.

Todo esto se da en un nivel muy fundamental, porque para el resto supongo que nadie sospecha nada. Es un colega respetado. Un colega casado, además, que es padre. Y es un buen padre de una hija con la que se lleva muy bien. ¿Qué edad tiene ahora?

GUY BRIOLE: Quince años.

JACQUES-ALAIN MILLER: Y en su trabajo no se observa ninguno de los fenómenos que encontrábamos antes en la pobre Nuria, hasta el punto de ser director. Así pues, todo va bien, es un excelente colega. ¿Es solo, al parecer, con la pareja donde aparece todo eso?

GUY BRIOLE: No, no.

JACQUES-ALAIN MILLER: No sé si su mujer sospecha algo de esto.

GUY BRIOLE: Es una pareja muy apaciguada. Es interesante a la vez la vida social que tienen, es una pareja verdaderamente sin conflicto. Y también invitan a personas a su casa. Él se mantiene muy bien en su papel, pero observando las historias de los demás.

JORGE ALEMÁN: ¿Y los años de abstinencia sexual tampoco generan en ella...?

GUY BRIOLE: No, no generan nada en la pareja.

JACQUES-ALAIN MILLER: Así pues, con el relato del caso tenemos la visión de una intimidad que nadie sospecha. ¡Nos hace sospechar solo cuántos debe de haber así! (*Risas*.)

Así las cosas, la cuestión es si hay una gran diferencia entre los quince primeros años de análisis y los diez siguientes. Ha cambiado de analista después de haber tenido una hija pero su relación con la palabra sigue siendo la misma. Para él, en el registro de la *Unglauben* la palabra es fundamentalmente un *bla bla bla*, trozos de significantes dispersos que pueden mantener el semblante en la vida social, en su trabajo como psicólogo, como psiquiatra, pero para él fundamentalmente nada está ordenado. La palabra es un *bla bla bla* que llena un vacío, como dice, para hablar y llenar las sesiones. Para él una conversación normal siempre está vacía. Y tiene razón. El placer de una conversación normal consiste en relajarse. Después existe, por ejemplo, lo que llamamos una Conversación Clínica, pero es una falsa conversación, donde todo el mundo dice cosas llenas de contenido. (*Risas*.) Después, cuando paremos todo el mundo podrá tener ya conversaciones normales, relajadas...

Él, en cambio, no está relajado porque hay un vacío total de la palabra y, como dice Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, las palabras y las cosas no se encuentran. Para que se encuentren se necesita la fe, se necesita lo que llamamos el Nombre del Padre, algo que enganche unas a otras. Y lo decimos porque en la clínica vemos los casos donde esto no se engancha, inventamos la forclusión a partir de casos así donde vemos claramente que las palabras y las cosas no se enganchan. Como parece que hay otros que se desenganchan, suponemos, debemos suponer una función del enganche. De modo que para él, tal como se ha observado, cuando se encuentra con el analista en la experiencia analítica queda en presencia de algo que no es un símbolo, es la presencia de una equis, pero es algo que finalmente anuda, ordena o tranquiliza, algo que es necesario para él.

Para él hay siempre en esto una falsificación, una impostura. Cuando dice «rata de laboratorio» se trata de eso. Una experiencia científica precisamente es un procedimiento artificial donde se pone a prueba a alguien y él experimenta su vida así. Y especialmente es así en el laboratorio analítico, donde él mismo es la rata de su propio laboratorio. Él lo percibe y en esta ficción vemos que algo falta en su mundo: la sustancia, para decir una palabra romana traducida de Aristóteles. Falta la sustancia y

es un mundo de semblante, cosa que vemos cuando dice «soy transparente», no tiene sustancia. Es puro semblante, como cuando trata de intimidarlo al inicio diciendo «soy un tipo peligroso». Es puro semblante en este mundo sin sustancia. La anécdota de la pistola es lo mismo. Son signos de que el mundo es semblante, un mundo sin sustancia.

Si buscamos la aparición inicial de todo esto solo veo el momento en que dice que no era capaz de controlar sus esfínteres. Finalmente la forclusión, la falta de S_1, el hecho de que el lenguaje no era capaz de morder el cuerpo, se ve en este punto y en el hecho de que este cuerpo estaba en las manos de la madre. Si en su mundo hay un S_1 es del lado de las mujeres y es por eso que supone un poder inmenso a las mujeres. Creo que si el análisis es necesario para él también lo es la esposa, pero una esposa apaciguada, no una esposa como la madre sino una esposa que sostenga el mundo sin poder.

GUY BRIOLE: Gracias. Su comentario me resulta esclarecedor.

6. ¿QUÉ HAY DEBAJO DE UNA ANOREXIA?

JACQUES-ALAIN MILLER (*Después de la pausa-café*): Se termina el tiempo de las conversaciones normales...

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: ... vacías. La diferencia es que este hombre sabía que eran vacías.

JACQUES-ALAIN MILLER: Vamos a empezar con la conversación anormal. Por favor, que avisen. «Siempre seré una histérica pero una histérica maravillosa», dice la paciente, ese es el título de la ponencia que vamos a comentar, el caso presentado por Manuel Fernández Blanco. Por favor, desplacen su cuerpo con un poco de rapidez. Me dirijo al sujeto para que anime su cuerpo con más rapidez. La urgencia produce más goce que la lentitud. (*Risas*.) Jorge Alemán empezará el comentario.

JORGE ALEMÁN: Como lo ha dicho recién Jacques-Alain Miller, el título es «Siempre seré una histérica pero una histérica maravillosa», de Manuel Fernández Blanco.

Esta vez voy a recoger solo una voz de la paciente que me parece que anuda perfectamente la trama que luego despliega Manuel para presentarnos este caso. Escojo una voz en el mismo momento en que se produce tanto un corte de la sesión como lo que Manuel Fernández Blanco llama un corte en su vida. Siempre me interesa el modo en que se hace hablar a los pacientes cuando se presentan casos clínicos. Entonces la voz dice así: «Cuando nací, casi mato a mi madre, tuvo una hemorragia, quería retenerme, ahora también sangra porque no quiere que me vaya. Si entonces no se murió, ahora tampoco se va a morir. Creía estar presa de la anorexia, pero estoy presa de mi madre. A veces deseo matarla, a veces ser solo de ella». En este caso es una sola voz. Lo que se nos presenta a través del caso de Fernández Blanco es el devenir de una anorexia en una histeria. Es algo que comienza con todas las condiciones de la anorexia y en el curso de la misma experiencia esa anorexia deviene, de manera inmanente, una histeria. La anorexia que se presenta, lo resumo muy rápidamente, es muy grave, muy seria. Ha tenido trece años esa enfermedad, ha tenido muchísimos ingresos, ha llegado a pesar veintiocho kilos y es una persona que cuando aparece en la experiencia de la cura con Fernández Blanco ya ha sido tratada por muchísimos especialistas. Por lo tanto, es una condición misma de la cura que él

se sustraiga de todas las referencias de los especialistas, a todas las descripciones minuciosas de la enfermedad, para entonces inaugurar el espacio propio y específico de la cura analítica. La primera maniobra es negarse a escuchar lo que podían ser los datos médicos de la cuestión y preguntar directamente cuándo empezaron las cosas, momento que esta paciente tiene perfectamente fechado.

Los auspicios del nacimiento de esta joven no han sido nada buenos. Ha tenido como precedente una niña muerta que se llamaba igual que ella, luego varios abortos. Empezó a dejar de comer cuando la tía más joven, de veintiséis años, se mata en un accidente. Esa tía hacía excepción al universo familiar mortificado por el catolicismo. Era un universo muy trabajado por el fundamentalismo católico, un universo en el que se prefiere la muerte antes que la posibilidad del deseo sexual. Y por lo tanto hay toda una declinación espectral del ángel: ángeles muertos, ángeles de la muerte. Esta paciente está intervenida todo el tiempo por esa metáfora del ángel que es una metáfora mortífera.

Debemos aclarar clínicamente que las comparaciones entre la bulimia y la promiscuidad que el propio Manuel hace no la vivifican tampoco. La coincidencia entre el exceso bulímico y el exceso de lo que Manuel llama promiscuidad sexual no le dan al ángel ninguna vida. O sea que el ángel que es esta muchacha ha nacido sin permiso, no hay nada que la haya, parece, acuñado en la existencia de tal modo que ella pueda habitar su cuerpo. Por eso es muy espectacular su metamorfosis en histeria a lo largo de la cura. Porque realmente ha estado muchas veces en riesgo. Señalo simplemente una serie de transformaciones que se producen bajo transferencia. En primer lugar hay un sueño con un bebé, que es como un ángel porque tiene difuminada la mitad del cuerpo. Así como están las voces del paciente, está también la teoría que en cada caso el analista ha pensado para articularlo. La teoría que ha escogido Manuel Fernández Blanco es la teoría de la alienación y la separación tal como se nos presenta en el *Seminario 11*. El significante *ángel* es un significante que está entre el sujeto y el campo del Otro. Aunque Manuel no lo recuerde directamente así nos evoca el factor letal, el factor que tiene precisamente el factor mortificante de este significante. La sujeto está hipostasiada con este significante amo en su anorexia y este significante conduce y orienta su destino. No puede hacer otra cosa que ser aquel ángel muerto que ella misma les robó a los padres cuando la niña nació. Y ese mismo

ángel muerto está todo el tiempo presente en la oscilación entre su anorexia, su bulimia y su promiscuidad.

La transformación surge bajo transferencia. Y ahí es muy interesante ver, frente a este significante amo mortífero, cómo se produce, siguiendo los esquemas del *Seminario 11* de alienación y separación, el retorno a la separación. En efecto, Manuel describe un momento que sucede después de una sesión donde hay una suerte de episodio disociativo y esta paciente se encuentra con que ha comprado o tiene en su bolso una ranita de chocolate que se inscribe en una serie absolutamente distinta de los alimentos que están en juego en los procesos de anorexia y bulimia. Precisamente esta ranita de chocolate es lo que le compraba aquella tía que murió a los veintiséis años en un accidente de tráfico antes de deshonrar con su vida sexual el honor de esta familia católica. Así que hay algo muy vivificador en el encuentro. A pesar del episodio confusional, lo interesante es que ese alimento es como el resto de algo vivo.

Hay otra contingencia. Antes de entrar a una sesión, esta paciente ve un cuadro de un ángel con pechos, un cuadro que había visto ya habitualmente pero, como suele ocurrir, nunca nos pasa nada hasta que el cuadro no nos mira. Se ve que ese día el cuadro efectivamente la miró a ella y este cuadro tenía pechos. Ella hace una referencia así: si el artista puede dar lugar a eso, ella también puede permitírselo. Y esto es algo que cumple, al igual que la ranita de chocolate, un papel vivificante.

Esto se produce en este contexto donde hay un significante amo ante el que la sujeto está petrificada y que tiene siempre este alcance mortífero. Entonces lo que se nos presentaba como una anorexia gravísima —era la más anoréxica de todas las anoréxicas—, lentamente se nos va transformando en la más maravillosa de todas las histéricas. Empieza a ver un permiso para la vida que surge en el devenir mismo de la relación analítica. Este permiso para la vida se resuelve, si queremos apelar a la referencia clásica de Freud, en amar y trabajar, en una mejora de la actividad profesional de esta muchacha y también en su manera de conjugar su relación con el *partenaire*. Siempre elige figuras que van a ser rechazadas por su familia pero al final va haciendo lo que Fernández Blanco llama un buen uso de su histeria, un buen uso incluso de su repetición.

Toda la operación sucede a través de cortes, sueños, encuentros contingentes que describen la manera en que la paciente va encontrando un recurso de separación de

este significante amo que la había petrificado y que procede de toda una constelación de mujeres de la familia. Lo dejo aquí para que no me digan que resumí el caso.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Muchas gracias, Jorge, por tu comentario. Añadiré algún matiz para conversar porque creo que has situado muy bien la lógica de la cura. Respecto a esta cuestión del significante *ángel*, hay que decir que es un significante que en realidad se produce en el análisis mismo. Es algo que se aísla en la cura analítica como un efecto de producción ligado a la asociación libre. Y la ranita de chocolate es efectivamente algo que se vincula a esta tía, esta tía que se sale de la serie de personajes familiares, siempre bajo la lógica del rechazo a la sexualidad. Pero además se liga con esa escena infantil donde ella come los reyes de chocolate, los reyes magos de chocolate que habían dispuesto la abuela y la madre dentro del escenario infantil de los Reyes Magos. Pero detrás de los reyes de chocolate, ella dice que en realidad lo que estaba era el momento en que ella había visto extasiada una escena de un hombre y de una mujer desnudos. Es decir que hay una conexión del goce fálico, de la inscripción del encuentro particular con la sexualidad de esta mujer, con el chocolate. Es decir que hay una cierta metonimia, que es lo que me parece que en este caso permite una operatoria que en otros casos de anorexia es muy complicada.

Tengo que decir que a pesar de la gravedad del caso, desde el primer encuentro yo intuí la histeria detrás del modo en que se presentaba esta mujer. Incluso detrás del modo en que hablaba de su propia anorexia.

JACQUES-ALAIN MILLER: Sí, no quiero esperar al último momento para hablar. (*Risas*.) Es una suerte haber podido liberar la histeria debajo de la anorexia. A veces debajo hay una psicosis, en este caso felizmente es una histeria.

A mí lo que me llama la atención es más la cura que el caso. A veces es el caso como tal el que llama la atención, cuando estamos por ejemplo frente a un caso sin historia, como decía el paciente anterior, y nos encontramos frente a su estructura. Lo mismo sucedía con Nuria. Esta vez, lo que me llama la atención y me parece que ha sido escrito así es la cura misma, como dice Manuel Fernández, la lógica, la dinámica de la cura. Y hay una dinámica muy clara. Primero Manuel Fernández señala su intervención inicial, cuando comienza todo. Por lo que leí en el texto no hay más intervenciones, solo esa. Para el resto quizás haya intervenido, quizás haya dicho otras cosas, pero él mismo no las señala. Ha iniciado un proceso desde el principio con tres

palabras: «cuándo comenzó todo», y no hay más. Después desaparece casi por completo, está presente pero lo que vemos es la lógica de la cura, del caso que se transforma, vemos las metamorfosis, las escansiones, a través de lo que la paciente dice o sueña. El mérito del analista es no haberlo impedido. Después de haber hecho como Dios al crear el mundo, da la orden y después se va a dormir (*risas*), deja que las cosas sigan según su lógica. Por supuesto, a la vez Manuel dice que nadie le había dicho nada así, señala la importancia de lo que ha hecho, pero no enumera sus intervenciones. Y después ¿qué pasa? Después hay dos meses de entrevistas diarias, algo que no es tan habitual. Es la gran escansión, decide atenderla cada día durante dos meses. ¿Qué aparece durante este periodo? Aparece la función de los tres personajes femeninos: la tía, idealizada y extremadamente delgada; la profesora, las dos son ángeles; y la hermana muerta que era también como un ángel. También aparecen en este periodo de dos meses tres episodios. El primer episodio cuando el tiempo se para y, parece que con ausencia de conciencia, va a comprar la ranita de chocolate. Hace pensar en el *acting-out* del «Hombre de los sesos frescos». En el segundo episodio reconoce y dice al analista que, de manera paralela a la anorexia-bulimia, había sobre el plano sexual abstinencia y promiscuidad. Le revela algo que no había dicho antes y la conexión entre bulimia y promiscuidad queda verificada por la expresión que utiliza: «orgías bulímicas». A la vez el goce queda más bien del lado de la anorexia, de la abstinencia. El goce es el sentimiento de hambre y de tener poco peso. Dice que es casi orgásmico el placer de tener poco peso. Y la pesadilla, el bebé que vomita, también es un enigma. El bebé es la hermana muerta. El bebé es ella. El bebé es un ángel asexuado. El bebé es un significante para muchísimas cosas, es también el falo que vomita. Así como antes teníamos la disyunción entre comer demasiado o no comer, ahora tenemos el vomitar. En la dimensión del alimento tenemos una bulimia, el chocolate, y el pecho que tiene a la vez una significación sexual. Y con esto concluyen los dos meses. Después del momento inicial se ha logrado todo esto. Después inicia una relación con un hombre y comienza a comer fuera de casa. Y en el tercer episodio, después de haber dicho todo esto, come normalmente, no vomita, comienza a vivir con su pareja.

Tenemos una constelación de hechos admirables: el ángel, el orgasmo anoréxico, la relación de la tía con esto. Ahora bien, no puedo comprender ni saber exactamente cómo funciona todo esto, puedo inventármelo si quieren, puedo imaginar cómo todo

esto se engancha: el ángel, su jefe ve que va a vomitar... podemos hacer con todo esto un cuadro al estilo Dalí, hay toda una mecánica. Pero aquí lo único que importa para mí es el momento inicial, el comienzo que revelará una constelación al fijar los encuentros cada día y ver después qué pasa. Y sustraerse, no ponerse a interpretar si el ángel es lo mismo que alguna otra cosa, lo que confundiría todo el caso y no veríamos nada. Al contrario, al sustraerse vemos que avanza. Y aceptamos no entender, lo importante es seguir dos meses así y vemos que caen los resultados: empieza a comer fuera de casa, después mata a la madre y después puede comer en la propia casa... y en ese momento decide interrumpir el análisis. Después hay un nuevo periodo, el último. Cada vez que cambia de relación viene a informar al analista, que está en una posición un poco paterna: «Ya no quiero a Carlos, ahora quiero a Luis». Él lo avala y ella viene cuando tiene que anunciarle un cambio. Y después de tres años no viene más. «Maravillosa» parece un poco humilde. Es verdad que era la mejor anoréxica, ahora es la histérica maravillosa. Debemos suponer que hay cierta dedicación que la sostiene en la vida a través de todos estos trastornos. De alguna manera no es una depresiva. Como dicen las TCC, tiene una «estima de sí misma» ejemplar, aunque sea la mejor anoréxica, también la mejor histérica... y no sé qué hace en la vida aparte de eso. (*Risas*.)

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Actualmente trabaja muy bien en la profesión que eligió, con competencia...

JACQUES-ALAIN MILLER: Pero no es una profesional maravillosa...

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Lo maravilloso en este plano es que ella, a pesar de ese tipo de vida con ingresos continuos, era capaz de obtener unos resultados académicos impresionantes, en todos los estudios que realizaba y sin apenas acudir a las clases. Efectivamente, en los términos de las TCC sería una mujer de una alta autoestima.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Por qué con estos éxitos académicos se ha conformado con una actividad profesional en la que podría ser buena sin estos éxitos académicos?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Ella está conforme. Anteriormente había hecho la carrera de maestra, de magisterio, y está contenta ahora con este nuevo desempeño que siempre es un desempeño bien vinculado a la histeria, de atender al necesitado, pero dentro de la lógica de un síntoma que no hace problema.

JACQUES-ALAIN MILLER: Pero durante sus crisis de anorexia no podía trabajar.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: No, ella cuando aceptó venir no trabajaba, no había

trabajado nunca. Había estudiado, había logrado terminar los estudios de magisterio, de profesora, estudios de graduado universitario. Ella veía la profesión en la que trabaja actualmente como algo más próximo a sus intereses. Pero comenzó a estudiar esta nueva carrera cuando comenzó el análisis conmigo.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Al mismo tiempo?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Sí.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Después de dos meses?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Exactamente.

JACQUES-ALAIN MILLER: Fue también el resultado de los dos primeros meses. Deja la idea de profesora para elegir...

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Primero trabaja un tiempo como profesora...

JACQUES-ALAIN MILLER: ... y ahora en un trabajo asistencial.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: A su pareja actual lo conoció en el ámbito de su nuevo trabajo. Por eso señalaba que las elecciones iban siendo sucesivamente menos sostenidas en el desafío al padre. Porque inicialmente eran parejas de hombres problemáticos, un poco...

JACQUES-ALAIN MILLER: De manera que los padres están contentos.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Excepto porque no están casados.

JACQUES-ALAIN MILLER: Sí, sí, pero, se van a casar... (*Risas*.)

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: No lo sé. Es probable que sí, pero...

JACQUES-ALAIN MILLER: ... como Natalie Portman.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Una cuestión con respecto a lo que usted mencionaba sobre el goce. Ella está efectivamente del lado de la abstinencia. Ella misma sitúa su experiencia de goce máximo en recorrer con sus manos, con sus dedos, su cuerpo desnudo, su cuerpo anoréxico desnudo, que era pura piel y huesos. Y eso lo definía como una experiencia de voluptuosidad máxima. Es una particularidad de este caso. Estaba el goce fálico normal bajo la modalidad de la promiscuidad, del exceso, pero que devenía en culpa. Y por lo tanto iba acompañado del rechazo de esos *partenaires*.

7. «VEREMOS SI LO PODEMOS EVITAR»

JACQUES-ALAIN MILLER: Parece que era presa de la madre, que se había dedicado en su vida a reparar la falta de la madre experimentada por la muerte de la hermana anterior. Parece que ella se dedicó a colmar esta falta, y también a colmar la falta fálica de la madre.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Sí, había una cierta falicización de la muerte misma porque el objeto precioso es el objeto muerto. Y hay algo que no está recogido en el caso, lo acabo de evocar ahora, en los primeros tiempos, en el primer año de tratamiento. Fue un año duro porque esta mujer me ponía a prueba continuamente, quería que yo interviniera de un modo determinado para destituirme claramente. Entonces, frente a mi abstinencia ella hacía siempre una supuesta amenaza, por el hecho de que su tía había muerto con veintiséis años.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Quién?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: La tía. Ella viene con veinticinco años y consideraba que a los veintiséis años ella se mataría, que esta identificación a la hermana muerta se trasladaba también a la tía, y ese era el punto máximo en la transferencia, de puesta a prueba del analista.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Cómo le respondía usted?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Mi respuesta ante eso era: «Veremos si lo podemos evitar...». (*Risas*.)

JACQUES-ALAIN MILLER: Muy bien, me parece genial.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Esta cuestión de la muerte, de la falicización de la muerte, yo creo que ella la trasladaba a la experiencia del goce máximo. Hay una dialéctica entre ese goce máximo de la muerte y el goce fálico.

JACQUES-ALAIN MILLER: Y parece que hubo lo que se llama una sobredeterminación entre la muerte de la hermana y la muerte de la tía. La chispa que fijó el síntoma, como dice Lacan, fue el encuentro entre estos dos acontecimientos. Pero esa respuesta, «veremos si lo podemos evitar», es realmente muy útil si uno se encuentra frente a la amenaza de «voy a matarme, voy a matar a la familia, voy a incendiar la ciudad...». «Veremos si lo podemos evitar...». (*Risas*.) Es algo muy útil que hay que memorizar.

Hay otros momentos en los que hay que tomar el teléfono para llamar a la policía o al psiquiatra.

XAVIER ESQUÉ: Con los datos que has agregado me llama mucho la atención el lugar que tiene el hospital para esta mujer. Desde los doce a los veinticinco años ha tenido treinta ingresos, es decir más de dos ingresos por año...

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: ... en diferentes hospitales.

XAVIER ESQUÉ: Se ha pasado mucho tiempo en el hospital. Hay una presencia importante del hospital. Supongo que tiene que ver con esto que decías de la muerte y del goce de la muerte. Pero también te quería preguntar si hay algún antecedente en la familia, familiares que tengan una profesión médica o de enfermería.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Sí, hay algún familiar que es médico, pero en su ambiente más próximo no. No hay en el ambiente próximo nadie vinculado a la medicina o a la sanidad. Creo que probablemente su elección profesional tiene más que ver con el mejor modo que ha encontrado de enfocar su histeria. Allí donde encuentra el punto máximo de castración, incluido el riesgo de muerte, ella puede prestar una ayuda. Me parece que es una salida sublimatoria que está muy bien.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿De dónde ha sacado la idea de histeria?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Para empezar, del modo en que se presentó a la transferencia, con este intento de destitución de cualquier otro que se pusiera en un lugar de saber.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Pero cómo utiliza ella la palabra?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: ¡Ah!, ¿por qué usa ese significante?

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Usted le ha dicho: «eres una histérica»? Puede ser...

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: No, no. Puede ser hasta de la sala de espera... En cualquier caso, no es una persona que esté vinculada de modo muy directo al mundo analítico, pero sí participa de algún modo de la palabra...

JACQUES-ALAIN MILLER: Es el diagnóstico de la sala de espera. (*Risas*.)

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Ella entiende bien, yo creo que lo utiliza con una precisión encomiable, vincula su histeria a la necesidad de seducir y de destacar.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿De destacarse?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Sí, ella misma. Por eso señalaba al principio que incluso en la presentación se presenta como la mejor anoréxica, y eso lo vincula también a la relación con la hermana muerta. Porque en un momento determinado ella misma dice

que siempre tiene que ser la mejor, precisamente porque viene al lugar de esa hermana muerta.

JACQUES-ALAIN MILLER: Y tenía el pecado...

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: ... de vivir...

JACQUES-ALAIN MILLER: ... de venir al lugar de un ángel, en cierto modo.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Es como si se obligara a un trabajo suplementario de contar para el Otro de tal modo que fuera excepcional, precisamente porque su propio lugar en el origen no está asegurado, como sustituta de esa hermana muerta. Se coloca en esta posición que es una posición que realmente le permite en el lazo social funcionar muy bien. Porque es destacada en casi todo lo que hace. Por otra parte, es una gran seductora con los hombres. Cuando abandona la posición anoréxica restrictiva, donde el goce se vuelve sobre ella misma, y se dirige al Otro, tiene una capacidad de seducción notable.

JACQUES-ALAIN MILLER: Se nota que usted lo nota. (*Risas*.) ¿Cómo lo nota?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Yo creo que en la transferencia.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Por sus relatos?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Sí, sí, por sus relatos. Donde pone el ojo... (*Risas*.)

Esto también avala un poco esta dimensión histérica. Yo en un primer momento, si bien intuía la histeria debajo de la anorexia, tenía también una cierta prudencia. Por eso tampoco había un intervencionismo excesivo en el primer momento, porque era una anorexia que inicialmente aparecía vinculada a una pérdida. Y en mi experiencia, cuando el desencadenamiento anoréxico se liga a una pérdida, en muchos casos está la psicosis detrás. En cambio este es un caso que, por decirlo así, contradice de algún modo la teoría analítica en ese punto, porque sí parece desencadenado por una pérdida pero no hay una psicosis detrás.

ISABELLE DURAND: Son dos puntos. Llaman la atención efectivamente los efectos terapéuticos del caso vista la gravedad con la que se presenta. Si se separa de la madre muere la madre; si no se separa, muere ella. Es decir que hay algo de una separación imposible. Esto me cuestionaba sobre el hecho de que después, cada vez que hay una separación en juego con sus parejas te viene a consultar. Este es el primer punto. Y el segundo punto era respecto a esta sesión que da lugar al *acting* y que tú situabas como un episodio disociativo. Quería saber si recordabas, o si habías ubicado, qué es lo que ocurrió en esta sesión para dar lugar a esta necesidad.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: No, no lo recuerdo exactamente. Respecto a la separación ligada a la muerte, sí, como señaló Jorge, efectivamente es una cuestión central en muchos casos de anorexia. La dificultad de una separación que pase por la alienación. El empuje es a producir la separación en lo real, en lo real de faltarle al Otro, en la muerte. En este caso, la imposible separación de la madre viene avalada en la realidad porque la madre cada vez que hace un atisbo de separación tiene una crisis grave de colitis ulcerosa. Entonces esto genera una culpabilidad enorme. Es la idea de que la separación provoca su muerte. Incluso se atribuye un posible deseo de muerte hacia la madre por medio de estos actos de separación, como es el de tener una pareja. Me parece que esto es lo que se rompe en esa sesión donde ella es capaz de situar que la separación no tiene por qué conllevar la muerte. Aun así, hay que decir que una vez que se produjo la separación efectiva, tuvieron que intervenir a la madre, tuvieron que hacerle una operación de intestino y extirparle una parte del intestino. Es decir, que esto se jugaba de un modo muy fuerte. Es diferente esta lógica de separación con la madre al momento cuando ella viene a decirme que ha cambiado de pareja. Me parece que en este caso es una mostración. Hay algo como decirme: «Estoy haciendo las cosas de buena manera, cada vez estoy mejor situada en la vida».

JACQUES-ALAIN MILLER: Porque cada vez es un tipo más...

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: ... más destacado, en una posición mejor, de mayor valor. Me parece que sigue una lógica diferente, no es la lógica de la imposibilidad de separación en este caso sino de la mostración de su propio valor fálico, por medio del valor de su pareja. Se trata de mostrar su mayor valor fálico, de ser la mejor por medio de estos cambios de pareja, de presentar cada vez parejas de mayor valor social, de mayor prestigio.

JACQUES-ALAIN MILLER: Se habla a veces de la esposa-trofeo pero en este caso son los amantes-trofeo los que viene a mostrar. Siempre seré una histérica pero una seductora maravillosa.

CECILIA HOFFMAN: Yo quería preguntarte por algo que me llamó la atención ya en la lectura y es esta diferencia entre los dos tiempos, estos dos meses que señalabas y el tiempo posterior cuando ella decide interrumpir, respecto a una intervención tuya que es llamarla o no llamarla. Durante esos dos meses, ¿cómo manejabas esto? ¿Fue muchas veces que la llamaste? ¿En qué contextos?

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Fue en los primeros tiempos, también un poco más allá de

los dos meses en los que, si ella se ausentaba y no llamaba en un tiempo razonable, yo la llamaba para decirle que viniera, que había que proseguir el trabajo. Esto lo hice en cuatro o cinco ocasiones, más o menos. Y a partir del momento en que ella dice: «Mi madre puede perderme», en ese momento yo dejé de llamarla. Es el momento que está recogido en el caso. Porque me parece que desde el punto de vista de la transferencia era el momento de, bueno, tal vez a mí también puede perderme. Entonces ella se quejaba de eso: «Ya no importo nada». Yo le decía: «Por Dios, no, cuenta con mi máximo afecto», pero no la llamaba.

SHULA ELDAR: Te quería preguntar sobre la reacción terapéutica negativa que señalas en un momento cuando ya no encuentra satisfacción en el síntoma y aparece la ideación suicida por un lado y la reacción terapéutica negativa por otro.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: En un momento determinado ella comprueba que en este «goce voluptuoso de los huesos», como ella lo llamaba, ya no obtiene la misma satisfacción. Es el momento en que se produce la reacción terapéutica negativa, que se concreta fundamentalmente en una posición mucho más mútica en las sesiones, en una negativa al trabajo de asociación libre que prácticamente en esos momentos se detiene. Y este fue un momento complicado, acompañado de ideación suicida. Es un goce que va más allá del falo, es un goce de una voluptuosidad que ella no puede definir tampoco muy bien. Si es el goce de los huesos, no es el goce discreto. Hay algo aquí que ella se resiste a perder, es cuando ella menciona que el goce del bajo peso es un goce superior a cualquier otro goce. Y este fue un momento muy delicado. Surge a partir del momento en que enuncia su dificultad de separación de la madre, desde el momento que presidió su nacimiento, de la interpretación que ella hace de eso. La madre tuvo una hemorragia en el momento del parto y casi se muere. La interpretación que ella hace de eso es: «quería retenerme». Y en el momento en que puede producir esto cesa este periodo caracterizado por la ideación suicida porque lo que está en juego es: «o muero yo o muere el otro». Y el análisis la estaba enfocando hacia una separación posible. Y yo creo que ahí aparece el momento de máxima resistencia.

MIQUEL BASSOLS: Precisamente sobre este punto quería señalar algo. En algún momento se ha evocado el caso de Salvador Dalí, que también recibió el nombre de un hermano muerto y que también tuvo episodios anoréxicos. El problema que tú has sugerido ahora gira en torno al estatuto de lo perdido y de la separación de ese objeto perdido,

que es distinto en este caso. La diferencia aparece precisamente en el modo en el que ella interpreta el momento de su nacimiento. Hay ahí un punto clave gramatical. Ella dice: «Cuando nací casi mato a mi madre». No dice: «casi se muere mi madre», cosa que hubiera sido muy distinta. Decir «casi mato a mi madre» es tomar una posición activa con respecto a ese momento. Si hubiera dicho «casi se muere mi madre», el lugar de la hemorragia hubiera quedado tal vez del lado de ella y no del lado de la madre. Cuando ella dice que después la madre tuvo una hemorragia, ella quedaría más bien situada como el tapón de esa hemorragia. Entonces, separarse de la madre es producir la muerte de la madre, la muerte del Otro. Me parece que en esta gramática hay algo importante. Me llamó mucho la atención cuando leí esa frase porque se puede interpretar de muchas maneras. «Casi mato a mi madre» significa en esta dialéctica: o mato al otro o muero yo. Ella es el objeto perdido del otro, en realidad el objeto imposible de perder para el otro. Esto da otra posición al sujeto. Ocurre algo parecido con respecto a la hermana, al hecho de estar en lugar de ella. Si lo leyéramos de un modo melancólico, ella sería ese objeto imposible de perder. Pero «estar en lugar de ella» es un tipo de identificación distinta a la que daría una melancolía que produciría en ella misma la hemorragia.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: Completamente de acuerdo. Sí, me parece que ella sitúa allí una actividad que luego se presenta en la lógica posterior. Si ella se va, la madre muere. Esta idea que tú avanzas del tapón para su hemorragia me parece, no lo había pensado, me parece especialmente acertada.

CLAUDIO STEINMEYER: Al leer el caso también me pareció que no se trataba de una posición anoréxica, en el sentido que le da Lacan cuando dice: «La anoréxica no es que no coma sino que come nada». Y en este caso sí tenemos ahí un chocolatín, toda una historia, un valor de significante. Entonces también va para el lado de la histeria. Es decir, este sujeto no juega con su rechazo como si fuera un deseo, que es lo que dice Lacan de la anoréxica. Pero, y ahí viene mi pregunta, ¿cómo pescar entonces la posición en cuanto al deseo insatisfecho? O sea, ¿dónde está aquí la *bella carnicera*, en el sentido de que se priva de un deseo de comer algo para sostener el deseo del marido, como ocurre en el caso de la *bella carnicera* de Freud. La pregunta es si ha podido situar algo del orden del deseo como insatisfecho.

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO: El deseo como insatisfecho en esta mujer adquiere la versión de ser la mejor. Nunca es la suficientemente mejor porque nunca compensaría

lo suficiente ese lugar que es el lugar de la hermana. Me parece que esta es la versión del deseo en esta mujer. Pero respecto a la cuestión de la anorexia, mi opinión es que la posición anoréxica es una posición transclínica y solo a partir de la puesta a prueba de lo que esa anorexia esconde, uno puede saber si detrás de esa anorexia hay una psicosis o si hay una histeria. Por lo tanto, mientras el sujeto está en posición anoréxica la pregunta por el deseo no es muy formulable porque de algún modo la característica de la anorexia, como de otros síntomas, es la de colocar el falo entre paréntesis. Por eso a veces la cuestión de la psicosis está muy próxima en este tipo de casos. Pero que el falo esté entre paréntesis no quiere decir que esté ausente. Y este caso lo revela muy bien. Pero solo a partir de que un sujeto puede salir de la posición anoréxica es planteable la pregunta por su deseo. Por eso el manejo inicial en la transferencia es: «no me cuente todas esas cosas anoréxicas». En este caso, porque la histeria estaba ahí, a la espera, esto permitió la apertura a la asociación libre, a la constitución del analista en un lugar de saber y al trabajo de esta mujer. Y efectivamente, cuando se pone a trabajar, vemos que aparece la neurosis infantil, aparece lo que determina la posición de este sujeto en su historia. Y ahí ya es planteable la cuestión del deseo. Pero me parece que esto es algo que se permite a partir de salir de esa posición de fijación como anoréxica, como la mejor de las anoréxicas. Tal vez este punto de la mejor de las anoréxicas ya nos hablaba de la histeria de esta mujer. Era el punto donde se podía percibir la histeria detrás de la anorexia.

8. LA CONSTRUCCIÓN DE UN EGO

MARTA SERRA: Julio González nos presenta el trayecto analítico realizado durante ocho años con un joven psicótico, quien propone, como demanda inicial, «descifrar» la experiencia del desencadenamiento acontecido algunos meses antes y que, sin embargo, se embarca en una tarea mucho más ardua y más compleja para la que decide hacerse acompañar por un analista. Digo «hacerse acompañar» porque me parece que requiere la presencia del analista para hacer un recorrido y que, por tanto, Julio está convocado a tener un lugar que ocupar y un acto que sostener. Es este eje, el de la dirección de la cura y el acto analítico, sobre el que quisiera centrar mi cuestión.

Me parece excepcional el modo como este paciente se aplica a situar la coyuntura en la que aparecieron los fenómenos del desencadenamiento, a partir del fracaso en su intento de «anular los malos entendidos» pero, sobre todo, como reconstruye de manera decidida el momento en que «la insondable decisión del ser» lo situó del lado de la psicosis, con la irrupción de la certeza de la burla del Otro, a nivel de la imagen, con el padre, y redoblada a nivel de la palabra con la madre. Dos momentos que quizás podrás retomar y ordenarlos.

Y, sin embargo, pese a los claros fenómenos psicóticos que poblaron su infancia, nunca renunció a intentar mantenerse en relación con el mundo, buscando distintas maneras de sostener su imagen y su palabra. Lo paradójico de su demanda dirigida a un analista —y esa es la riqueza de la clínica— es que más que recorrer su historia para desentrañar la ficción que ha sostenido su vida, lo que él intenta es construir una ficción a medida de su ser, una ficción que le permita alojar su goce en una relación con los otros y, en el límite, con el Otro, con el otro sexo, a lo que tampoco renuncia pese a tener condiciones muy estrictas, casi insuperables. Así, sabe que no es como los demás, él no puede abordar a una mujer de carne y hueso. Solo puede hacerlo en la fantasía porque carece del marco que el fantasma permitiría, constituyendo la realidad. Lo real desborda por todas partes. Durante el trabajo contigo, antes de lograr atrapar ese real en un anudamiento, una nueva coyuntura en la que se siente convocado a responder como hombre frente a una mujer le lleva a formular una palabra en catalán

—*pessigolles*—, la lengua de la relación de sus padres, respuesta de «incredulidad» del resto de los presentes y la deriva del sentido que sigue acaba en ingreso psiquiátrico.

Un brote durante el tratamiento no es cosa simple, ni para el paciente ni para el analista. ¿Podemos quizás permitirnos hablar de la angustia del analista y de sus efectos sobre el acto analítico? Ya que es en ese punto del relato que vemos aparecer la primera intervención del analista, una orientación al paciente: «la importancia de contar con una lengua sólida, la de sus estudios de humanidades» que remite para nosotros, lectores del texto, a la lengua del padre.

¿Por qué, Julio, esa intervención que orienta a renunciar a su proyecto de «unir» lo que la forclusión dejó separado? ¿La lengua del padre, a solas, sería la solución? ¿Es lo que él llama el «doble sentido» de la lengua materna el origen de sus dificultades?

Después de esta intervención sobreviene «un largo periodo de sesiones rutinarias». ¿Hemos de tomar ese periodo como una ganancia o como un *impasse*?¿Podríamos quizás pensar que es su manera, la del paciente, de intentar sostener la palabra dada por el analista? Cuando, más tarde, el paciente redobla su cuestión preguntándose cómo unir cabeza, corazón y pene —lo que podríamos traducir por: cómo anudar simbólico, imaginario y real— me parece que corriges tu posición anterior al decirle que eso cada uno debe hacerlo de manera singular e intransferible, que solo él, el paciente, puede construir esa respuesta. ¿No es, en cierto modo, lo que él viene intentando hacer —con más o menos éxito— desde los doce años con el teatro?

Para construir el nudo borromeo —ya que la cosa en este caso va de muros— podríamos decir que no hay arquitecto que valga. Cada uno es paleta del suyo: lo hace con su cuerpo y con su palabra sin olvidar su goce. Así, el paciente, retomando de otra manera su apuesta por el teatro, con el personaje que inventa, el clown, no debe renunciar a su interés de relacionarse con el mundo y en lugar de ser jugado por la imagen o por las palabras puede hacerse malabarista de ambas cosas: el espejo le reasegura de la fragmentación corporal, la ironía de ser él quien organiza la risa del público.

Quizás podrías explicar un poco más sobre esa pelota con la que sostiene su trabajo de clown de la que dice: «... es un espejo, te puedes ver, un espejo que está cosido, que nunca se va a romper». Me parece un modo singular de hablar de un punto de capitón que no existe. Sin embargo, es a partir de esa construcción que el paciente

puede pensar en «agujerear un cierto muro» y vivir algunas emociones. ¿Podemos pensar que este espejo es un efecto benéfico de la cura? Si es así, queda como una solución frágil: sabemos que de lo real no hay cura y me pregunto si no es tras ese velo del relato —muy enigmático para mí— que ese real sigue jugando a la ruleta rusa.

JULIO GONZÁLEZ**:** Te agradezco la lectura que haces del caso. En principio, para tomar lo que señalas de la primera orientación hacia la lengua, me remito a lo que han sido sus estudios y lo que él había ya situado como su primer desencadenamiento, que es el momento en que él intentaba unir bajo un trabajo lo que son sus intereses en el saber y en el arte escénico. No puede hacer este trabajo y a partir de ahí hay para él esta precipitación en la locura. Se trataba en esto de borrar un imposible. Finalmente acabará por poder ubicar de nuevo un imposible. Es también la manera que él tuvo de sostenerse en la infancia, situando siempre algo por venir, en su manera de situarse frente a la imagen del espejo y decir: «Tú de mayor vas a ser...». Para él existe siempre la diferencia entre lo que es y esta imagen especular, este proyecto por venir que ve en el espejo. Justamente, en el brote todo esto se colapsa, se colapsa el tiempo y se colapsa el espacio porque desaparece también este marco imaginario del espejo que él había construido. Cuando aparece el segundo momento, el segundo brote ya en la cura, aparece esta cuestión a la que él ha de responder, la incitación sexual que encuentra en el ambiente, en concreto por el lado de una mujer.

El uso que hace de la lengua familiar es una cuestión que a mí me orientó. Él mismo dice que está la lengua del padre, que es la lengua del orden, de lo que hay que hacer, de un cierto código. Por otro lado, la lengua de la madre le remite siempre a algo que él ha de interpretar, que él ha de descifrar. Pero no puede llegar a hacerlo y en ese no poder interpretar la lengua de la madre se encuentra con la significación personal de la burla, la risa. De hecho, una escena de la infancia nos remite a esta cuestión. Mi orientación en ese momento es poder encontrar una lengua sólida justamente para poder tratar la risa y la burla, el deslizamiento en el sentido que él encuentra en la lengua de la madre. En este segundo brote, él lo pone de manifiesto. La intervención es justamente en este sentido, no hacer desaparecer los malentendidos como era su propósito sino poder utilizar la lengua como un aparejo, algo que le permita tratar esa significación personal. La idea que yo tenía era mantener siempre una distancia para situar algo del orden de lo imposible.

La cuestión de la pelota es algo que a él le sorprende también. Él viene a una de las

sesiones cuando estaba ya construyendo su personaje de *clown* y utiliza los malabares. Hay la palabra y los objetos malabares. Entonces cuenta cómo se ha encontrado con esta pelota. Él mismo se ha sorprendido después de comprarla porque ha visto que es una pelota reflectante, que refleja su imagen. Hay una costura en esta suerte de espejo cosido que no se va a soltar. Me parece que da cuenta de lo que es su solución, la construcción de un cierto ego para él. Esta pelota es el índice de esta solución que él encuentra.

JACQUES-ALAIN MILLER: No se explica muy bien este caso a pesar de todos los detalles tan bien anotados y que permiten recomponer con un lujo de detalles la historia de este joven y del sólido recorrido. Parece que este chico ha tenido un excelente padre. Se describe como la imagen paterna que connotaba poder, vigor y hasta honor. Es el padre ideal, el padre del todo conforme con los estándares freudolacanianos. A pesar de esto, podremos ver la dificultad aguda de un sujeto psicótico, o por lo menos que tiene varios brotes psicóticos, hasta encontrar un cierto equilibrio o vamos a decir, hasta encontrar su «pensadero», para retomar la palabra de Bion subrayada por Guy Briole y por su propio paciente. El pensadero de este chico es la imagen y el papel de *clown*, de payaso. Podemos decir, efectivamente, que hubo la enfermedad del padre que le tocó cuando él tenía ocho años. Este padre tan fuerte se encuentra en el hospital. Haría pensar, si ustedes recuerdan, al caso *Sandy*, que Lacan comentó, donde es la enfermedad de la madre, el hecho de ver a la madre apoyándose en unas muletas, la que precipita la dificultad. Pero en este caso esta solución no funciona porque, como nos dice muy bien nuestro colega, ya había algo roto antes. A los cuatro o cinco años, tal como se ha recordado, ya existía la sensación de una presencia extraña en la casa, una presencia que lo atemorizaba. Hay algo aquí que parece muy primario, antes del periodo del Edipo, antes de la enfermedad, en el terreno psíquico. Hablaba ayer de una cierta ruptura entre la historia y la psicosis. Podemos recomponer todas las causas, pero el hecho de la psicosis va más allá de esta determinación y me parece que en este caso lo vemos. No tenemos la película de toda la familia desde el inicio. Quizás en el futuro se hará así por razones higiénicas, todo será filmado en la casa familiar y conservado. Y así, si hay después un problema mental, se podrá ubicar en el momento, o quizás se hará directamente con imágenes del cerebro. Pero como todavía no hemos llegado a eso, la ruptura se impone.

CECILIA HOFFMAN**:** No tengo muy formulada la pregunta. Simplemente constatar que hay

dos ejes o dos vías por las que el sujeto busca la solución, tal vez relacionadas con cuestiones pulsionales. Por un lado, la pulsión invocante, este «querer decir», y las soluciones que intenta por las distintas vías del lenguaje, las distintas elecciones de lengua. Y por otro lado, la pulsión escópica. En el tratamiento que hace sobre el lenguaje habría algo que se parece mucho a la solución autística, habría un intento de llegar a esa solución, con la diferencia de que el autista precisamente lo que no quiere es decir. Y luego finalmente encuentra la otra vía de lo escópico.

JULIO GONZÁLEZ**:** No sé muy bien si es la solución autística del lenguaje.

CECILIA HOFFMAN**:** Es un tema muy amplio. Me refería al aspecto por el cual el autista recurre al signo precisamente para obliterar la hiancia entre los significantes, la posibilidad del deslizamiento para poner a distancia la enunciación a lo subjetivo.

JUAN CARLOS TAZEDJIÁN: Hay una cosa que me llamó la atención ahora que ella acaba de nombrar lo escópico. Me parece que hay una especie de interjuego en este paciente entre lo escópico y lo invocante que está relacionado con los distintos momentos de lo que es el espejo para él. Desde siempre, en el espejo faltaba algo, es desde siempre pero no se localiza en ningún momento. Luego él logra una cierta estabilización diciéndole a la imagen del espejo: tú serás un... La cuestión es cómo lo miran y qué es lo que oyen de él. Y me parece que a lo largo de sus profesiones llega a ser un actor donde pueda ser mirado sin que esa mirada lo invada. Hay un segundo momento del espejo, el del «pollo inglés», que consiste en poner un pollo delante de un espejo, un pollo de riña, y el pollo lo ataca y se destroza queriendo destrozar al Otro. Eso viene en el momento del brote, ¿no? Y después del brote, dices que se olvida del espejo y lo reemplaza por los espectadores. Estos espectadores son terribles porque son un espejo que lo persigue y aunque él se esconda ante el otro espejo tendría que mostrarse. Y hay un último espejo, ese sí me parece producto del tratamiento, el espejo de la pelota que no se puede romper. Yo creo que lo que está diciendo es que no lo va a romper a él, que es lo que importa. Quería saber si en su relato se fueron hilando estos distintos momentos del espejo y si en este último se trata de su identificación con su ejercicio de actor. Porque el payaso es un tipo de actor que tiene una ventaja, no tiene compañeros de actuación, no corre el riesgo que corría antes de identificarse con la escena que estaba representando. Es otra escena. Quería saber si eso iba acompañado de otro tipo de fenómenos o de manifestaciones dentro del proceso del tratamiento.

JULIO GONZÁLEZ: En relación a esta cuestión del espejo para mí también es clave el

momento de la infancia en la que él dice que nunca lograba estar en la imagen que veía en el espejo. Hace poco, leyendo el curso de Jacques-Alain Miller, *Piezas sueltas*, encontraba esta referencia a la función de la imagen, cuando esta no tiene la función de localizar el objeto, no le da el paño al sujeto. Pienso que este fenómeno que él relata da cuenta de esto. Por eso aparece también esta presencia extraña para él en la casa desde niño. Cuando aparece, es todo el mundo el que le mira y él no tiene una defensa frente a eso. Me parece que la cuestión del clown retoma este trabajo de poder construir un cierto velo, una cierta imagen que le permita no estar expuesto a la mirada del Otro. En el registro de las palabras, del lenguaje, encuentra la burla. En este sentido lo que señalaba Marta me parece muy acertado. En la palabra encuentra una manera de tratar la burla. Por eso, él empieza a integrar también el euskera, donde él encontraba una cierta persecución de niño. De algún modo se hace amo, si se puede decir, de la palabra.

Hay un problema con la cuestión, planteada por usted, Jacques-Alain Miller, sobre el padre. Él se ubica siempre en oposición al padre. Dice que se ha construido siempre en oposición, que del padre nunca recibió muchas palabras, era esa presencia que le miraba. Iba al partido, le miraba, pero no le decía nada. Me parece que hay algo también en el momento en que él dice: «Me sentí culpable». Es en el momento de la enfermedad del padre y me parece que ahí aparece su rechazo en relación al padre, que esta culpa es la vuelta del rechazo que él había hecho del padre.

VILMA COCCOZ: Quería preguntar a Julio por el final, por la terminación de este recorrido con este joven. Porque, si entiendo bien, el final se decide sobre una solución respecto a la sexualidad y en concreto respecto a lo femenino en el momento en que él acepta que tiene algo femenino que puede usar para seducir, para conquistar la mirada de los demás. Pero te quería preguntar si él verdaderamente ha incorporado una cierta imposibilidad del encuentro con las mujeres. ¿Lo ha subjetivado como tal? ¿La solución que él acepta es que eso se difiere asintóticamente al futuro?

JULIO GONZÁLEZ: Me parece que el velo funciona como el intento de poder extraer del cuerpo el órgano fálico. Finalmente lo que plantea es que la relación con la mujer es algo por venir. Esto no le impide para nada tener algunas relaciones puntuales con alguna mujer y estar, como él dice, abierto a la posibilidad de tener, como ya tuvo en el pasado, una relación con otra mujer. Todo esto sucede para él en una perspectiva en

la que hay que seguir trabajando, hay que seguir aprendiendo, hay que seguir recosiendo, como él dice, el cuerpo y la cabeza.

DOLORES CASTRILLO: Esta presencia, este fenómeno tan raro que tiene en la infancia en su casa, me recordaba mucho el cuento de *El Horla*, que, como sabéis, es la referencia que Lacan toma para referirse a la angustia. A diferencia de la referencia freudiana a la angustia que es *El arenero*, ya no es una angustia ante la pérdida, una angustia ante la castración, sino que es justamente una angustia más primaria, de algo que no falta, ante algo que está de más. Justamente es esa presencia invisible que está de más, que lo invade al modo de *El Horla* y de otros cuentos de Maupassant, donde siempre hay esta presencia invisible pero que está de más.

GUY BRIOLE: Lo que parece también importante en este caso es la dimensión de la soledad porque ya vemos que desde niño este sujeto está enfrentado con la cuestión de la mirada e intenta con eso anudar algo entre las lenguas. Al final vuelve a la imagen y a esta solución de la pelota cosida pero hay algo siempre de esta soledad, de esta soledad triste. Te propongo entender el trabajo que hace contigo como el pasaje de la soledad de un *clown* a la soledad compartida de un clown, aunque quedando siempre con la soledad.

MIQUEL BASSOLS: En efecto, es la soledad del *clown* con su objeto que es este balón tan particular. Quería preguntarte sobre este objetobalón que evoca varias imágenes: la imagen de Hamlet con la calavera, la imagen también de Escher dibujándose con una bolaespejo en la que él mismo se refleja. Hay algo singular en este espejo cosido, que a su vez cose los pedazos de su cuerpo, y es que es un espejo que no tiene marco. Es un espejo esférico sin marco y precisamente el marco es lo que distingue, lo que separa la imagen especular de la realidad. Lo que le ha faltado a este sujeto para quedar en su soledad con esta imagen es algo que le hubiera hecho de marco, un sostén simbólico. Y ahí viene mi pregunta. Parece que un buen padre no basta para dar este marco en lo simbólico, se necesita algo más que recorte esta imagen de alguna manera y que no deje al sujeto ante la soledad de esa imagen. Por cierto, a mí esta imagen del espejo esférico me ha evocado la imagen que se puede encontrar en Google Earth, cuando uno va aproximándose a una zona de la geografía y de repente entra a través de una esfera especular en la realidad virtual sin solución de continuidad. Produce un efecto un poco siniestro porque de una representación en dos dimensiones se entra de repente, como Alicia, en otro espacio especular. Seguramente la soledad

del sujeto con respecto a esta pelota especular tiene algo de esta relación siniestra con la que intenta arreglárselas. ¿Qué otros fenómenos has podido captar en el cuerpo en relación a esa soledad con la imagen especular?

JULIO GONZÁLEZ: A él le interesa el *clown*, pues es la posibilidad de estar ubicado en un tú a tú con el espectador.

9. LA SOLUCIÓN «HUMPTY DUMPTY»

JACQUES-ALAIN MILLER: Creo que hay mucho interés en lo imaginario en el caso. Quiero subrayar un elemento simbólico que se observa no solamente aquí sino también en los dos casos de ayer que eran casos de psicosis. Es el papel, la presencia reconocida de la ironía. Supongo que no es por casualidad porque todo el mundo recuerda ahora que hemos destacado las palabras de Lacan sobre la ironía infernal del esquizofrénico. Y ahora se percibe mejor la ironía en estos casos. Pero a veces es algo que tiene toda su autenticidad por ser algo dicho por el paciente mismo, si no es que ha leído a Lacan. En el caso Nuria de José Manuel Álvarez les recordaré que la paciente, cada vez que iba a trabajar, obtenía éxitos pero finalmente estaba en oposición a todo el mundo, se sentía excluida, discriminada. Decía que tiene «una risa interior que se burla de todos». Puede parecer que esto no tiene tanta importancia, que burlarse quiere decir que no es serio. Pero la burla, el burlarse de todo y vivir en la burla, es un síntoma muy grave. El hecho de que no tenga importancia se refleja sobre el síntoma pero el síntoma es gravísimo en este marco. En el caso de Guy Briole la ironía está presente por lo menos en la conclusión, cuando el paciente dice que la presencia del analista es tan importante que tiene que prepararse por lo que pudiera pasarle al analista. Y Guy Briole dice que es su manera radical, irónica, de pensar la separación imposible. No sé si en ese caso lo que borra un poco la ironía es el sufrimiento presente más que la risa. No sé si es así, pero es también lo que explica que él pueda asumir el papel de director. Cuando él goza de la burla, se hace payaso. Son dos soluciones. Nuria es el caso que no ha encontrado su solución por el momento, no ha encontrado su papel. No sé si con su manera de enfrentarse a la dirección —podría formar por ejemplo un sindicato en la empresa—, quizás podría alojar también su rebeldía irónica. De modo que tendríamos un líder sindical, un director de institución y un payaso. Él dice que siempre ha tenido una vis cómica, que se tragaba sus palabras y que el Otro no hacía caso de sus palabras. Es otra manera, otra versión del evento que hemos visto con el caso de Guy Briole. El Otro no hace caso. ¿Por qué esas palabras son tan vacías?

Hay una formulación excelente en este texto que tiene que ver con esto, son dos frases que están a dos páginas de distancia. En la primera se trata de un recuerdo de

cuando él era muy pequeño, recuerda un día en el que se sintió echado y burlado ante unas palabras de la madre que se dirigieron a él. Es muy poca cosa. Se sintió burlado por unas palabras de la madre. Y el comentario de Julio González es que en lugar del enigma del deseo materno encontró la certeza de la burla. Para mí esta frase es excelente porque al introducir el término del «enigma del deseo materno» permite ver cómo la burla omnipotente que encubre a todo el mundo es su manera de responder a la «x» del deseo de la madre. Como no tiene la respuesta fálica al deseo de la madre, pone la burla como semblante. Para utilizar los conceptos de manera un poco más sopesada, como no tiene el Nombre del Padre, el falo, hay solamente el semblante. El falo se convierte en burla, vamos a decir. El falo mismo no tiene consistencia del mismo modo que su imagen en el espejo no tiene consistencia. El enigma del deseo de la madre que debería tener como respuesta al falo, tiene esa respuesta pero es un falo semblante equivalente a una burla. Esta es la primera frase que me parece una fórmula muy compacta porque plantea una simetría entre el deseo, el enigma del deseo de la madre y la certeza de la burla. Se corresponden enigma y certeza por una parte, y deseo de la madre y burla por el otro. No diré que es un poema pero esta frase ya es un *haiku*. La otra frase, que es casi la continuación de esta, dos páginas después, dice: «Hay en ello un trabajo en torno a la burla recibida del Otro transformándola en la ironía». Es decir que el enigma del deseo de la madre tiene como respuesta, se transforma en certeza de la burla del Otro y la certeza de la burla del Otro se transforma en su propia ironía de payaso dirigida al mundo. Me parece realmente una construcción formulada con una gran potencia conceptual y permite entender la presencia de la ironía en la esquizofrenia.

JULIO GONZÁLEZ: Muchas gracias por el comentario.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¡Me parece que tiene un poco de ironía! (*Risas*.)

JULIO GONZÁLEZ: No se puede decir mucho más. (*Risas*.)

PACO ROCA**:** A mí lo que me ha llamado la atención de este paciente es la relación que parece haber en él entre idioma y lengua. Es un paciente perdido entre tres lenguas. Una el catalán, que es la lengua conyugal en una familia donde él no se siente acogido y de ahí los fenómenos de la primera infancia donde tiene que encontrar un límite para no ser despedido por la puerta. Una lengua que es el castellano, una lengua instrumental, la lengua del gran Otro, en la que puede entenderse con los demás. Pero de nuevo hay una extrañeza. Los demás hablan otra lengua que es el euskera, lengua

que él siente como una lengua extranjera, por la que se siente acosado cuando no agredido. En este estar perdido es un hombre que parece que se siente sin ninguna lengua propia y de algún modo hablado por la Lengua con mayúsculas. Tú dices que el segundo brote aparece en el contexto de un curso en euskera, en una lengua que es una lengua adquirida, en la que él se esfuerza en trabajar. Y de ahí mi pregunta. Tú dices que en un momento determinado, a la salida de este brote, indica la importancia de contar con una lengua sólida, sin dobles sentidos, que es lo que siempre lo ha perseguido, el no entender la ironía y el doble sentido de la lengua donde parece que el Otro le persiga. Tú le indicas que es la de sus estudios de humanidades. Parece como si la suplencia que él hace en este caso sea justamente la de conseguir una maestría en la lengua del Otro, del Otro perseguidor, del euskera. De hecho, se apunta a un curso de *bertsolaris*, se quita la condición de ser originario de Euskadi, *euskaldun zaharra*, y por lo tanto él puede acceder a esa lengua del Otro hasta ahora más significada como la lengua que lo persigue. Y parece como si hubiera un cierto éxito en la construcción de esta suplencia cuando tú dices: «asimismo su propuesta de construir un velo suple la producción del falo, lo que estabiliza la imagen algo femenina que le ofrece y capta la mirada de los otros». Una imagen algo femenina que parece que esté construida sobre el manejo correcto y fluido, la maestría, en el uso del euskera, lo cual le permite interponerlo respecto de este deseo acosador de los Otros, de esa mirada deseante de los Otros. Se trata de construir este velo como algo femenino que pueda dirigirse a los otros pero que al mismo tiempo quede velado para los otros en este buen uso del euskera que le permite a él mismo tener acceso a la ironía y hablar también la lengua.

JULIO GONZÁLEZ: Yo tenía la hipótesis de que él hace sus estudios para buscar una lengua sólida. Me parece que se tendría que ver si esto se podría retomar en su trabajo de reconstrucción.

JACQUES-ALAIN MILLER: Hay muchas más cosas en el caso, con muchos detalles, pero no podemos consagrar más de una hora a cada caso. Quiero subrayar el hecho de que el paciente mismo evoca a *Humpty Dumpty*, maestro de la significación en *Alicia a través del espejo*. Y ese es el verdadero «pensadero» del que se trata, donde se conectan el sentir y el pensar. Esa escisión del sentir y del pensar está ya presente en el *De anima* de Aristóteles. El alma a la vez siente y piensa, es a la vez *aisthessis* y *nous*, y el problema es cómo se vinculan. Es algo retomado también por Kant en la oposición entre la intuición y el concepto que se deben unir después para dar

conocimiento. Pero con Humpty Dumpty vemos que no se trata tanto de que primero haya sensaciones y después el pensamiento y su concordancia. Se trata más bien de que hay los significantes dispersos, sin ordenamiento, y es en el «pensadero» donde se organizan los significantes. El problema no es cómo las sensaciones se conectan a los conceptos. Es por esto que cuando Lacan escribe «una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis» empieza por decir que precisamente las sensaciones no son primarias, que antes de ellas hay ya los significantes y que se organizan en función de estos últimos. Es así como utiliza la *Gestalt*. Cuando se presentan ciertas formas, las sensaciones mismas que usted recibe están ya organizadas de una cierta manera. Se ve en el caso de una ilusión, cuando algunos trazos en una superficie pueden parecer un relieve. Las sensaciones ya están organizadas por formas previas a la experiencia de la sensación.

En este caso, y por eso que hablamos del «pensadero», ¿qué pasa cuando los significantes no están organizados? ¿Qué ocurre cuando el sujeto no percibe la *Gestalt* de los significantes, cuando la significación no cristaliza? Entonces la solución es Humpty Dumpty, es él quien decide lo que significan las palabras. Es decir, dado que no tienen las significaciones comunes, que no tienen las *Gestalten* comunes, o bien hay que remitirse a la presencia del analista, yendo a Guy Briole para que le dé su presencia, o bien el sujeto se transforma en amo de los significantes, como Humpty Dumpty. Y si no lo hace se produce el trastorno del caso Nuria de José Manuel Álvarez. Se ve entonces por qué, por ejemplo, hay esquizofrénicos geniales en las matemáticas o en la informática porque en ellas se trata de definir precisamente esto, se trata de decidir las reglas del juego y vivir dentro de su mundo. Y hay que animarles a ello. Es útil para la humanidad lo que pueden hacer con eso, es también útil para ellos porque viven con menos sufrimiento. En este caso no se da un matemático, se da un payaso, pero es lo mismo en cierto modo. Es el payaso Humpty Dumpty, que de esta forma produce placer a la gente, que puede así aparecer y recuperar su ser.

10. LAS DOS MUJERES Y LAS DOS ANALISTAS

MARTA SERRA: Cuando leí el caso la primera vez solo pude encontrar un recorrido impecable respecto a la demanda y la rectificación subjetiva, las bases en las que se apoyó la transferencia, el trabajo de localización y «superación» de la ficción edípica, los beneficios terapéuticos consiguientes, también la doble faz del objeto libidinal, para el deseo y para el goce, así como la liquidación posible de la transferencia. Una sola pregunta se me presentaba: ¿cuánto tiempo ha durado esta experiencia analítica? Una sola pregunta que, evidentemente, no alcanza para hacerle producir su jugo al texto. Así que intenté buscar, no lo que estaba, sino lo que no estaba, lo que me faltaba, y es sobre este eje que quisiera aportar algunas cuestiones para espolear el debate. Cuento contigo, Rosa, para que me ayudes seleccionando las que te parece que pueden ser más fructíferas.

1. *El caso por caso*: en un análisis de hombre neurótico parece que un interrogante omnipresente es la pregunta sobre qué es un padre. En el analizante, sin embargo, no parece haber tomado forma ni en la doble coyuntura de devenir él mismo padre, ni en la diferencia de edad que mantiene con sus medio-hermanos. ¿Bastó para él el trabajo sobre la fragilidad de su propio padre —escritor frustrado y psicoanalista impostor— para resolver la cuestión?

2. *El lugar del psicoanálisis entre los saberes valorados*: La elección de la segunda mujer del padre —durante la adolescencia del paciente— recae sobre una psicoanalista exitosa. Es también, en gran parte, lo que sella el interés de él mismo, poco tiempo después, por su novia y después esposa: un saber supuesto sobre el goce por su conocimiento de la teoría analítica. ¿Podríamos pensar que ese es precisamente el bien que su padre le ha transmitido? ¿La herencia simbólica que pudo oponer al imperativo materno? ¿Esta elección del padre es la simiente de su posterior relación solitaria con el texto de Lacan?

3. *El lugar del analista en los análisis que duran*: Tenemos muy bien dibujada la posición de la analista en las entrevistas preliminares (tiempo de dar forma al síntoma analítico) y también en cómo se va sustrayendo paulatinamente según se acerca el

final. Pero sabemos que su acto ha estado presente a lo largo del recorrido porque el analizante recuerda claramente algunas intervenciones cruciales. Esas son las que los AE nos ofrecen en sus testimonios y esta vez, excepcionalmente, podemos saber la versión de la analista: ¿qué interpretación o intervención fue crucial a lo largo del recorrido? ¿Cuál o cuáles extraerías tú?

4. *La pareja-síntoma y los objetos pulsionales*: A su esposa se le supone la voz, la belleza y el saber psicoanalítico. Es, además, lo que le ofrece sin límite alguno y que, podríamos decir, lo atrapa libidinalmente. Sin embargo, el analizante se presenta como su sostén para todo lo demás: «ella no conduce», es él quien lo hace. Así pues, ella encarna bien a sus ojos la falta que legitima una posición femenina, una mujer. Sin embargo, hay otro objeto importante en juego, el dinero, un objeto sobre el que ya Freud llamaba nuestra atención. Un objeto que el analizante tiene graves dificultades para gestionar pero que, además, tiene una circulación verdaderamente particular en esta pareja: ya que por un lado, parece que ella depende del dinero que él consiga para vivir, mientras que, por otro lado, insospechadamente, ella guarda su propio dinero para sí y parece gestionarlo con total libertad. Ella no tiene, pero resulta que sí tiene. Y es cuando se lo niega, cuando le niega ese tener, que la pareja se rompe. Pese a la contingencia de la situación para el analizante, o precisamente por eso, el alcance del acto de esta mujer tiene la función de desvelar toda la ficción sobre la que él sostenía la relación. Hasta el punto de que, una vez rota definitivamente, le ronda la muerte y la sordera mientras sigue buscando las palabras de ella y, además, debe hacer un largo recorrido para renunciar a ser su sostén económico. ¿Cómo se puede pensar la relación particular de este hombre con el dinero y su valor en sus circuitos libidinales?

5. *Lo que cambia y lo que no cambia en un análisis*: Su nueva pareja mantiene las condiciones que él siempre ha requerido de una mujer: bella y con voz sublime, y que además «no tenga nada y no sepa conducir», pero que intervenga en sus cuestiones con el dinero. ¿Necesitamos pensar que la voz se ha separado del goce para operar como causa de deseo o podemos darle el valor de objeto a que ha operado, opera y operará en ambos campos con menos sufrimiento? ¿No hay en el término que él utiliza para explicar su avidez de Lacan algo que remite a la voz: «resonancias... barrocas»?

Y, por último, no una pregunta sino una observación en tono humorístico: es claro que

la analista puede compartir, sin ninguna dificultad, a Jacques Lacan con el analizante. A Jacques-Alain Miller, sin embargo, se lo reserva para ella.

ROSA LÓPEZ: Buenos días a todos. No me has preguntado casi nada... (*Risas*.)

MARTA SERRA: Tienes que elegir...

ROSA LÓPEZ: Tengo que elegir... Bueno, voy a intentar ir aclarando algunas cuestiones. La primera pregunta tiene que ver con el tema de la paternidad, y de cómo el sujeto se plantea la pregunta sobre la misma. Previamente quisiera precisar dos datos que no están en el texto y que son necesarios:

El primero es que este análisis duró doce años. El segundo se refiere a los matrimonios del padre, pues con la adinerada psicoanalista estuvo casado dos o tres años, después de lo cual volvió a casarse con una tercera, mucho más joven, con la que tuvo otros hijos. Tanto más se casaba el padre, tanto menos quería el paciente divorciarse. La sola idea de que él podía entrar en el mismo circuito del padre —casarse con una y luego con otra y otra— era algo que le ponía muy mal. En cuanto a la cuestión de ser padre, es absolutamente central en el caso y me doy cuenta de que al escribirlo elegí un sesgo y dejé otros. La pregunta de Marta nos permite recuperar este aspecto de la paternidad que es central en el fantasma del analizante, quien asume la posición del padre que le faltó a la mujer. Ella había quedado huérfana de padre muy pronto y fue una joven con depresiones y algún intento de suicidio.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿La esposa?

ROSA LÓPEZ: Sí. En la primera esposa, algo del Nombre del Padre parecía no haberse inscrito. Él encarnó para ella la función paterna que la permitía anudarse. Otro de los problemas que impedían la separación era la idea de dejar a este hijo con la mujer y la verdad es que, una vez separados, se ocupó permanentemente de ordenarles la vida. Hizo un trabajo formidable con el niño para que pudiera asumir la separación y aceptó bastantes reproches del hijo, incluso malos tratos que en su momento cuestioné. Pero él tenía la absoluta convicción de que al hijo lo iba a amarrar y sostener a su lado, que no lo iba a dejar caer. Y al final le dio tal resultado que el chico aceptó muy bien a su segunda mujer y consiguió armar una nueva familia.

Algo que fue determinante para el sujeto es la frase con la que su padre le explicó el motivo de la propia separación : «Quiero ser artista y no se puede ser artista siendo un padre de familia, ergo me voy». La elección del padre era excluyente: o ser padre, o ser artista. La respuesta del sujeto consistió en demostrar que ambas cosas eran

compatibles: ser padre y artista. Pero en esta conjunción, en el «y», había un imperativo superyoico.

En cuanto a la pregunta sobre si la segunda elección de objeto del padre pudo ser la simiente de su interés por el psicoanálisis: probablemente sí, porque hay una escena que él recuerda con intensidad y es cuando ese chico de barrio suburbano se acerca al barrio rico, a una casa espléndida de esta señora psicoanalista y queda impactado con el nuevo marco en el que vive su padre. Probablemente sí fue determinante, porque además encuentra a esta novia que pertenece al mismo circuito de la psicoanalista y que estudia psicoanálisis. Después, su interés por el psicoanálisis tuvo una evolución, un desarrollo y una serie de transformaciones formidables en su experiencia como analizante, hasta ser finalmente lo que le permite separarse de la analista en la transferencia.

Tomo ahora la pregunta que has planteado sobre el momento en que él se va de la casa, y que toca un punto muy sutil. Después de estar muchos años intentando separarse sin poder hacerlo, debido a todas estas circunstancias que acabo de mencionar, ¿por qué se marcha en el momento en que ella le niega el dinero? Marta sugiere que quizás con ese acto ella se transforma en la mujer que tiene las llaves del coche, y eso rompe la ficción sobre la que él sostiene su elección de objeto bajo la base de la voz, la belleza y el no tener. Sin duda se rompió la ficción, de acuerdo, pero no creo que se debiera a que ella pasó a ser la que tiene. Él interpretó el acto de ella de no darle dinero como una falta de amor. ¿Por qué? Porque ella tenía muy poquito dinero, era casi una nada. Tenía dos, tres pacientes y juntaba su «casi nada» de dinero. Y él no le pidió lo que tenía, le pidió la «casi nada». Esta era una prueba de amor y ella no se la dio. Y en ese acto a él se le rompió todo, porque pasó de ser «el marido apaleado» a ser «menos que un perro»: «Ni a un perro se lo trata así». Y hay una gran diferencia, porque el marido apaleado era el marido al que se le demandaba amor. Entonces él pensaba: «Soy un marido apaleado por una mujer que me ama locamente». Y algo de eso era cierto. Ella vivía solo por él. Todos esos disgustos que le daba eran experimentados como: «Me ama locamente». Ahora bien, cuando ella le niega esa nada de dinero como prueba de amor, el don de lo que no se tiene, él se siente menos que un perro, se siente indigno de amor. Siente, por primera vez, que ella no le ama. Y es en ese punto que aparece un dolor enorme, no una caída del deseo, sino un dolor infinito.

Sobre la cuestión del dinero podría decir muchas cosas, porque es un tema sobredeterminado y que cumple distintas funciones que he ido tratando de plasmar en el texto. Por una parte, era muy evidente cómo el semblante de pobreza que cultivaba era su manera de hacerse amar por el otro. El dinero es el objeto rechazado por la madre, y en ese sentido tiene un carácter pulsional. El dinero en ese hombre fue un problema que duró a lo largo de todo el recorrido analítico, pues a pesar de que llegó a ganar bastante siempre tenía dificultades económicas. Me parece que el dinero está del lado de la impotencia frente a la imposibilidad. En su deseo de hacer existir al Otro, y muy claramente en el deseo de hacer existir a La mujer, es como si el dinero fuera la impotencia que viene a tapar la ausencia de relación sexual. Si él todavía se esforzara más y más, entonces la mujer existiría.

En cuanto a la pregunta por las interpretaciones, el analizante se acuerda de algunas interpretaciones que recibió del analista a lo largo de la cura. El analista no tanto. En primer lugar, hay que decir que es difícil interpretar a alguien que viene ya interpretado de casa (*risas*), con interpretaciones lacanianas, con sintagmas lacanianos que apuntaban al Edipo y a la significación...

JACQUES-ALAIN MILLER: Es como aquella historia en la Edad Media de la lucha de la reina Fredegunda, de origen humilde, con la otra mujer del rey, es realmente un mano a mano discursivo. Pero era una lucha necesaria, la otra mujer era un superyó y Rosa tenía que ser también un superyó, no como persona, sino en el discurso y en la cura.

ROSA LÓPEZ: A él le extrañaba que mis interpretaciones fueran tan pedestres, y que en ellas no utilizara la teoría de Lacan. Sí recuerdo ahora una interpretación en la que planteé una objeción a algo que venía interpretado de manera muy fuerte por la esposa. En una sesión dijo: «Claro, M. tiene razón, qué se puede esperar de mí que soy el hijo de un perverso». Mi respuesta fue rotunda: «No, su padre no es un perverso en absoluto».

JACQUES-ALAIN MILLER: Estas no son las cosas que nos contaban los otros analistas en esta mesa, del tipo «He dicho solo eso, y después he dejado que las cosas fueran por sí solas», o bien «Solo mi presencia basta para equilibrar el caso». En los otros casos era excelente ver la discreción del analista. Aquí entramos en otro terreno. Rosa ha elegido un caso de lucha, ha elegido un caso donde había que «pagar» con palabras, con fuerza. Cada uno elige el caso que siente de acuerdo con su postura subjetiva,

personal, con algo donde demuestra cómo se siente bien también en la experiencia analítica. Es un caso excelente.

ROSA LÓPEZ: El tema de que el padre era un perverso tuvo mucho peso. Según los dichos de la mujer, era un perverso porque cambiaba de esposa, porque era un mujeriego. Pero si se casaba cada vez, y hasta les quería hacer hijos, ¡qué clase de perverso era ese! (*Risas*.) Más que un perverso, era un hombre sin brújula, un neurótico que fue siguiendo al hijo en sus emigraciones. Es verdad que mi posición en la transferencia fue muy fuerte. Cuando se separó, por ejemplo, tuvo esta infección. Desde luego, no era una formación del inconsciente. No fue interpretada, y no podemos establecer una causalidad directa. Sí lo fue su reacción subjetiva. Apareció la infección y él se dejó estar, no fue al médico. Me llamó una primera vez para decir que no podía venir, que estaba enfermo. Nunca faltaba. Una segunda vez no pudo venir también por estar enfermo, tercera vez... «¿Qué le está pasando?». «No lo sé, me duele...». «Vaya usted al hospital, llame a la ambulancia». Finalmente me llamó desde el hospital para decirme que estaba muy mal. A veces fue necesario sostenerle.

PREGUNTA EN LA SALA: Tenía una curiosidad sobre el caso, que me encantó. Me encantó también por el hecho de esta rivalidad que normalmente es muy dura en la consulta. A nivel precisamente de la transferencia, me preguntaba dónde te situaba a ti. Porque dejas claro en el texto que la mujer está entre el objeto y la mujer del deseo. Está la mujer que lo fascina, la que conduce y «tiene las llaves del coche», y la otra, la que es pobre, bella, pero que además le da un soporte. Me pregunto dónde te situaba a ti. ¿Como mujer de soporte o como la que conduce? ¿Y cómo lo manejabas tú?

ROSA LÓPEZ: Bueno, es un análisis que transcurrió doce años bajo el amor de transferencia. ¿Y cómo lo manejaba? Yo podía ser la que tenía las llaves del coche, pero tenía un estilo con el psicoanálisis muy poco superyoico, sin esta carga edípica culpabilizadora que llenaba de sentido al superyó, al que necesariamente había que restarle consistencia. Por otra parte, el amor de transferencia dificultaba la salida.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Ah, sí?

ROSA LÓPEZ: Sí, porque después de mucho tiempo, cuando todo se había resuelto, decía: «Tengo que acabar mi análisis, tengo que darlo por finalizado». Y eso le llevó dos años. Y se agarró a algunas páginas del seminario *Un esfuerzo de poesía*, donde decía: «Uno sigue el análisis porque es una playa, un oasis donde acudir cada semana».

Entonces, ¿por qué no continuarlo en ese sentido? ¡Como además de a Lacan leía a Miller...! (*Risas*.)

ISABELLE DURAND: Me llamaba la atención que dijeras que lee a Lacan con verdadero disfrute, y que se siente reflejado en el texto. Quería saber en qué, si tenías algún ejemplo de eso.

ROSA LÓPEZ: La lectura de Lacan también tuvo su recorrido. Hubo un intento inicial de leerlo para situarse con el texto de Lacan directamente, y no a través de la mediación de los dichos de su esposa. Buscaba directamente en el texto aquello que la mujer interpretaba de su ser y que, evidentemente, le incumbía, puesto que en algún sentido ella daba en el blanco. Ese fue un primer momento, que, progresivamente, fue cayendo y que coincidió con su intento de asistir a cursos de psicoanálisis. Pasada esa etapa, quedó la lectura de Lacan porque le gusta el estilo de su escritura precisamente allí donde no se entiende. Se trata de una lectura vaciada de sentido, como el que lee una partitura y obtiene un sonido que le agrada, un sonido que le evoca lo barroco pero que no se entiende.

11. EL VALOR DE UN ORÁCULO

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Antes de entrar en análisis con usted ha tenido varios análisis anteriores?

ROSA LÓPEZ: Al menos uno, que yo recuerde, en el país anterior donde vivía.

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿Y siempre con mujeres?

ROSA LÓPEZ: Sí.

JACQUES-ALAIN MILLER: Sí, sabía que finalmente necesitaba una mujer para hacer de obstáculo a la omnipotencia femenina que se ejercía sobre él. Es una historia hermosa la de este hombre con dos emigraciones. Uno tiene la idea de que son todos analistas, porque el padre se va con una adinerada psicoanalista, después de ser economista se convierte él mismo en psicoanalista... Uno tiene la idea de que quizás sea un argentino... (*Risas.*)

ROSA LÓPEZ: ¡Qué sagacidad!

JACQUES-ALAIN MILLER: ... que después de estar en un barrio pobre se va a un barrio elegante, se va a Palermo... En todo esto se siente el ambiente de Buenos Aires.

A la vez, vemos ya que en la pareja de sus padres es la madre la que dominaba al padre. Una madre comunista, austera, que debía vigilar y ahogar a su marido artista, un hombre que llegado un momento logró huir. Pero para el hijo se trata de otra cosa, él fue capturado totalmente por el mundo de la madre —es así como él mismo lo describe—, por los valores e ideales de la madre. Encontró a su esposa, depresiva pero que podía sostener un discurso que le permitía seguir estando en el mismo lugar. Podemos describir a la esposa como una mujer pobre, depresiva, alguien a quien salvar. Pero tuvo la intuición de que esa mujer depresiva podía sostener un discurso que a él le ponía en el mismo lugar de dependencia y de sumisión. Y, a la vez, buscó una analista, una mujer analista que pudiera hacer de obstáculo a eso, al S_1 del discurso femenino. Usted encontró de inmediato lo que él necesitaba, primero cuando él decía «No tengo un solo centavo», y usted le indica «¡Es demasiado!»; y la segunda vez cuando usted le pregunta «¿Tiene usted talento?». Es decir, va a tocar el ser y eso le engancha en análisis, en ese lugar de la lucha de discursos. Ha logrado obtener un discurso suyo que le permite hacer de obstáculo al otro. Pienso que él, como su propio

padre, está todo el tiempo devaluado. Y es interesante lo que usted señala, que se presenta ante usted con la imagen del hombre pobre, hombre pobre que además no existe, aunque la mujer pobre sí exista. Él encarna al hombre pobre y al final es él quien puede decir de su padre que es un pobre hombre. Se presenta como el hombre pobre y después puede decir del otro que esta era la posición en la repetición de la estructura familiar, la posición que había logrado repetir. El padre había podido huir solo, pero él no podía sin la ayuda de la analista. Es increíble pensar, tal como usted la describe, la relación de este hombre con la esposa. En el momento en que él tiene éxito, ella lo ataca, lo insulta. Hace pensar en aquellos triunfos romanos en las películas de Hollywood, en las que el esclavo decía «Recuerda que eres solamente un hombre». Pues cada vez que él obtenía un triunfo, estaba ella para decirle «Recuerda que tú no eres un hombre», y desvalorizarle.

Hay algo clásico, más allá de la patología propia del caso, cuando usted dice que la palabra de su esposa tenía el valor de un oráculo, con un valor absoluto, y que el juicio de la madre también. Y hay más hombres de los que pensamos que están así, en los que el significante amo en realidad lo tiene la esposa, lo tiene la mujer. La mujer puede ser pobre, depresiva, y el hombre exitoso, gobernar muchedumbres, pero en realidad, en un nivel más profundo, está el S_1 de la mujer como oráculo. En este caso es algo que se ve claramente, pero a veces sucede de manera más velada. En el texto se narra de una manera muy viva. Al final ya no es el oráculo insultante de la esposa, no es tampoco la interpretación fuerte de la analista, es la voz de soprano que no dice nada, que no da órdenes, que no da interpretaciones, como no ser la pura interpretación del canto. En ese momento, se trata de poder liberarse del S_1 de la mujer. Pero, a la vez, Rosa señala que él dice: «Su serenidad me parece flotante». Más tarde, esa serenidad «demostró estar fuertemente aferrada a la tierra y fue a través del buen decir de ella como pudo organizar su economía y ser propietario de una casa». De modo que vemos que debajo de la soprano hay una burguesa que sabe organizar las cosas. Es un S_1 más civilizado. Pero ha encontrado por lo menos un ama de casa.

ROSA LÓPEZ: Eso es interesante. La primera esposa tenía un discurso muy potente sostenido en la legitimidad que le daba el texto de Lacan, pero no podía arreglarse con las cuestiones prácticas de la vida. Era la ideóloga de la pareja.

JACQUES-ALAIN MILLER: La ideóloga, pero no la gestora. Y ahora ha encontrado a la buena gestora.

ROSA LÓPEZ: Es una pregunta que yo me hago. ¿Hasta qué punto cambian las condiciones de elección de objeto en un análisis o bien siguen siendo las mismas pero con un nuevo uso? La segunda mujer es castellana, proviene de un discurso completamente diferente a todo lo que él conoce, ajeno a todas las evocaciones que le vienen de su historia. Por otra parte, es una mujer con un gusto por la espiritualidad que a él le parece una tontería, pero lo cierto es que ella le ha ordenado las cuentas, con un saber decir que es un aliento en la vida y no una imposición.

SANTIAGO CASTELLANOS: Tengo que decir que este caso evoca algunas cosas de mi propio análisis. Esto del marido apaleado, todo esto... (*Risas*.) Así empezó mi análisis, pero hace muchos años. No lo digo por mi pareja actual, que está aquí a mi derecha, no se trata de eso. Me evoca los comienzos de mi análisis.

JACQUES-ALAIN MILLER: Se habla siempre de las mujeres maltratadas porque es más espectacular. Pero deberíamos abrir una oficina para maridos maltratados.

SANTIAGO CASTELLANOS: Sí, es todo un tema. Está la pregunta que se ha hecho sobre la elección de objeto, y si ha habido un cambio en ese sentido. En el fondo hay un determinado modo de gozar que, me parece, se sugiere en este sujeto en la medida en que está en esta posición de marido apaleado, identificado a la posición del padre y en relación a su primer *partenaire*. Efectivamente, él quiere ser artista y quiere colocarse en este lugar donde el *partenaire* de alguna manera le admire. Hay un modo de gozar que responde a un cierto circuito de la pulsión. Es decir, que la elección de objeto tenía una lógica que respondía a una satisfacción propia, a una satisfacción que hacía síntoma con el *partenaire*. Entonces se produce un gran movimiento en este trabajo analítico de muchos años. ¿Qué pasa con el circuito pulsional, qué pasa con su modo de gozar en relación a la segunda mujer, una mujer que es completamente diferente? Es capaz de vivir el amor con muchísima mayor dignidad, pero la pregunta es si hay algo que al final de su análisis cambió o no. Porque es un caso de final de análisis, donde el sujeto encuentra una solución que no es del lado de convertirse en analista. Él no decide continuar ese camino, se retira y sigue del lado de lo artístico y, efectivamente, hace un síntoma, que es una solución tan digna y respetable como la otra, pero es de otro orden. Quería preguntarte entonces cómo es la relación con su nueva esposa.

ROSA LÓPEZ: La primera esposa tenía una voz muy grave que la hacía especial, la segunda tiene una voz muy dulce que no parece ser del orden del imperativo superyoico. Esta

mujer le va ordenando las cosas sin que él se entere mucho, mientras que la otra encarnaba muy claramente el superyó que dice : «¡Goza!», ante el cual el sujeto no tiene más remedio que responder: «Oigo». En esta nueva elección el goce pasa por otra parte, pues apenas hay sufrimiento. Es un hombre que no padece una escisión del objeto, no la sufría tampoco con la primera mujer.

AMANDA GOYA: Es una pregunta relativa a algo que dijiste en el coloquio, algo que no está reseñado en el texto, respecto de la transferencia. Decías que la cura había transcurrido todo el tiempo en la transferencia positiva. Me sorprendía, puesto que tratándose de una neurosis obsesiva sabemos, lo han señalado tanto Freud como Lacan, la importancia de la transferencia negativa en ciertos momentos de la cura. Quería preguntarte por esta peculiaridad del caso, por el hecho de que no hubiera habido en ningún momento ninguna manifestación de la transferencia negativa.

ROSA LÓPEZ: Precisamente me estás dando la clave. Es una neurosis obsesiva de fondo, pero no es un obsesivo al uso. Hay dos cosas que particularizan a este sujeto: es muy histerizable, y además es un artista. Es decir, que no es una neurosis obsesiva bloqueada, no tiene, no ha tenido nunca el perfil de la neurosis obsesiva.

JACQUES-ALAIN MILLER: Y no hay tampoco observaciones en el caso en las que se lo vea rumiando cosas.

ROSA LÓPEZ: No tiene síntomas obsesivos, sino más bien histéricos. Siempre atento al deseo del Otro. Además, no hubo que histerizarle pues desde la primera entrevista se presentó en una posición histérica: «Estoy dividido, no sé quién soy, no sé dónde voy, me siento impotente, me falta...». No es un obsesivo al uso, es un artista muy histerizado.

Sobre el hecho de que no hubo transferencia negativa, podemos decir que no la hubo al modo obsesivo de mortificar el deseo, pero también es cierto que el propio amor de transferencia es una de las modalidades de la transferencia negativa, que dificulta la separación y el final del análisis.

JACQUES-ALAIN MILLER: Tendríamos muchas más cosas que decir. Para terminar, quiero subrayar lo que usted observa sobre cómo ha podido dejar la voz por lo escrito. Efectivamente, hay todo un desplazamiento desde esta sumisión a la voz femenina hacia la lectura de un escrito de un hombre, Lacan. Sigue necesitando un oráculo, como histérico necesita una brújula, tiene una relación con el significante oracular. Lo encontraba antes en el significante amo de la mujer y lo encuentra ahora por medio de

lo escrito, por medio de Lacan, que también tiene un uso muy particular, y eventualmente oracular. Necesita direcciones, necesita oráculos, se sostiene en ellos. Es algo totalmente distinto de lo que hemos visto en el paciente de Julio González, para quien el enigma organizaba su mundo. En el momento en que una señora le hace una marca de barro, que le da un significante Uno que él no sabe cómo acoger, se desencadena un brote. En este caso no, en este caso el sujeto está como pez en el agua con el oráculo, con los escritos de Lacan. En el caso de Julio González, realmente se ve qué es un significante Uno. Se aprenden muchas cosas sobre el desencadenamiento de un brote psicótico. La madre le hace una marca de barro en la frente diciéndole «Es para ti el tercer ojo», una frase que quiere decir algo pero no sabe qué —lo que a uno le ocurre bastantes veces al leer a Lacan— y para él es una frase que se propone descifrar porque quedó «como una herida, pues no tuvo un segundo elemento que la cerrara». Es un S_1 al que le falta el S_2. Al contrario, en este caso el discurso oracular es una necesidad para el sujeto, es una necesidad de encontrar cosas para descifrar.

ROSA LÓPEZ: También es verdad que es un resto de la transferencia. Uno puede separarse del psicoanalista pero no del psicoanálisis, es algo que nos pasa a todos. Habría que ver si es un resto que seguirá manteniendo. Hay un momento en el que él se pregunta «¿Qué me queda al final del análisis?», y se responde «Ya solo me queda el amor a los grandes maestros: Bach, Gardiner, Lacan». En la línea masculina, ¿no?

12. UN PLAN ENERGÉTICO DE DUDOSA EFICACIA

JACQUES-ALAIN MILLER: Vamos a seguir. Tenemos los testimonios, la opinión de los analistas. No tenemos la opinión de los pacientes y quizás en el futuro estaría bien que acudieran a la Conversación Clínica para dar su opinión sobre el analista, tal como se hace en el pase. Pero después de haber discutido un caso así uno querría conocerlos. Sería interesante escuchar al paciente de Rosa López, conocer a su esposa soprano, conocer a la primera esposa superyoica, y preguntarle qué piensa de Rosa López, usted que con el análisis ha logrado separar a los dos. Y el director de institución de Guy Briole... Sería interesante tenerlos aquí y buscar con Nuria cómo se puede ser socialmente útil, reír con el clown, con el payaso... Pero hay que adelantarse, avanzar un poco en el siglo XXI antes de poder hacer estas cosas.

Jorge Alemán presenta ahora el texto de Vicente Palomera sobre un paciente que se llama Ariel, un caso que tiene que ver con lo que hemos visto con el paciente de Rosa, porque tiene una madre muy vital y un padre bastante débil. Es algo que se repite con cierta constancia.

JORGE ALEMÁN: Bueno, a ver qué es lo que se puede hacer después de una *performance* tan brillante y tan divertida como la que hubo hace un rato. «El hombre inacabado». Tal como he hecho con respecto a las presentaciones anteriores, escogeré solo una voz de este paciente cuando se dirige al padre y con un eco teológico dice: «Padre, a mí no me gusta conducir». Ustedes ven rápidamente que esto no solo nos remite al famoso padre de «¿Por qué me has abandonado?» sino también al carácter trágico que el propio Lacan le dio a esa frase cuando analizó el padre de «¿No ves que estoy ardiendo?» del sueño freudiano. El texto de Palomera es el texto que me parece más freudiano en cuanto a su modo de concebir la presentación de lo que hemos visto hasta ahora, porque está construido en el género de los historiales clínicos freudianos, con muchísimos detalles, con muchísimas bifurcaciones, con ensamblajes muy delicados. Entonces, voy a tratar de presentar simplemente dos vectores: uno que hace referencia a la propia vida del sujeto y el otro el referido a la cura misma del sujeto. El que hace referencia a la vida del sujeto es un vector denso, sólido, pétreo. Es el de la neurosis obsesiva con acento español, si se puede hablar así, ya que hemos estado

hablando antes de rasgos culturales. Es probable que haya un acento de la neurosis obsesiva española como es probable que haya un acento de la histeria argentina. Es una neurosis obsesiva española, aunque el sujeto tal vez no sea español, porque en su historia vemos ya desde el comienzo la cristofobia, los Cristos que lloran sangre, las Semanas Santas, un relámpago que entra en una habitación e ilumina un cuadro donde está el padre con un rosario y un crucifijo, en fin, toda esa densidad del hombre inacabado que además siente que no ha sido autorizado en su virilidad, que a la vez siente que no tiene el permiso para conducirse en la vida, que además siente que no está legitimado para estar con los otros en el urinario, que además siente que su padre no le ha transmitido la virilidad de una manera clara. Es la temática del obsesivo no frente a la vida y la muerte sino frente a un déficit de virilidad y a una pregunta sobre su homosexualidad muy típica de muchísimos casos de neurosis obsesiva, no ya española sino universal: percibir la propia neurosis como un defecto en la virilidad, como una virilidad no legitimada, no sancionada simbólicamente por el padre. Hay un vector, que es la propia historia de la vida del sujeto, que está ordenado de una manera a lo Unamuno. Es el Cristo de Unamuno, o el Cristo de Velázquez si ustedes quieren, es un Cristo bastante denso, es el Cristo que abandona al hijo en el suplicio, el Cristo del sentimiento trágico de la vida o el Cristo del poema de Unamuno. Mientras que en el dispositivo analítico va surgiendo otro Cristo. Es decir, mientras en la vida del sujeto tenemos esta neurosis obsesiva pétrea, densa, plagada de referencias a la virilidad, al cuerpo, a la debilidad, al coraje, a la cobardía, en la experiencia analítica comienzan a surgir una serie de formaciones del inconsciente que trabajan la densidad y el carácter pétreo presente en la vida de este sujeto en su neurosis obsesiva. Por ejemplo, el Cristo sangrante, el Cristo unamuniano, el Cristo de la Semana Santa que le desencadena una fobia, de golpe, gracias a un recuerdo infantil, el paciente lo asocia con un crucifijo que lleva la madre en el pecho y aparece, emerge en la cura, un chiste. En la concepción de la cura de Palomera el chiste cumple una función importante de elaboración. Un hombre le dice a la mujer, mientras el hombre mira al escote de la mujer: «¿Estás mirando al Santo Padre?», y el hombre contesta: «No, estoy mirando el Santo Sepulcro». Ahí ya tenemos más a Berlanga que a Unamuno, hay un desplazamiento de una densidad unamuniana a un humor construido por el propio analizante que empieza a transformar el peso de su neurosis obsesiva con marca española, cristiana, pétrea, condensada, centrada en toda una iconografía que el

propio Palomera observa como una iconografía afectada de desnudez. Porque después de todo la pasión de Cristo también remite al desnudo, es una de las intervenciones de Vicente. Y entonces, así como emerge el chiste, van emergiendo recuerdos infantiles que muestran que el arranque de este Cristo amenazante está muy ligado a una pasión imaginaria por la castración por parte de este sujeto. Porque este sujeto, como muchos obsesivos, tiene a un padre débil pero que es un padre que también retorna como padre feroz, y tiene, como señaló antes Jacques-Alain Miller, una madre que tiene en cambio como rasgo la vitalidad, la alegría de vivir.

Y luego también vemos cómo todo eso interviene en las elecciones de objeto. Este analizante, homenajeando al carácter pétreo de la neurosis obsesiva, elige siempre mujeres que pertenecen a otros, está dominado por el perjuicio del tercero, traducido siempre por él también como un déficit de su virilidad. Es decir, a este sujeto el perjuicio del tercero lo interroga sobre una supuesta homosexualidad con la que rumía. Pero así como dije antes que hay el vector de densidad, hay otro vector, vamos a decir, líquido, para hacer también referencia a la época que está en la propia cura. En la cura, lo que era el Cristo unamuniano se vuelve el Cristo de Berlanga y lo que era una duda sobre la homosexualidad, o sobre mujeres elegidas que no tienen nunca el tipo de la alegría de vivir, empieza a revitalizarse hasta aparecer un sueño en referencia al propio acto sexual, a manchas donde el anverso y el reverso de las mismas incluyen la lógica deseante. Y todo esto termina con un sueño con un Cristo con ganchos. Aquí ya es un Cristo contemporáneo, tipo Marcel Duchamp, porque tiene los pies deformes y es una construcción del sueño que le permite decir a este sujeto que entonces él pude descolgar al Cristo, puede cambiarlo de lugar. Lo que nos presenta Palomera es un trabajo analítico en el que esta neurosis obsesiva se nos presentaba primero de una manera muy sólida, muy rígida, y se va transformando a lo largo de la cura gracias a algo que habría que discutir y que es la función del chiste y de los sueños. El propio Vicente dice que uno de los sueños actúa como una pértiga, como lo que posibilita realizar un salto, lo que posibilita una transformación cualitativa. Es decir, los chistes y los sueños trabajan a favor de elaborar un saber en el lugar de la verdad, para decirlo en los términos del discurso analítico. Entonces, toda la fantasmagoría, según la expresión de Palomera, referida a la pasión por la castración, va cediendo a una deflación imaginaria. Es un caso bastante clásico porque se recorren todos los significantes de una memoria incestuosa que queda transformada a lo largo de la cura.

Nada se nos dice sobre el destino de esta neurosis obsesiva en la cura pero sí se habla de una terminación. Efectivamente, la consistencia de este Otro está presente ya desde la neurosis infantil, porque este Cristo tiene su primera aparición a los cinco años en una escena de un relámpago que ilumina un cuadro donde está el padre. Todo ese trayecto queda descompletado, queda reanimado, queda vivificado a través de una serie de formaciones del inconsciente que emergen bajo transferencia y que se trabajan para llegar a lo que Palomera signa como la terminación de este análisis, que es el pasaje de una obra trágica en la que estaba envuelta la existencia del paciente a una ópera bufa.

VICENTE PALOMERA: Han escuchado un comentario de Jorge Alemán muy elegante que ha mostrado tres aspectos que me parece que ilustran muy bien el caso. En la lógica de la vida de este hombre, la lógica de la cura hace resaltar esta triple vertiente, este prisma donde está la figura trágica de Cristo, el unamuniano como has dicho tú, el lado berlangiano, como te ha gustado llamarlo... De hecho, el primer encuentro en la adolescencia tiene que ver con el paisaje de un pueblo cercano a las tierras de Berlanga. Y, por supuesto, el tercer momento Duchamp. Me ha parecido una muestra muy lúcida de leer el caso. Por supuesto, un caso así es un caso que está limitado a las reglas de los signos y he tenido que hacer un resumen bastante grande del material. Hay la fobia a Cristo pero en realidad es una verdadera obsesión tal y como se presenta, tiene sus raíces en la infancia y sobre todo en un entorno donde está muy marcada la religiosidad de la abuela paterna, personaje por el cual el paciente no tiene una gran simpatía psicológica, por decirlo así. Creo que es una abuela más bien paranoide y a veces inquietante. Pero lo interesante es que la historia de este hombre es una historia donde la cuestión, desde el principio de la cura, es si podrá ir más allá del padre porque el padre no se ha separado nunca de su madre. De hecho, en el tema del Cristo hubo que hacer un trabajo de lectura del dialecto obsesivo de los Cristos. Uno de los elementos de entrada está muy centrado en películas, en imágenes, en lo que en una época llamábamos «la imagen reina». Y la imagen que va a poblar durante los primeros tiempos el análisis es la imagen de los Cristos. Ahí aparece la película *Marcelino pan y vino*, que va a ser una imagen reina». No sé si se acordarán ustedes de la película, pero es una película donde hay que subir a una buhardilla. Marcelino no se encuentra al «hombre del saco», sino una estatua del Cristo en la Cruz que parece hambrienta y que va a alimentar llevándole pan y que se convierte en su amigo. Él

hizo un descubrimiento en el análisis siguiendo el desciframiento de la obsesión. Toda la trama de *Marcelino pan y vino* se articulará con la manera en que estaba organizada la vivienda familiar porque en la planta baja vivían los abuelos, los padres del padre, en la planta del medio estaban él y su hermano pequeño y en la planta superior estaban los padres. De manera tal que, literalmente, la buhardilla a la que ascendía era donde siempre estaba el padre sufriendo. Cuando él logró articular estas imágenes en términos significantes, descomponerlas, tuvo una idea más próxima a lo que estaba en juego en esta obsesión. Yo no he contado una cosa que es muy importante en este caso y que es que este hombre, en esta gran angustia que él presenta, al cabo de unos meses empieza a perder peso y a adelgazar de una manera preocupante, cosa que llama no solamente mi atención sino que también preocupa a su entorno familiar. Es una cierta puesta en acto de esta mortificación o, podríamos decirlo así, de esta idealización de la castración que él presenta como la idealización del padre castrado. En un momento determinado le pregunté si había ido al médico porque estaba perdiendo mucho peso. Y me dijo que sí, que iría al médico. Entonces, le indiqué el nombre de un médico que lo orientara mejor. Se descubrió que tenía una intolerancia a un determinado tipo de alimentos. No era, como la madre interpretaba, algo de tipo psicológico que su entorno atribuía también a un motivo psicosomático. Entonces apareció en análisis que él, a los tres años de edad, había padecido una crisis parecida en la que, tras el nacimiento del hermano, había dejado de comer y había adelgazado mucho. Y todo se interpretaba en términos de celos al hermano. El hecho de poder aislar que se trataba de una intolerancia al gluten hizo que tuviera un cierto beneficio transferencial a favor del análisis. No ponerlo todo en una explicación de que todo es psicológico, le dio una fuerza para tomar otra perspectiva de lo que estaba haciendo en el trabajo analítico. Quería decir esto porque fue un momento muy importante, delicado, porque estaba en una posición de gravedad de salud y esta indicación de «vaya a ver un médico» y poder aislar una intolerancia de tipo genético fue muy importante.

En el resumen que ha hecho Jorge Alemán se habla de lo pétreo, de la petrificación de la historia de este caso. Es cierto que hay un lado pétreo, de chocar con la misma piedra, pero hay otra cuestión que es más importante. Él tiene una sensibilidad muy particular. En su relato señala en numerosas ocasiones que su vida es como un guión al que le falta una página, la página en blanco famosa. En cada momento de su vida en

que tiene que tomar una decisión, se encuentra con esta incompletud. Él lo definirá también así: «Soy un hombre incompleto». Ilustra bastante algo que Lacan señala. Si bien el Nombre del Padre funciona, es algo que la madre introduce muy claramente en estos relatos infantiles que hacía cuando el padre estaba ausente, cuando le explicaba dónde estaba el padre, si bien la función del padre es amada, prevalente en el caso, sin embargo es como si no hubiera recibido del padre el sí que autoriza. Él lo señala en muchos momentos respecto a las dificultades que tiene en su relación con los hombres. Es alguien inteligente, brillante en su campo, pero con una dificultad en el manejo social. Hay algo muy parecido a la constelación que describe de su propio padre. Es como si no hubiera recibido la palabra, para tomar eso que Jacques Lacan indica en el *Seminario V* y que Jacques-Alain Miller evocó aquí en el 98, cuando habla del padre que autoriza, del padre que dice sí. Es como si esto no estuviera en su programa. En realidad, el guión incompleto al que se refiere sería este guión donde falta esta cuestión. De manera que es una piedra pero es una piedra con un agujero, no es demasiado sólida en el sentido de compacta. Es algo que hay que escuchar también en el caso.

TONI VICENS: Lo que has contado ahora responde en parte a lo que había sacado del texto que habla sobre todo del padre. Me parece decisivo el detalle de la abuela paranoide y este vínculo del padre del paciente con su propia madre. La escena de la pasión se refiere por supuesto a la cuestión del hijo respecto al padre, como está muy bien explicado en el texto, pero también está la mirada de la madre. Todo el ritual español de la Semana Santa se basa en la presencia del hijo moribundo ante la madre. Todo el ritual culmina con la soledad de la madre después de haber enterrado al hijo. Entonces, hay una frase que me ha llamado mucho la atención de tu texto, cuando la madre hace presente al padre a través del relato con este mapamundi. Tú dices: «Entre sus manos yo lo imagino en el regazo evocando un cierto desierto»... pero, en fin, esto lo añado yo. Pero el texto tiene una ambigüedad preciosa y es que la madre hace presente al padre al hijo pero tal como está redactado no se sabe si la madre hace presente al padre ante el hijo o si la madre hace presente al hijo ante el padre. Y entonces es cuando aparece este rasgo, porque está en esta misma frase, el rasgo de angustia de la madre. La madre angustiada cuenta todo esto. Bajo esta fiesta de la madre, toda esta alegría, parece haber el Gólgota. Y vemos muy bien el paso del crucifijo del pecho del padre al pecho de la madre en esta cadena significante. Por lo tanto, el fantasma de

incesto es una fórmula del sujeto del deseo del Otro, también del deseo de la madre. Ahí todo lo que se refiere a la relación con el padre, con la palabra del padre, con el padre de «¿No ves que no puedo conducir?» o de «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», esa palabra bíblica pero que también tiene otras resonancias, está todo del lado de la mirada constante de la madre. El sacrificio del sujeto sería finalmente el sacrificio de su virilidad ante este fantasma, formulado en este fantasma de homosexualidad. Entonces, vuelvo a la frase para preguntarte a ti: ¿tú crees que hay que leer esta frase de esta doble manera?

VICENTE PALOMERA: Sí, me parece que se puede leer exactamente como tú dices, en el doble sentido. Hay un lirismo en este relato, un lirismo del dolor, de la descripción del padecimiento, pero lo que está claro es este contraste entre la madre, esta vitalidad, esta madre llena de libido, de fuerza, y este padre como mortificado. Él ha visto además estas escenas en casa, el padre con un ataque de cálculo de riñón, de piedra, llorando, y la madre del padre aguantando. Es una escena no imaginada sino real, la escena del sufrimiento del hijo llorando en el momento de un ataque de piedra, de riñón. Hablando de lo pétreo, está ahí también el dolor de la piedra. La madre es alguien inspirada por los ideales pedagógicos y de renovación y *aggiornamento* del Concilio Vaticano. El sujeto es un hombre que cuando viene a verme tiene veinticuatro años, es hijo del post-Mayo del 68, nacido poco después. Los padres de Ariel participan de esos aires de renovación que tratan de hacer una religión católica menos unamuniana y trágica. He de decir que él, como hijo, respiró esta atmósfera, que contrastaba con la más tradicional de los abuelos. Los padres introducían entonces estos ideales de comunión y renovación en los rituales de su fe. Me parece que esto es lo que tú preguntas, dónde se plasma esta ambigüedad, cuando el padre estaba ausente, entonces la madre vendría a decir: «Yo voy a haceros presente al padre». Es como una totemización del padre en el sentido de que va a buscar los significantes del padre, no vivo sino precisamente el padre que está reducido, triturado por los significantes de la geografía. «Está aquí, en este país, en esta capital». Y la preocupación de ella, y que él también transmite, es ¿cómo saber que el padre ha transmitido algo? Está en el centro del análisis. Estoy de acuerdo en cómo lo lees, también es una presentación de él a este padre, la madre que presenta el hijo al padre. Pero hay, es cierto, esta doble dimensión.

LUCÍA D'ÁNGELO: Estoy en todo de acuerdo en la presentación que ha hecho del caso

Jorge Alemán. Más que una neurosis obsesiva más o menos clásica lo que se acentúa es la vertiente de la insuficiencia al acceso a la virilidad, de qué lado del río, de qué orilla se coloca. Y efectivamente yo también recordé el comentario del *Seminario V* de Jacques-Alain Miller donde nos proponía un punto más a los puntos del Edipo cuando el padre no da el don. A mí me evocó otra cosa la lectura, la declinación que hace Lacan en el Seminario de *La ética* precisamente tocando el punto del cristocentrismo freudiano y de las religiones en Occidente. Lo que me interesa es la satisfacción de haber restituido ciertos términos de la clínica que a veces parecemos olvidar. Por ejemplo, la resolución por el lado de la fobia, de las crisis de angustia, más allá del icono que se utilice como tal. Por otro lado, eso implica que a veces nos olvidamos de este uso y de lo que Lacan dice en la clínica de la placa giratoria de la fobia que en sí es una resolución curativa o una salida frente a la angustia. Por lo general estas fobias son transitorias, nunca llegan a asentarse clínicamente como un síntoma fóbico. El uso de la interpretación de los sueños y de las declinaciones que hace ya es una cuestión del recuerdo pantalla. Todos estos sueños que se contestan entre sí mismos hacen aparecer la punta del fantasma. Lo comparo con una intervención que quería hacer al final del caso de Rosa, más allá de la coincidencia de que sean dos artistas. Me había gustado mucho el título de *Metamorfosis del superyó* porque efectivamente la verdadera metamorfosis se produce en la elección de sus parejas. Hay que recordar con Lacan que la mujer es uno de los Nombres del Padre y que, efectivamente, es una voz del superyó. En cambio, en este caso, hay esa consistencia de la madre vivificante, deseante. En última instancia, implica la separación del falo materno pero no tiene la consistencia de este superyó encarnado por la madre. Todo el intento del paciente es restituir la consistencia implacable que tiene el padre imaginario en la neurosis obsesiva alrededor de los elementos líquidos, como decía Alemán, desde una neurosis obsesiva más o menos clásica hacía un uso de ciertos términos en la clínica. Sobre todo me encantó la resolución curativa de la angustia por el lado de una fobia transitoria.

JUAN PUNDIK: Pienso que esta Conversación que está terminando nos deja un escrito que podríamos considerar como una antología de exposición de casos. En la presentación de Vicente me pareció muy interesante que sea escrita casi como un guión de película, en escenas. Me llamaba la atención una escena que me gustaría que aclarara y es la

escena en la que él y su hermano menor están acostados en el dormitorio de soltero del padre. Me llamó la atención la expresión de «la habitación de soltero del padre».

VICENTE PALOMERA: Es la habitación donde dormían él y su hermano de pequeños, era la habitación y la cama que habían sido las del padre de joven, antes de casarse.

JACQUES-ALAIN MILLER: Es notable el lugar tan importante de la figura de Cristo en este caso. Después del caso judío que hemos visto con Rosa López, tenemos el caso cristiano. Hace recordar lo que decía Louis Aragon, el escritor, cuando era surrealista en algunas páginas divertidísimas sobre el cristianismo y sobre la imagen de Cristo, del que dice que puede satisfacer todas las perversiones, es decir, todas las versiones no estándares de la metáfora paterna. Puede satisfacer el sadismo, el masoquismo, el cuerpo torturado... Es una riqueza perversa y en este caso está muy presente, es lo que le da ese aroma, como dice Jorge Alemán, de neurosis española. Quizás se podría encontrar en Italia, pero en Italia creen menos que en España, están demasiado cerca del centro de difusión para tener la creencia de la península Ibérica. Por lo que he percibido, hay toda una atmósfera muy de Buñuel en este caso.

VICENTE PALOMERA: Sí, también lo he pensado.

JACQUES-ALAIN MILLER: Todo el mundo ha visto que el caso se centraba sobre la cuestión de la virilidad. El sujeto no está conforme con asumir la virilidad y a la vez no es homosexual, no es impotente. Pero hay algo que no encaja.

Cuando ayer llegué a Barcelona, me resultó muy divertido ver en la primera página de *La Vanguardia* de ayer el titular siguiente: «El gobierno aprueba un plan energético de dudosa eficacia». Es algo para comentar. Vemos al gobierno con toda su fuerza política pero que no hace el trabajo. El plan lo han hecho otros, que trabajan para hacer planes, pero el Gobierno en su esplendor, en su estatuto espléndido de gobierno, solo aprueba, dice el sí de una política energética. Y se ve que la energía cae en una dudosa eficacia. Me parece un poema este titular. Antes los titulares me parecían más fuertes, más afirmativos. Aquí lo que se destaca del Gobierno que aprueba un plan de energía es una duda, que todo eso finalmente no funciona. En este caso hay algo de eso, es como si el padre o la madre aprobaran un plan de virilidad de dudosa eficacia. Debemos recuperar esto en el análisis, la dudosa eficacia.

Hemos señalado que hay que tomar el asunto a través de la paradoja de la posición del paciente. Porque por una parte tenemos a este padre que se ha descrito, este padre del que el hijo dice que «es un holograma». Realmente está bien dicho. Un padre sin

substancia, un puro semblante de padre, un padre que no era un padre, que era el hijo de su madre, un padre holograma, desencarnado, mortificado con un deseo. Un falo a la vez mortificado y mortificante. Y vemos al chico que es el paciente, Ariel, utilizando este falo mortificante sobre la madre. Cada vez que la madre significa con petulancia que goza de la vida, él pone al Cristo como un falo mortificado, como un «¡Vade retro Satanás!» frente al goce materno. Hay en este caso algo así como un «no tocar a la madre». No puede soportarlo, no puede imaginar que el padre toque a la madre, y él en un momento tiene esa fobia transitoria, como decía Lucy, una fobia de contacto con la madre.

VICENTE PALOMERA: Tabú de contacto, sí.

JACQUES-ALAIN MILLER: Por otra parte, en su vida amorosa vemos otra cosa. Vemos, y esa es la paradoja, que se interesa por mujeres ya comprometidas para separarlas de otro hombre. Es decir, que su vida amorosa es totalmente edípica, tiene que apoderarse de la madre y hacer que deje al padre. Y en eso tiene cierto cinismo, este buen católico de virilidad dudosa. Porque tiene un amigo, el amigo tiene una amiga, y él decide separarlos, apoderarse, conquistar a la amiga. Lo vemos ahí en una posición muy distinta del «no tocar a la madre». Al contrario, se trata de tocar a la mujer que está en el lugar de la madre. ¿Cómo se puede entender? Bueno, parece que se entiende cuando él dice el porqué se interesa por la amiga. «Solo me interesé por ella cuando mostró que él, el amigo, no la atendía sexualmente». El amigo no era capaz de satisfacer sexualmente a la amiga. Es en este momento en el que él se interesa por ella. Es lo mismo que dice a propósito de la madre. «Si mi padre satisficiera a mi madre, entonces tendría que hacer las maletas». Lo que le importa es verificar que el padre es insuficiente, verificar que el amigo es insuficiente con la amiga. Lo que necesita es el signo de la insatisfacción sexual de la mujer.

Así pues para él conquistar a una mujer, y lo hace, es verificar que el padre no satisface a la madre, que no quiere satisfacer a la madre. Claramente es él el que satisface a la madre, a esta madre que supuestamente no se puede tocar. Pero él satisface a la madre como falo, como su falo imaginario. Y es un falo de contrabando. El falo de la madre es totalmente distinto del falo legítimo del linaje paterno. Él es, como vemos, la virilidad de dudosa eficacia, la virilidad del falo imaginario materno, del falo de contrabando. Debe vivir con ese falo de contrabando. El sueño de Cristo con los pies deformados es eso. Los pies heridos parecen cortados y en su lugar «veo

como unos extraños ganchos, son como muñones». Todo esto está en referencia a la castración. Son como los clavos que sirven para colgar un cuadro y eso le lleva al pensamiento de «estar enganchado a mi madre». Es realmente en este sueño donde se ve que el Cristo fálico está enganchado a la madre, es el falo materno, es el falo femenino. Y es también la significación del chiste: «Una mujer le dice a un hombre que mira a su escote donde cuelga un crucifijo: "Qué, ¿mirando el santo Cristo?". Y él: "No, mirando el Santo sepulcro"». El santo sepulcro es la tumba, realmente se trata de Cristo en tanto que muerto. El único falo que ha tenido es el falo muerto entre los pechos de la madre. No se puede decir mejor. Con el sueño del Cristo y de los pies heridos señala el momento, como él dice, de descolgar, ha logrado descolgar a Cristo. «Me pareció haber visto algo del sueño cuando hablé de la forma de los clavos, pensé: "Puedo descolgar el Cristo"». Descolgar el Cristo significa transformar el falo de contrabando en el falo legítimo. Se ve que con el falo de contrabando tenía un problema con las mujeres. El falo de contrabando es el falo que satisface a la madre que no se toca. Pero cuando se trata de tocar a una mujer el falo de contrabando es «de dudosa eficacia». Con el trabajo psicoanalítico parece que el falo de contrabando se ha transformado, no era un falo-cero, era un falo imaginario materno, y ha podido transformarse, ha podido recuperarlo, cumplir la metamorfosis, en un falo legítimo. Es decir, separamos dos estatutos del falo: el falo de dudosa eficacia, aprobado por error por la madre, y el falo en el que se ha transformado, un falo energético, válido, garantizado quizás por el analista. No lo sé. O quizás hubo otra potencia que ha aprobado un plan fálico «de eficacia notable»...

VICENTE PALOMERA: ... Al mencionar el estatuto del falo y del falo de contrabando me ha recordado lo que Lacan comenta en *La dirección de la cura*... cuando habla de la dialéctica del paciente con el deseo de la madre para destruir el deseo del padre, de cómo el deseo de la madre juega para matar y destruir el deseo del padre. Me parece que hay allí una referencia, no tengo la cita de memoria, a la participación activa del sujeto en la tarea de destruir el deseo del Otro. En este caso se trata más bien de poner, del lado de la madre, un no al deseo del padre. Porque lo que está claro es que a él las cosquillas, los cariños, todo lo que tuviera que ver con el lenguaje de la ternura del lado de la madre hacia el padre, era algo que le molestaba.

JACQUES-ALAIN MILLER: Por supuesto.

VICENTE PALOMERA: Realmente lo describía de una manera muy particular.

JACQUES-ALAIN MILLER: Pero cada vez que él percibía el goce materno, ya fuera cantar, estar satisfecha o hacer cosquillas al marido, para él era totalmente insoportable porque la única cosa que debe hacer gozar a la madre es él. Es una mortificación sobre la madre para que se pueda consagrar al culto del falo de contrabando. Y, entonces, ver que está contenta ya es demasiado.

VICENTE PALOMERA: Lo que vivificó a este hombre fue el encuentro con la pareja, encuentra una mujer realmente que...

JACQUES-ALAIN MILLER: ¿La compañera del amigo?

VICENTE PALOMERA: Sí, bueno, siempre había un amigo. Pero era una mujer con la cual él anuda una relación, alguien con la que ha pasado a vivir, alguien vivo, del lado de la madre.

JACQUES-ALAIN MILLER: Pero a la vez que conquistaba estaba dubitativo en el momento del acto sexual.

VICENTE PALOMERA: Con esta mujer consigue...

JACQUES-ALAIN MILLER: Pero con las otras su operación era sustraer a una mujer, el falo supuestamente legítimo del otro hombre, para que la mujer se pueda consagrar al falo de contrabando.

VICENTE PALOMERA: Sí, eso es.

JACQUES-ALAIN MILLER: A pesar de la angustia que le producía el acercamiento al acto sexual. Así pues, él era *le chevalier*, el caballero, no el caballero de la triste figura sino del falo de contrabando, el «Caballero del falo de contrabando».

VICENTE PALOMERA: ... *de la joie de vivre* también de la madre.

13. UN FALO DE CONTRABANDO

JACQUES-ALAIN MILLER: La *joie de vivre* es una infracción total ya que ella se debe consagrar al falo muerto que no va a servir para tocarla. ¿Y la madre cómo era? ¿Tenía amplios pechos, por ejemplo?

VICENTE PALOMERA: No lo sé.

GUSTAVO DESSAL: Me ha gustado mucho el caso. Comparto con los compañeros que efectivamente celebran como es habitual ese rasgo freudiano y es verdaderamente un placer recuperar en esta Conversación Clínica conceptos fundamentales como por ejemplo el complejo de Edipo, el deseo incestuoso, expresión que ya creía casi desterrada de muchas de las presentaciones clínicas y que realmente me parece interesante reencontrar. Este caso me parece que se sitúa en la serie de las conciencias desdichadas masculinas: desde el hombre invisible, el hombre sin atributos, el hombre lento de Coetzee, el hombre duplicado y ahora, finalmente, el hombre inacabado que presenta Vicente Palomera. No es una obra escrita por él pero la virtud de Vicente es haber tomado esa expresión y darle ese título. Porque creo que verdaderamente este título, «El hombre inacabado», sitúa muy bien la lógica del caso. Me voy a referir a su texto, hacia el final, donde me parece que hay una dialéctica muy interesante que se puede establecer entre dos atributos. Es interesante ver cómo se produce en la cura la vivificación que fue describiendo muy bien Jorge, cómo va permitiendo hacer aparecer en él un bien sorprendente. Porque «hombre inacabado» es un atributo del sujeto incompleto, es un atributo del Otro. Esa magnífica metáfora de él dice: «Tengo un guión al que le faltan páginas». Nosotros podríamos decir «como a todo el mundo». «Me encuentro como si estuviera en el escenario de la vida con un guión en las manos y en la que me encuentro con que me faltan páginas». Nosotros podríamos suscribirlo también. Y me parece que la cura es la transformación que el hombre inacabado realiza en función de ese guión incompleto. Lo que quería preguntarte es si no era ésta una manera de interpretar esta frase que parece casi retórica, poética, pero que tiene realmente una lógica.

Este caso muestra lo que Freud quería decir cuando planteaba que una cura es la transformación de la miseria neurótica, de este hombre inacabado, en el infortunio

corriente de una existencia a la cual todos tenemos que enfrentarnos con un guión incompleto.

VICENTE PALOMERA: Gracias por el comentario. Más que una pregunta es una inscripción de los dichos de este paciente dentro de una, digámoslo así, lectura de alto vuelo. También el paciente en su ingenio ha creado algo. Jacques-Alain Miller señalaba algo de este hombre de «triste figura con falo de contrabando» que está al principio del lado depresivo, un poco hamletiano. Él se encuentra en la posición de Hamlet con su madre, Gertrudis. Una madre con un deseo genital, explícito, y un padre que, como Polonio, se esconde detrás de la cortina. Después, es verdad que se da el encuentro en el inconsciente con algo que es una sorpresa. El sueño de los ganchos es impactante. Se escande en dos sesiones y para él es motivo de encontrar en el *Witz* una manera de hacer el salto, lo que el Nombre del Padre no facilita. Es esa invención que Lacan sitúa en el *Seminario V* donde piensa el Nombre del Padre como un *Witz*, como un chiste. El chiste le da la pértiga. Por eso decía que era como un paso para hacer esta operación. Y desde ahí hay un cambio en la vida.

JACQUES-ALAIN MILLER: Esta estructura de base se encuentra muy frecuentemente en los hombres que son *serial-seducers*, seductores en serie. Tienen un gran éxito de seducción pero resulta que no pueden parar, hasta el punto de que parece una adicción. Son frecuentemente hijos «de dudosa eficacia». En este caso él tiene una angustia precoital pero a veces eso puede faltar, puede ser totalmente conforme al acto sexual, a la relación sexual, pero sigue habiendo la ilegitimidad. Es como una firma de que, a pesar de todo, sigue habiendo la ilegitimidad de no ser hombres como los otros, de tener una impostura. Es decir, la marca del falo materno sigue estando ahí. Y, a la vez, tampoco pueden dar legitimidad a ninguna mujer que seduzcan, ni legitimar al bebé, legitimar al bebé que vomita. A veces, hay en esos hombres cubiertos de mujeres un sufrimiento que no se puede entender por el éxito profesional. Sigue habiendo la marca de ilegitimidad a pesar de que son seductores eficaces, o empresarios eficaces... Tienen con las mujeres un saber hacer que viene de la madre, de haberse enganchado a algo de la madre, han encontrado un lugar en la madre que les da una gran facilidad para estar de acuerdo con el deseo de las mujeres. Cuando los que han caído bajo un significante amo fuerte, de poder, de prestigio, de honor, a veces están menos de acuerdo con las armonías sutiles del deseo femenino.

MARTA SERRA: Gracias a todos por su presencia. Gracias en especial a Jacques-Alain

Miller por la demostración de cómo se puede enlazar el rigor y la alegría en una enseñanza.[14]

1 CAS, Centro de Atención y Seguimiento de Alcoholismo y Toxicomanías.

2. Bion, W., *Aux sources de l'expérience* (1962), París, PUF, 1979 [Hay trad. cast.: *Aprendiendo de la experiencia*, Barcelona, Paidós, 1980]. Bion elaboró un *aparato para pensar los pensamientos* donde los elementos α remodelan otros, llamados β, que son los de las impresiones sensoriales; esto es el «pensadero».

3 Briole, G., «Changer d'analyste», en Miller, J.-A., *Qui sont vos psychanalystes*?, París, Seuil, 2002, págs. 159-162.

4 Sitúa el inicio de su interés el día que acompañó a su madre a la enfermera, «la que pincha». Estando en la sala contigua adonde está su madre, no soportando más la inquietud, corre la cortina que los separa. Su mirada se fija en un tren eléctrico; «¡nada más!», añade. Tenía cinco años.

5. *Aiguillage*: en francés tiene el sentido de maniobra de agujas o de vías de trenes, también de orientación.

6 Modificación del estado civil realizada en el orfanato donde estuvo interna la bisabuela paterna.

7. Aristófanes, *Las nubes. Las ranas. Pluto*, Madrid, Cátedra, 1995, edición y traducción de Francisco Rodríguez Adrados y Juan Rodríguez Somolinos.

8 J. Lacan, *El Seminario, t. 11*, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1987, págs. 257-258.

9 J. Lacan, *El Seminario, t. 18*, *De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires, Paidós, 2009, pág. 13.

10 «Cosquillas» en catalán.

11 Rimadores orales que improvisan en certámenes públicos.

12 Los que tienen el euskera como lengua materna.

13. Debido a la condición pública de este paciente, la analista contó con su permiso para presentar el caso.

14 Transcripción del debate: Eduard Fernández, Angelines Monreal, Oriana Novau y Helena Torres. Establecimiento y edición del texto: Miquel Bassols.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com

Índice

Presentación 4

LOS CASOS 6

¿No hay salida? 8

Construirse un «pensadero» 17

«Siempre seré una histérica, pero una histérica maravillosa» 24

La soledad de un clown 30

Metamorfosis del superyó en una terminación de análisis 37

El hombre inacabado 45

LA CONVERSACIÓN 53

1. Homenaje a Hilario Cid 55
2. Interrupciones / terminaciones 57
3. El exquisito trato de la delincuente 67
4. El lugar del pensadero 73
5. La Unglauben y la presencia de una equis 87
6. ¿Qué hay debajo de una anorexia? 91
7. «Veremos si lo podemos evitar» 98
8. La construcción de un ego 105
9. La solución Humpty Dumpty 113
10. Las dos mujeres y las dos analistas 117
11. El valor de un oráculo 124
12. Un plan energético de dudosa eficacia 129
13. Un falo de contrabando 141

Notas 144